

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
DEVNEY PERRY

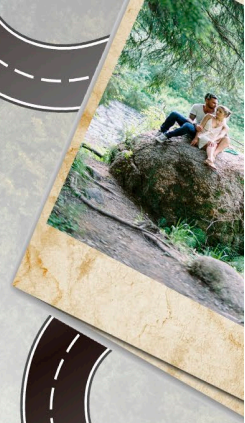


Runaway Road

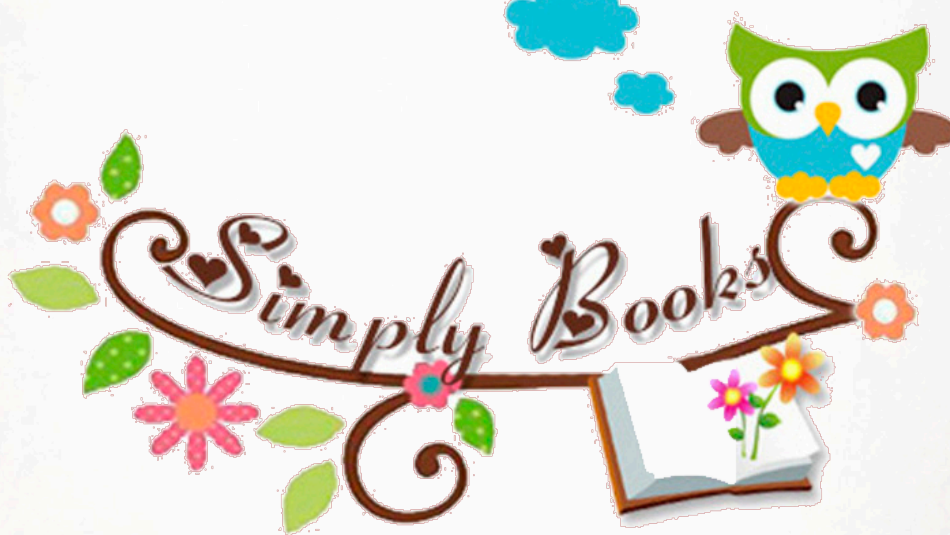




Road 1



Este libro llega a ti
gracias a



¡Descubre tu próxima aventura!

Runaway





Road 1

Créditos

Traducción

Mona

Corrección

Caro

Diseño

Bruja_Luna_

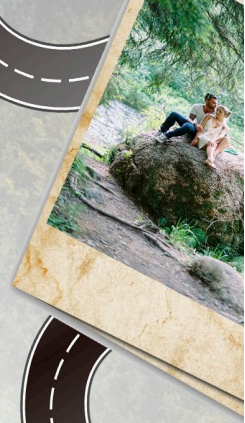
3



DEVNEY PERRY



Runaway





Road 1

Índice

Créditos	3
Sinopsis	5
Capítulo Uno	6
Capítulo Dos	16
Capítulo Tres	29
Capítulo Cuatro	39
Capítulo Cinco	51
Capítulo Seis	61
Capítulo Siete	72
Capítulo Ocho	83
Capítulo Nueve	93
Capítulo Diez	103
Capítulo Once	114
Capítulo Doce	123
Capítulo Trece	135
Capítulo Catorce	144
Capítulo Quince	153
Epílogo	165
Próximo Libro	171
Acerca de la autora	173



DEVNEY PERRY

Runaway



Road 1

Sinopsis



Londyn McCormack no tuvo una infancia típica. Huyó de casa a los dieciséis años, escapando de los padres más interesados en las drogas que en su hija. Ella no tiene hermanos amorosos o una mascota adorable. Su única familia son los otros cinco niños fugitivos que compartieron su casa de chatarra.

La vida los llevó a todos en direcciones separadas, llevándola a Boston. Durante un corto tiempo, pensó que había encontrado algo permanente. Pero después de un divorcio devastador, está huyendo de nuevo, esta vez para encontrar a un amigo perdido.

Ella está conduciendo a través del país en su convertible. Como adolescente, el auto oxidado era su refugio. Como un adulto, es su viaje a la libertad.

Excepto que un neumático desinflado descarrila su viaje. Su vida choca con Brooks Cohen. Se alejaron del primer accidente. El segundo podría destruirlos a ambos.



DEVNEY PERRY



Runaway



Road

Capítulo Uno

LONDYN

—Londyn, por favor. Por favor, no hagas esto.
Por favor, no hagas esto.

Si me dieran una moneda por cada vez que he escuchado esa frase de este hombre en los últimos ocho años, sería una mujer más rica.

—Adiós, Thomas. —Terminé la llamada. Como normalmente volvía a llamar cinco segundos después de que le colgara, apagué el maldito aparato y se lo lancé al otro lado de la cama a mi mejor amiga—. Toma esto.

—¡Ay! —Gemma lo intentó atajar, siempre había sido torpe, y cayó ileso sobre el mullido edredón de plumón blanco antes de agarrarlo—. ¿Cómo que tome esto?

—Guárdalo. Destrózalo. No me importa. Pero no me lo voy a llevar. —Doblé otra camiseta y la puse en mi maleta.

Todo estaba repleto de ropa nueva, la mayoría con las etiquetas todavía puestas. No había ni una puntada de seda o satén. Nada de lo que me llevaba requería plancharlo y seguro que no había un par de tacones metidos dentro.

Tenía vaqueros normales. No había tenido un par en años. Ahora tenía diez. Algunos tenían parches desgastados en las rodillas. Otros, los dobladillos deshilachados. Algunos eran slouchy o boyfriend, como decían las etiquetas.

Junto con mis vaqueros, tenía camisetas: blancas, grises, negras, azul marino. Todos los mismos colores que los trajes que había usado durante años, pero esta vez todo era de algodón lavable a máquina. Incluso podría usarlas sin sujetador.

Mi armario ya no sería una prisión. Tampoco lo sería esta casa ni mi teléfono.

6



DEVNEY PERRY



Runaway

—Tienes que llevar un teléfono, Londyn. —Gemma plantó las manos en las caderas. Su traje color crema era perfecto; yo solía tener el mismo. Llevaba el cabello oscuro recogido en un moño apretado, exactamente como yo solía peinar mi melena rubia.

—No. —Doblé la última camiseta—. Sin teléfono.

—¿Qué? Eso es... una locura. Y estúpido.

Me encogí de hombros.

—Las dos lo hemos hecho antes.

—Y las dos éramos estúpidas antes. Tuvimos suerte de no acabar como trajes de piel. —Lanzó sus largos brazos a los lados, resoplando mientras negaba—. Lleva tu teléfono.

—No.

—Londyn —espetó. Gemma parecía enfadada, pero su mirada ansiosa decía lo contrario. Simplemente estaba preocupada. Si estuviera en sus Louboutins, yo también lo estaría—. ¿Cómo te voy a encontrar?

—No me encontrarás. Esa es la cuestión. —Fui hacia la cama y tomé sus manos de manicura rosa entre las mías. Había faltado a nuestra cita permanente en el salón durante las últimas tres semanas y mis uñas estaban destrozadas. Me había arrancado la laca y las había mordido hasta el fondo—. Voy a estar bien.

Ella me miró, erigiéndose cinco centímetros más alto.

—Por favor, no hagas esto.

—No —susurré—. Tú no.

—Londyn —murmuró—. Al menos lleva el teléfono.

Apreté sus manos con fuerza y negué.

—Me voy. Necesito irme. Tú más que nadie deberías entenderlo.

—Espera un poco más. Deja que las cosas se calmen aquí —suplicó—. La gente se divorcia todos los días.

—Lo hacen. —Asentí—. Pero no se trata del divorcio. Se trata de mí. Estoy harta de esta vida.

—¿Entonces estás huyendo?

Puse los ojos en blanco.

—Lo haces parecer tan extremo para alguien que ha hecho lo mismo, pero sí. Estoy huyendo. —De nuevo—. A veces es lo mejor.

Ella no podía discutir. Había huído antes y mírala ahora: exitosa, rica, impresionante. Nadie sospecharía que había pasado su adolescencia viviendo en una chatarrería en las afueras de Temecula, California.

—Uf —gimió—. Bien.

A ella no le gustaba esta idea, pero la entendía. Mi divorcio había sido brutal y desgarrador. Había sido la bomba nuclear de mi vida que necesitaba. Me obligaba a empezar de nuevo. Además, se me daba bien volver a empezar. Lo había hecho innumerables veces en mis veintinueve años.

¿Qué era una vez más?

Desde el jueves de la semana pasada, estaba soltera. Ya había cambiado mi apellido por el de McCormack y, con mi nueva licencia de conducir en la mano, no iba a quedar en Boston por más tiempo.

—Odio que hagas esto sola. —Gemma suspiró—. Voy a estar preocupada.

—Estaré bien. —Volví a mi maleta, doblando una sudadera para la pila.

Era una de las pocas prendas que tenía en mi armario y que me había propuesto empacar. Era gruesa y gris, con dobladillos rotos por un diseñador, no por el uso. La cosa no se estiraba. Sólo me la había puesto una vez cuando Thomas me había llevado a navegar años atrás, cuando parecíamos felices.

Esta sudadera se parecía mucho a mi matrimonio. Se veía linda pero no me quedaba del todo bien.

Saqué la sudadera de la maleta y la arrojé sobre la cama.

—¿Y si te lastimas? —preguntó Gemma.

—Dame un poco de crédito. —Puse los ojos en blanco—. Tengo dinero. Tengo un auto. Me escapo con estilo. Será pan comido.

—¿Cuándo vas a volver?

Nunca.

—No lo sé.

—¿Me llamarás? ¿Te comunicarás periódicamente?

—Sí, pero tienes que prometer que no le dirás a Thomas dónde estoy.

—Si ese hijo de puta se acerca a mí, le arranco las bolas —se burló. Me reí.

—Ahí está mi mejor amiga. Me alegra ver que sacaste algo de brillo.

—Sólo contigo. —Sonrió—. Te echaré de menos.

—Yo también te echaré de menos. —Abandoné la maleta y me reuní con ella a los pies de la cama para darle un abrazo.

Habíamos pasado muchas cosas juntas durante los últimos trece años. Gemma y yo nos habíamos conocido una noche en un callejón. Me salvó de comerme medio sándwich que había sacado de un contenedor.

Hubo momentos en los que ella siguió su camino y yo el mío, pero acabamos juntas en Boston. Nos habíamos acercado más que nunca, sirviéndonos de refugio mientras ascendíamos en el escalafón de la élite y la riqueza de Boston.

Yo me casé con mi dinero. Gemma se había ganado el de ella.

Terminé de hacer la maleta, cargando el bolso con el dinero que había sacado ayer y la cartera. Luego cerré la cremallera de la maleta y la llevé por el pasillo hasta la puerta principal.

Mis llaves estaban sobre la mesa en un plato. Tomé el manajo y saqué sólo una para llevarla.

Una llave de auto.

—¿Y si no encuentras a Karson? —preguntó Gemma, de pie junto a mi maleta.

Me quedé mirando la llave plateada.

—Lo encontraré.

Tenía que encontrarlo. Necesitaba un cierre después de demasiados años de preguntarme en qué clase de hombre se había convertido el niño que una vez conocí.

Al pasar por delante de Gemma, los azulejos del vestíbulo brillaban bajo la araña de cristal. Las obras de arte de la pared no eran mis favoritas, pero Thomas las había comprado en una subasta benéfica, así que al menos habían sido compradas con un propósito que iba más allá de la simple decoración de mi antiguo hogar.

Le sonreí tristemente a Gemma.

—Este fue el lugar más bonito en el que he vivido.

Thomas y yo teníamos personal para cuidar la mansión: un ama de llaves limpiaba y lavaba la ropa diariamente; una cocinera preparaba lo que me apetecía; un jardinero mantenía el césped verde y las flores. Aquí, no me faltaba nada.

Sin embargo, nunca se había sentido como en casa.

¿Thomas y yo habíamos sido felices alguna vez? Me había permitido creer que fuimos felices porque había sido estúpida y me había cegado por las cosas materiales. Pero nada de esto era mío.

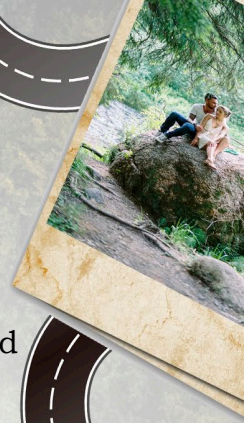
Lo único que tenía era mi auto. *El auto de Karson.*

—¿Vas a echar de menos esto? —preguntó Gemma.

Negué.



Road



—Ni por un minuto.

Con gusto fregaría mis propios inodoros y cortaría mi propio césped por tener la oportunidad de sentir que una casa era mía.

De niña, huía para estar a salvo. Me escapaba para no tener que ver cómo mis padres implosionaban. Poco a poco, me aventuré hacia el este. Había buscado trabajo y aventura. Encontré a Thomas y él me dio ambas cosas, por un tiempo.

Ahora, estaba huyendo para encontrar la paz. Para encontrar la vida que necesitaba en el fondo de mi alma. Para encontrarme de nuevo.

Me había perdido estos últimos años. Cuando conocí a Thomas, yo tenía veintiún años y él, treinta y cinco.

Nos habíamos casado cuando cumplí veintidós, y él me había dado trabajo como su asistente. Thomas dirigía su propia empresa en Boston y había hecho una fortuna gracias a inversiones corporativas, gestiones de capital y transacciones inmobiliarias.

Trabajar para él había sido el primer trabajo que había tenido que no pagaba el salario mínimo. Había aprendido a utilizar un ordenador, a analizar hojas de cálculo y a hacer presentaciones. Al principio, Thomas me había enseñado a hablar correctamente por teléfono. Básicamente, había aprendido modales.

Había tomado todas mis asperezas y las había suavizado.

En su mayor parte, había disfrutado de la transformación en una esposa culta. La niña que había crecido en una caravana, comiendo lonchas de queso procesado y espaguetis de lata, se había mirado en el espejo y había amado la versión brillante de sí misma. Me encantaba ducharme todos los días. Me encantaba mi costoso maquillaje y mis citas mensuales con la peluquera.

La verdad era que habría seguido viviendo esta vida, haciendo oídos sordos al agujero de mi corazón, pero había algunas cosas que me negaba a ignorar.

Hace dos años, Thomas había contratado a otra asistente, ya que no quería agotarme, aunque nunca me había quejado del trabajo. Me había dejado tres días a la semana mientras ella trabajaba cinco.

Teníamos tareas diferentes, pero nos sentábamos una frente a la otra y hablábamos cordialmente mientras trabajábamos. Yo almorzaba con Thomas en su oficina. Los lunes, miércoles y viernes, me follaba en su escritorio.

Al parecer, los martes y los jueves eran sus días.

Los había visto hace seis meses, cuando entré en la oficina para sorprenderlo en el almuerzo.

Runaway

DEVNEY PERRY





Road



Esta hermosa casa y todo el dinero de nuestra cuenta corriente no valían el dolor de un corazón roto.

Agarré mi maleta y la llevé hasta la puerta. Gemma me siguió afuera, con sus tacones chocando en la acera de cemento mientras caminábamos hacia el garaje independiente junto a la casa más grande. Este garaje no era donde estacionaba normalmente. Mi BMW estaba en el garaje, donde Thomas tenía su Beemer. Tal vez después de que me fuera, se lo daría a la secretaria.

Estaba bien por mí. *Mi* auto estaba estacionado aquí, donde el jardinero guardaba sus herramientas.

Marqué el código para abrir la gran puerta, el sol iluminó el espacio al levantarse. Entré y pasé la mano por la lona gris que había cubierto el Cadillac durante dos años.

La emoción se apoderó de mí cuando quité la lona. El cromo que había debajo brilló al recibir el sol. La pintura de color rojo cereza estaba pulida como un espejo.

—Aún no puedo creer que sea el mismo auto. —Gemma sonrió desde su posición en la puerta.

—¿Recuerdas aquella vez que nos sentamos atrás y fumamos un paquete entero de cigarrillos?

—No me lo recuerdes. —Hizo una mueca—. Todavía no soporto el olor a humo. Creo que vomité toda esa noche.

—Pensábamos que éramos duras a los dieciséis años.

—Lo éramos.

Lo éramos. Con los años, nos habíamos suavizado. Tal vez habíamos utilizado toda nuestra dureza para sobrevivir. O tal vez habíamos olvidado lo duro que podía ser el mundo.

—Me gustaría ser más dura aquí. —Me golpeé el corazón.

Su labio se curvó.

—Lo odio por esto.

—Yo también. —Tragué con fuerza, sin dejar que las emociones me desbordaran. Thomas había tenido todas las lágrimas que iba a conseguir—. Más que nada, estoy enfadada conmigo. Debería haberme dado cuenta. Debería haberlo visto por lo que realmente era.

La lealtad no era un tema común en mi vida. No la había tenido de mis padres ni de los muchos desconocidos que habían entrado y salido a lo largo de los años como amigos temporales. La esperaba de mi marido.

—Que vaya a la mierda.



DEVNEY PERRY



Runaway

—Que se vaya a la mierda. —Gemma se dirigió al otro lado, me ayudó a quitar la lona de la parte trasera y a doblarla en un cuadrado. Tal vez el jardinero podría usarla para algo.

Abrí el maletero, y el olor a metal y a tapicería nueva flotó en el aire. Sonreí, observando el amplio espacio. Antes había guardado muchas cosas en el maletero. Lo había organizado y seccionado a la perfección. La comida en el lado izquierdo. La ropa y los zapatos a la derecha.

Agarré mi maleta, y la metí en el maletero.

—Supongo que he cerrado el círculo. Este fue mi armario una vez. Ahora lo es de nuevo.

Gemma no se rio.

—Por favor, ten cuidado.

—Es sólo un viaje por carretera, Gemma. —Cerré el maletero de golpe—. Estaré bien.

Me dirigí al lado del conductor, abrí la puerta y me deslicé en el asiento. El aroma del cuero quitó el olor. El tablero estaba bastante libre de polvo, dado el tiempo que llevaba sin usarse. Pasé los dedos por el suave volante blanco.

Un Cadillac DeVille convertible de 1964. Mi orgullo y alegría.

La puerta del pasajero se abrió con un chasquido y Gemma entró.

—Huele bien, ¿verdad?

Sonrió mientras cerraba la puerta.

—Mucho mejor que cuando tú y Karson vivían aquí.

—Parece que fue hace una vida.

—Lo fue. —Pasó la mano por el asiento de cuero blanco, suave como la mantequilla y con aroma a dinero.

Mucho dinero. Este auto no era más que chatarra oxidada cuando pagué para que lo llevaran de California a Boston. Pero había pagado. Cada centavo puesto en este auto era un centavo que había ganado.

Thomas me había hecho firmar un acuerdo prenupcial cuando nos casamos. Yo había sido joven y tonta. No había rechazado ni una sola cláusula. ¿Qué demonios sabía de contratos y documentos legales?

Sin embargo, había aprendido. Trabajar para su empresa me había enseñado bastante. Por mucho que odiara cómo había terminado nuestro matrimonio, Thomas me había dado algo muy valioso.

Una educación.

Me ayudó a obtener mi GED. Luego, me puso a trabajar. Y maldita sea, me rompió el culo trabajando. Como su asistente, no iba a buscar su

café o a recoger la ropa de la tintorería, sino que revisaba los contratos, elaboraba proyecciones financieras, preparaba presentaciones para las partes interesadas y hablaba con los inversores potenciales.

Thomas me daba ideas y proyectos, y yo los pulía.

Tal y como había hecho con este auto.

Puse la llave en el contacto y giré, cerrando los ojos mientras el Cadillac retumbaba. La sonrisa en mi cara me hizo doler las mejillas.

Ese glorioso sonido era mi libertad.

Miré a Gemma justo a tiempo para ver cómo se secaba el rabillo del ojo.

—Sin lágrimas —dije—. Esto no es una despedida.

—Se siente así —susurró—. Más que ninguna de las otras veces, esto se siente como si no fueras a volver.

No iba a volver.

—¿Quieres venir conmigo? —Sabía la respuesta pero pregunté de todos modos.

—Ojalá pudiera pero... —Gemma no necesitaba una nueva vida.

—Te llevaré a tu auto. —Estaba estacionado en la curva frente a la casa, pero quería pasar estos últimos momentos juntas. Puse el Cadillac en marcha y salí del garaje.

La luz del sol golpeaba el capó metálico. Los neumáticos rodaban suavemente en la calzada. Maldita sea, se sentía bien conducir. ¿Por qué había dejado esta cosa por tanto tiempo? El Cadillac había estado terminado hacía dos años.

La restauración del Cadillac había durado casi un año. Cuando terminó, lo llevé a casa y lo estacioné en el garaje. Aparte de los raros fines de semana en los que lo sacaba, cuando Thomas no estaba, había permanecido inactivo durante dos años. Dos malditos años porque Thomas había insistido en que se estropearía si intentaba conducirlo *con el tráfico* de la ciudad todos los días.

No había querido arriesgarme a un accidente, así que había seguido conduciendo el BMW, con mis trajes y tacones. Había interpretado mi papel de esposa refinada de la que se había aburrido.

Todo ello mientras el Cadillac permanecía cubierto y solo.

Qué vergüenza.

Había ocultado algo importante en mi vida. Tampoco podía culpar a Thomas, porque yo había olvidado quién era.

Demasiado pronto, me acerqué al auto de Gemma y estacioné el Cadillac. Ella no salió. Tampoco yo.

—Llamaré —prometí.

—Más te vale. —Se giró hacia mí y se inclinó para un último abrazo.

Nos encontramos en el centro. Me dio un fuerte apretón y luego se fue, caminando con gracia y elegancia hacia su auto.

Gemma había crecido en un tugurio peor que el mío, pero siempre había tenido ese carácter regio. Había vivido sola desde el décimo grado. No tenía educación de la Ivy League ni pedigrí familiar. Sin embargo, Gemma Lane era pura clase.

Apreté el botón para bajar el techo y sonreí más mientras el aire veraniego me llenaba las fosas nasales con el olor a hierba recién cortada y a viento.

—Te quiero, Gemma.

—Te quiero, Lonny. —Sonrió, poniéndose al lado de su Porsche. Luego levantó un dedo apuntando a mi nariz—. Llámame.

—Lo haré. —Me reí mientras ella subía a su auto, se ponía las gafas de sol y saludaba por última vez antes de irse.

El sonido de su salida se desvaneció en la distancia y me tomé un último momento de tranquilidad para contemplar la casa a la que había llamado hogar. La fachada de ladrillo marrón era alta y majestuosa. Las puertas dobles arqueadas eran tradicionales y elegantes. Los pilares que sostenían el porche eran pomposos.

Esta casa no era yo.

Pero mi auto sí.

Agarré el volante con ambas manos. No siempre había sido blanco, al igual que los asientos no siempre habían sido de cuero.

¿Había ido demasiado lejos con la restauración? Tal vez Karson se sentiría como si hubiera destrozado la cosa. Pero en el fondo de mi corazón, creía que este era el aspecto que debía tener el auto en sus días de gloria. Así es como debería haber sido antes de que alguien se olvidara de su belleza y lo dejara en un desguace para que dos adolescentes lo ocuparan durante un par de años.

Los toques modernos, como los elevallunas eléctricos y la suspensión neumática, eran puramente una cuestión de comodidad. Me alegré de ello, ya que estaba a punto de conducir a través del país.

Pisé el acelerador y salí a toda velocidad. Cuando pasé por la puerta exterior, eché una última mirada por el espejo retrovisor.

No más puertas.



Road



El tráfico en los suburbios no era terrible, pero al llegar a la ciudad, las cosas se ralentizaron. La congestión tardó una hora en desaparecer, pero finalmente lo hizo.

Luego corrí.

Karson siempre había dicho que huir de casa fue la mejor decisión de su vida. Tenía que estar de acuerdo.

El viento me azotó el cabello mientras avanzaba a toda velocidad por la autopista. Sólo yo y mi Cadillac rojo cereza.

En un viaje de carretera.

DEVNEY PERRY



Runaway





Road

Capítulo Dos

LONDYN

Dos días en la carretera y era libre.

Boston me había ido asfixiando poco a poco, algo de lo que no me había dado cuenta hasta que quinientos kilómetros me separaron de mi vida anterior.

Que se jodan las rutinas diarias. Que se jodan los horarios. Al diablo con la estructura y las convenciones. Había estado atrapada en la normalidad e ignoraba la pesadez de mi corazón. Hacer la vista gorda a mis problemas había sido fácil con el horario que había mantenido. Cada minuto de mi vida había sido coreografiado. Sentarme sin hacer nada no tenía ningún atractivo.

Ahora que tenía tiempo para pensar por qué me había mantenido tan ocupada, vi que las rutinas y la estructura se habían convertido en una distracción necesaria. Cuando trabajaba, llevaba la casa u organizaba un acto para la empresa de Thomas, no tenía tiempo para pensar en la última vez que había sonreído o reído de verdad sin preocupaciones. Cuando pasaba tiempo en el spa o de compras, sólo me relajaba lo suficiente para recargar las pilas. Pero el tiempo de inactividad nunca había sido lo suficientemente largo para reflexionar.

El hecho de sentarme al volante de mi auto me obligó a analizar los últimos ocho años.

Cuando empecé a trabajar para Thomas, disfruté de la rutina, sobre todo porque había sido una anomalía. Saber lo que iba a suponer cada día había sido un concepto nuevo para mí. La estabilidad había sido refrescante.

Y había estado felizmente enamorada de mi marido. Había encajado nuestras vidas, o encajado mi vida con la de él.

Thomas necesitaba una estructura. Le encantaba tener un horario. El hombre sabía lo que iba a hacer con precisión, cada uno de los días de los próximos tres meses estaba trazado al detalle. Gemma era igual. Tal

16



DEVNEY PERRY



Runaway



Road



vez era una cosa de ser CEO, pero los dos no tenían casi ninguna flexibilidad. Ninguna espontaneidad.

De Gemma, lo entendí. Estaba desesperada por tener seguridad, y después de nuestra infancia, tenía sentido. Pero la motivación de Thomas no nacía del miedo a lo desconocido o de una juventud caótica. Thomas tenía disciplina y empuje en todos los aspectos de su vida porque le hacía ganar dinero.

El éxito y el estatus eran los verdaderos amores de Thomas.

¿Por qué me había esforzado tanto en encajar en ese molde? ¿Por amor? Me había convencido de que era feliz, pero ¿sabía siquiera lo que era *la felicidad*?

Todas las preguntas que me había hecho desde que salí de Boston, tal vez cuando llegara a California, tendría respuesta a ellas.

Mientras tanto, evitaba toda estructura. Tomé la carretera a mi propio ritmo, sin preocuparme del límite de velocidad ni de seguir el ritmo del tráfico. El reloj en el tablero no significaba nada porque no tenía ningún lugar donde estar.

Era tranquilo, simplemente conducir sola. Cuando llegué a Boston — y a todas las paradas intermedias— había sido en autobús. Los viajes desde entonces habían sido con Thomas, y si no habíamos estado en un avión, él había estado al volante.

Tal vez por primera vez, sentí el máximo control.

No era de extrañar que Gemma se hubiera convertido en una fanática del control. Era jodidamente increíble.

Me había trenzado el cabello, pero el viento me hizo soltar algunos mechones mientras el sol me calentaba el rostro. De vez en cuando, otro vehículo pasaba por delante de mí y el olor a gasolina perduraba durante un kilómetro. A menos que lloviera, conducía con sin capota.

El día que salí de Boston, conduje durante cinco horas sin ni siquiera un descanso para ir al baño. Quería alejarme del tráfico y de la ciudad. Atravesando Connecticut y parte de Nueva York, no paré hasta llegar al centro de Pensilvania.

Salí de la interestatal y encontré un motel de nivel medio. Me registré y dormí durante catorce horas. Los agotadores meses del divorcio, en los que Thomas había luchado duramente para que reconsiderara el fin de nuestro matrimonio, me pasaron factura. Así que me recargué en la habitación del motel, compensando las noches de insomnio.

A la mañana siguiente, me levanté cansada, sin ganas de ponerme en marcha. Así que no lo hice. ¿Cuál era la prisa? Este viaje no tenía plazos.

DEVNEY PERRY



Runaway



Road



Añadí otra noche a mi estadía y pasé el día en la cama con una caja de pizza a domicilio y la televisión.

Thomas no tenía tiempo para ver películas o programas de televisión. Teníamos un televisor en casa, una pantalla plana en el comedor informal donde desayunábamos. Thomas la encendía para ver las noticias cada mañana mientras comía claras de huevo y tocino de pavo.

No me había importado. Antes de huir a los dieciséis años, había pasado incontables horas frente al televisor. Nickelodeon y MTV habían sido mis niñeras mientras mis padres estaban ocupados con su droga preferida.

Pero ahora, cuando esos recuerdos no eran tan nítidos y la televisión no equivalía a la soledad, el entretenimiento sin sentido me resultaba tranquilizador.

Primero vi *John Wick*, entendiendo por fin el alboroto por Keanu Reeves. Lloré con *Beaches*, sabiendo que tenía la suerte de tener una amistad similar con Gemma. Y me quedé despierta hasta las tres de la mañana, riendo con una comedia romántica sobre damas de honor.

A la mañana siguiente, volví a dormir hasta tarde y salí antes de la hora de salida del mediodía. Luego, en lugar de correr por la carretera, me dirigí a un café de la zona. Durante horas, en algún lugar de Pensilvania, me senté en una mesa que daba a la ventana, para ver el tráfico, almorzando y escuchando a escondidas otras conversaciones. Me marché mucho después de que el olor a café se impregnara en mi cabello rubio.

Incluso después de conducir durante horas, el aroma seguía en mi cabello. Recogí un mechón y me lo llevé a la nariz para inhalar la levadura y el azúcar persistentes. Siempre había sido consciente de los olores, sobre todo de los míos.

¿Estaba consentida? *Probablemente*. Después de dormir durante dos años en un Cadillac oxidado y abandonado, ¿no me merecía estar un poco mimada?

Tal vez sí.

Una cosa era segura, huir era mucho más fácil con dinero, y por eso, estaba agradecida.

Podría pagar habitaciones de hotel y almuerzos en cafeterías. No tendría miedo de que me cobraran la gasolina. Podría parar a comer decentemente en un restaurante, en lugar de reunir el cambio suficiente para una hamburguesa con queso del menú de un dólar.

El dinero que había ganado trabajando había sido considerable para una mujer con un GED reciente y sin estudios superiores. Fue una ventaja de estar casada con el jefe. Lo había ahorrado todo, menos lo que



Runaway



Road



había gastado en el Cadillac. Todo lo demás —el presupuesto de la casa, la ropa, los zapatos, el spa, las vacaciones— lo había pagado Thomas. Podría vivir de mis ahorros durante años. La ropa de diseño no entraba en mi presupuesto, pero había tenido suficiente ropa de marca para toda la vida.

La interestatal atravesaba el campo y las señales pasaban de vez en cuando. Agarré mi bolso, dispuesta a buscar mi teléfono y consultar un mapa.

—No está ahí. —Me recordé. *¿Cuánto tiempo tardaría en dejar ese hábito?*

Y no necesitaba un mapa. Estaba en la costa este y tenía que llegar al oeste. No era necesario trazar un mapa de cómo viajaba. Estaba conduciendo. El camino bajo mis neumáticos me llevaría allí eventualmente.

Un gran camión pasó ruidosamente, dejando una nube negra. Fruncí la nariz y reduje la velocidad, pero el olor se pegó al auto. Llevaba toda la tarde con lo mismo.

—Al diablo con la interestatal. —Puse la luz de giro en la siguiente salida, al ver un cartel de una gasolinera. Quería recorrer unos cuantos kilómetros sin pasar a otro vehículo.

Estacioné el Cadillac y lavé el parabrisas. Luego entré y compré un par de botellas de agua y una bolsa de patatas fritas.

—Gracias —le dije al empleado—. Supongo que no tendrás un teléfono público en ningún sitio.

—Claro que sí. Sal por la puerta y gira a la derecha. Está a la vuelta de la esquina.

—Gracias de nuevo. —Recogí mis cosas y las llevé al auto, dejándolas en el asiento abierto. Luego saqué algunas monedas de mi bolso y encontré el teléfono. Era viejo y las teclas estaban sucias. Me acerqué el auricular negro a la oreja y lo apoyé contra el hombro mientras marcaba el número de Gemma.

—¿Hola?

—Hola, Gemma. —Sonreí.

—¿Lonny?

—Sí, soy yo. ¿Ves? Te dije que llamaría. Creí que recibiría tu buzón de voz.

Se rió.

—Llamaste en el momento perfecto. Estoy entre reuniones y sola por una vez. ¿Cómo te va? ¿Dónde estás?

19



DEVNEY PERRY



Runaway

—Sigo en Pensilvania, según mi recibo de la gasolinera. Y es bueno. Me lo estoy tomando con calma.

—Me imaginé que ya estarías al otro lado del Mississippi.

—Pronto. ¿Cómo estás?

—Bien. —Suspiró—. Ya te echo de menos.

—También te echo de menos. —Aunque me alegraba de que hubiera rechazado mi oferta de acompañarme. Por mucho que un viaje por carretera hubiera sido divertido con mi mejor amiga, necesitaba hacerlo sola. Este viaje era para mí.

—Escucha, tengo que decirte algo. Odio hacerlo en tu primera llamada, pero no quiero que llames a Thomas.

Me burlé.

—No lo había planeado.

—Bien. Porque me llamó ayer.

—¿Qué? —Me tensé—. ¿Por qué? ¿Qué quería?

—Encontrarte.

Puse los ojos en blanco.

—Bueno, pues mala suerte.

—Hay, eh... algo más. —Hizo una pausa—. No es bueno. ¿Quieres que te lo cuente? ¿O no?

No. Lo que fuese que estuviera pasando con Thomas no iba a cambiar nada. No iba a volver.

Me había asfixiado, algo de lo que me estaba dando cuenta cuanto más me alejaba de Boston. No le importaban mis ideas ni mis sentimientos porque él era el magnate de los negocios y yo solo era la pobre chica a la que había convertido en princesa.

Él no podía entender que dejara sus riquezas por *un tonto asunto de oficina*.

No, no quería saberlo.

Gemma sabía que no quería tener nada que ver con él. Así que, ¿por qué sacar a relucir el tema? ¿Thomas estaba enfermo o algo así? ¿Estaba herido? ¿Estaba en problemas?

—Dime. Maldita sea la *curiosidad*.

—Es, um, Secretaria.

Me estremecí. Ni Gemma ni yo diríamos el nombre de la mujer. Esa zorra se había sentado frente a mí durante meses, sonriendo y fingiendo

ser una amiga mientras se follaba a mi marido en secreto. Tal vez él la había despedido de verdad.

—Está embarazada.

El teléfono se me cayó de la oreja y el plástico negro se estrelló contra la pared de la cabina. El cable se balanceó de un lado a otro como un hombre colgado de una soga. *Algo así como mi matrimonio.*

Muerto.

—¡Londyn! —gritó la voz de Gemma en el teléfono, obligándome a agarrarlo.

—Estoy aquí. —Me aclaré la garganta—. ¿Ese es el motivo por el que te llamó? ¿Por qué? —¿No me había hecho suficiente daño? ¿Por qué no podía dejarme sola en mi ignorancia?

Gemma suspiró.

—Quería que lo supieras por si decidías volver.

—Nunca volveré. —*No ahora.*

—Lo siento —susurró Gemma—. No debería habértelo dicho.

—No, me alegro de que me lo digas. Quería saberlo. Eso no cambia nada. ¿Dijo algo más?

—Sólo que está preocupado por ti.

—Bueno, ahora tiene otras cosas de las que preocuparse. —Como tratar con el médico que le hizo la vasectomía—. Voy a dejar que te vayas. Estoy segura de que está ocupada.

—No debería habértelo dicho —murmuró—. ¿Volverás a llamarme pronto?

—Seguro. —No lo dije como una mentira, pero lo sentí como tal. No podía imaginarme sin hablar con Gemma, pero una llamada y había sido arrastrado de nuevo a la vida que acababa de dejar. Tal vez cortar temporalmente los lazos con ella por un tiempo sería lo mejor. Volvería a llamar, pero no tan pronto como ella suponía.

—Cuídate —dijo.

—Adiós. —Colgué el teléfono.

Había dos monedas más en mi bolsillo, suficientes para otra llamada. Me quedé mirando el teclado. *¿Debería llamar a Thomas?* Las ganas de gritar y chillar surgieron en mi pecho y mis dedos rozaron el teléfono.

Desde el divorcio, no me había enfadado. Me había adormecido y me había quedado callada. Mi abogado me había animado a seguir así para conseguir el mejor acuerdo posible. Puede que Thomas y yo tuviéramos un acuerdo prenupcial, pero aun así Thomas había acabado pagando.

Había contratado a un buen abogado.

Aparte de mis propios ahorros, me había llevado diez millones de dólares de mi matrimonio en nuestro acuerdo de divorcio. Cada centavo se destinaba ahora a una organización que apoyaba a los niños fugados. Ese dinero pagaba la ropa y el refugio. Pagaba la educación y el alojamiento a largo plazo.

Thomas había mejorado mi posición en la vida. Ahora su dinero estaba haciendo lo mismo con otros niños desafortunados que necesitaban una ayuda. Esa donación había aliviado el escozor del divorcio. Me había ayudado a mantener la calma.

Hasta ahora.

Que se joda. Me alejé del teléfono, con los puños cerrados y los dientes apretados.

Thomas no se merecía cincuenta centavos.

Me aparté del teléfono y prácticamente corrí hacia el auto. Salí a la carretera y pasé por la rampa de acceso a la interestatal. Levanté la mano e hice un gesto con el dedo.

Que se jodan las interestatales. Que se joda la secretaria. Que se jodan los maridos que se hacen la vasectomía a los treinta años porque no tenían previsto casarse cinco años después.

Yo había sido la excepción a la vida meticulosamente planificada de Thomas. Yo había sido una decisión espontánea, guiada con el corazón.

Este bebé era porque se había guiado con su polla.

Que se joda.

Las líneas amarillas en medio del asfalto se difuminan mientras un brillo de lágrimas cubrían mis ojos. Me puse las gafas de sol y parpadeé.

Pasaron kilómetros y kilómetros mientras conducía por la tranquila carretera. Los árboles que cercaban la carretera eran brillantes y altos bajo el cielo de junio. Los pájaros volaban por encima. De vez en cuando aparecía un arroyo que tocaba la carretera antes de desaparecer en la exuberante vegetación.

Era pintoresco e imposible no apreciarlo.

Se me quedó grabada la imagen mental de Tomás y Secretaria sosteniendo a un bebé envuelto en rosa.

Era irónico que Thomas hubiera embarazado a la mujer equivocada. Me había rogado y suplicado que me quedara, y si hubiéramos tenido un bebé, no lo habría dejado. Traición o no, no le habría quitado a un niño una vida en la que no le faltaría de nada.



Road



Pero no tenía un bebé. No tenía una familia y probablemente nunca la tendría.

Las lágrimas amenazaron de nuevo, pero me negué a dejarlas caer.

—No más —susurré—. No tiene más.

Tenía esta aventura para darme un propósito. No necesitaba a la familia cuando tenía mi libertad.

Sujetando con fuerza el volante con una mano, levanté la otra en el aire. En el momento en que las yemas de mis dedos ascendieron por encima del parabrisas, se enfriaron. El sol comenzaba a descender y el ambiente se volvía más fresco.

Hacia una hora que había cruzado a Virginia Occidental, con un cartel grande y descolorido que me daba la bienvenida al estado.

Estiré la mano más arriba, hacia la luz desvanecida del cielo. Luego, equilibré el volante con mi rodilla, dejando que mi otra mano llegara más arriba. Mis brazos se estiraron.

Libertad.

Yo era libre. Estaba sola y perdida.

Y era hermoso.

El aire corría entre mis dedos. Al estirar los brazos más arriba, llené mis pulmones, respirando más profundamente de lo que lo había hecho en mucho, mucho tiempo.

Cerré los ojos, por un momento, hasta que un temblor en mi neumático derecho hizo que el Cadillac se moviera hacia la línea central.

Mis ojos se abrieron de golpe y mis manos se dirigieron al volante.

—Mierda.

Giré el volante para llevar el auto a mi lado de la carretera y me pasé de largo. El Cadillac, la bestia que era, se balanceó y se tambaleó de nuevo mientras los neumáticos del lado del pasajero temblaban en la banda de rugosa.

Pop.

La esquina delantera derecha del auto se cayó. El Cadillac se sacudió hacia un lado y no tuve fuerzas para sujetar el volante.

Pisé el freno, demasiado fuerte. ¡*Maldita sea!* Entré en pánico y perdí el control. El *ruido* de mi neumático pinchado llenó el aire justo antes del chirrido del metal contra el metal. Un guardarraíl tuvo la amabilidad de evitar que cayera en una zanja.

El Cadillac se detuvo. El polvo se agitó hasta que la brisa nocturna lo hizo desaparecer.

23



DEVNEY PERRY



Runaway

—Oh, Dios mío —gemí. Estaba viva, si mi corazón no estallaba. Tenía las manos apretadas en el volante, congeladas, pero el resto de mi cuerpo temblaba. No podía aflojar el agarre, así que dejé las manos en blanco y dejé caer la cabeza hacia delante.

Cerré los ojos, dejando que la adrenalina se calmara. Cuando los temblores disminuyeron y mi cabeza dejó de dar vueltas, solté el volante y salí del auto con las piernas temblorosas.

Con una mano en el auto para mantener el equilibrio, rodeé el maletero hasta el otro lado.

—Mierda. —El Cadillac estaba aplastado contra el guardarraíl. Había rayas de pintura roja desde donde me había arrastrado.

Me apresuré a rodear el auto de nuevo, esta vez para inspeccionar la parte delantera. El neumático estaba pinchado y la llanta descansaba sobre el asfalto.

—No. —Me pasé una mano por el cabello. Debía de haberme dado con un clavo. La noche era cada vez más oscura y, aunque podía cambiar una rueda a la luz del día, hacerlo de noche no era un reto que quisiera asumir.

—Esto es por lo que tenemos teléfonos. —Me golpeé la frente. Debería haber comprado un teléfono para las emergencias—. Maldita sea.

Y no había ningún auto a la vista. Había cumplido mi deseo de tener una carretera desierta. ¿Cuánto tiempo hacía que no pasaba por una ciudad? Había pasado antes por un pequeño pueblo, pero todavía había luz en el exterior. Estaba al menos a una hora de camino detrás de mí.

—¡Ahh! —grité al cielo. Ni siquiera a los pájaros parecía importarles. Lo que significaba que si me secuestraban y asesinaban a lo largo de este camino, tampoco habría nadie cerca para escuchar esos gritos—. Maldita sea.

Me dirigí al asiento del conductor y me subí para cerrar el techo. Una vez asegurado, recogí mi bolso, cerré la puerta y eché el cerrojo. Luego me dirigí al maletero, busqué en mi maleta zapatillas para cambiarlas por mis chanclas.

—Debería haberme quedado en Pensilvania —murmuré mientras emprendía el camino. Esperaba que apareciera otro pueblo o una casa si seguía el camino hacia adelante. No había mucho detrás de mí.

Cuanto más me alejaba del auto, más miedo tenía. Ese auto era mi manta de seguridad. Incluso en Boston, cuando había estado escondido en el garaje, siempre había sabido que estaba allí, protegido y seguro.

Ahora estaba en la carretera, solo y vulnerable.

Yo también.



Road



Le robé miradas por encima del hombro hasta que desapareció de mi vista y comencé a contar pasos para ocupar mi mente. Cuando llegué a quinientos, me puse nerviosa. Cuando llegué a mil, estaba tan asustada por la inminente oscuridad que dejé de caminar.

No había señales de un pueblo cercano. Si había casas cerca, estaban ocultas entre los árboles.

—Esto es una locura. —Giré y corrí hacia mi auto. Estaba sudando y sin aliento cuando lo vi.

Corrí más rápido.

Cuando llegué a la puerta, la oscuridad casi había descendido y apenas podía distinguir el pomo. Si hubiera caminado otros quinientos pasos, no habría llegado antes del anochecer.

Me desplomé en el asiento del conductor, encerrándome dentro mientras mi corazón latía con fuerza.

¿En qué estaba pensando? ¿Por qué iba a dejar este auto? Dormiría aquí esta noche y le haría señas a un vehículo que pasara mañana, porque no iba a dejar este auto de nuevo. La única vez que nos separamos fue cuando le entregué las llaves a Karson en California.

Si es que estaba en California. Lo averiguaría cuando llegara allí.

El aire era espeso y húmedo fuera de mi ventana. El sudor corría por mi escote y empapaba el cabello de mis sienes y mi frente. Encendí el auto y subí el aire acondicionado hasta que ya no goteaba. Luego abrí las ventanillas y lo apagué, empujando el asiento hacia atrás para estirar las piernas.

Dormir en el Cadillac era más cómodo en el asiento trasero, algo que sabía por años de práctica, pero dormir no sería fácil esta noche sin importar dónde descansara. Y desde aquí, podía ver mejor el exterior y salir rápidamente si se acercaba un auto.

Las horas pasaron. Las estrellas iluminaban el cielo de medianoche. Miles de ellas revoloteaban sobre mi cabeza y, como hacía cuando era adolescente, pedí deseos a las más brillantes. Perdida en su aleatorio patrón, salté cuando un destello de luz me llamó la atención desde el espejo retrovisor.

Me incorporé, girando en torno a unos faros cegadores que se dirigían hacia mí. Me puse en acción, encendiendo la luz interior del Cadillac antes de salir. Me apresuré a situarme junto al capó, retrocediendo hasta que el guardarraíl me rozó las pantorrillas. Entonces agité los brazos en el aire como una loca mientras el otro vehículo se acercaba.

Entrecerré los ojos ante sus faros, usando una mano para protegerme los ojos mientras la otra saludaba. El auto no disminuyó la velocidad. El

25



DEVNEY PERRY



Runaway

zumbido de su motor parecía aumentar. *¿No me había visto? ¿O iba a pasar de largo?*

Desesperé al ver que las luces se acercaban cada vez más sin que el vehículo frenara. Mi brazo seguía levantado en el aire pero había dejado de saludar.

Iba a seguir conduciendo. *Imbécil.*

Dada la suerte que había tenido hoy, eso era lo normal. Estaba dispuesta a darles el dedo medio cuando los neumáticos chirriaron y el fuerte cambio de marcha del motor llenó el aire.

—Gracias —dije, bajando la mano.

Un camión se detuvo bruscamente justo a mi lado y bajó la ventanilla. Todavía tenía los ojos llenos de manchas por los faros, pero entrecerré los ojos con fuerza, intentando distinguir al conductor.

—¿Necesitas ayuda?

Era una voz de mujer. *Gracias, estrellas.* Uno de mis deseos era ser rescatada. Otro era que mi salvador fuera una mujer.

Me acerqué al camión.

—Tengo una rueda pinchada y estoy aplastada contra el guardarraíl. Está oscuro y no quería intentar cambiarla. —Suspiré—. Y no tengo teléfono.

—Maldición. —Extendió la palabra—. Bueno, Summers está a unos quince kilómetros por la carretera. ¿Quieres que te lleve?

¿Quince kilómetros? Me alegré de haber dado la vuelta.

—¿Hay una grúa en Summers? Preferiría no dejar mi auto aquí.

—Cohen tiene un remolque. ¿Quieres que lo llame?

—Sí, por favor. Muchas gracias. —Mis ojos finalmente se estaban adaptando a la oscuridad. Cuando sacó su teléfono, la pantalla iluminó brevemente la cabina y pude ver su rostro.

La mujer tenía probablemente unos cincuenta años, pero con la escasa luz era difícil de distinguir. Las arrugas alrededor de los ojos y la boca eran leves. Su cabello era rubio claro o gris. Se acercó el teléfono a la oreja, me miró y sonrió amablemente.

De todas las personas del mundo que podrían haberse detenido, yo había dado con el premio gordo. Me acerqué hasta que estuve de pie justo delante de la ventanilla abierta del pasajero. El aroma de las barritas de limón salía del camión y me llenaba la nariz.

Mi estómago retumbó. Las patatas fritas que había comido horas atrás, hacía tiempo que se habían consumido.

—Oye, Brooks. —No se presentó a la persona al otro lado del teléfono—. Tengo una chica que necesita un remolque. A unos quince kilómetros al norte de la ciudad, un kilómetro más o menos antes de llegar a mi casa.

¿Su casa? Si hubiera ido en la otra dirección, ¿habría llegado a su casa? Maldita sea. A partir de ahora, iba a prestar más atención a mis alrededores mientras conducía. Esto no habría sucedido si no hubiera estado tratando de salir de mi depresión.

—Seguro. —Colgó y dejó el teléfono en la consola—. Está en camino.

—Gracias. —*¿Sería raro darle un abrazo?*

—¿Quieres que espere contigo, cariño?

Mi corazón se calentó.

—No, adelante. Gracias.

—Es tarde. Voy de camino al motel para entregar unas barritas de limón a mi hermana, Meggie. Yo horneo cuando no puedo dormir y ella trabaja en los turnos de tarde y noche. Ven después de que Brooks te lleve a ti y al auto a la ciudad. Pasa la noche en Summers.

—Creo que lo haré. Gracias.

—Bien. Me llamo Sally. ¿Y tú eres?

—Londyn McCormack.

—Es un placer conocerte, Londyn. —Levantó una mano—. Hasta pronto.

La saludé con la mano y me alejé de su camioneta cuando la puso en marcha. Tan rápido como se detuvo, se fue, corriendo por la autopista y dejándome en la oscuridad.

Volví a entrar en el auto y me quité de encima los bichos que se me habían pegado a la piel. Luego esperé, mirando el reloj mientras pasaban diez minutos. Luego quince. A los veinte, empecé a desear haber hecho autostop con Sally después de todo, pero entonces dos faros aparecieron en una curva.

Me bajé y esperé en mi mismo lugar junto al capó, sólo que esta vez, mis propios faros también brillaban.

La grúa se detuvo lentamente, con el motor en marcha, mientras el conductor abría la puerta y salía a la carretera. Su figura oscura y alta estaba en las sombras por la luz.

—Señorita. —Su mano se levantó cuando se acercó y sus rasgos quedaron a la vista—. He oído que necesitabas un remolque.

Tragué con fuerza. ¿Estaba dormida? Tenía que estar dormido. Sally era un sueño y él también. No tenía experiencia con los conductores de

grúas, pero seguramente no eran todos así. De lo contrario, las mujeres del mundo estarían constantemente reventando sus neumáticos.

Se movió, bloqueando más la luz con sus anchos hombros. El movimiento me dio una visión más clara de su rostro y destacó la línea de su nariz recta. La barba incipiente cubría su fuerte mandíbula. Sus brazos tenían unos músculos tan definidos que no me sorprendería que levantara mi auto con sus propias manos para colocarlo en la plataforma de la grúa.

—¿Señorita?

—Sí. —Parpadeé, obligando a mi mirada a apartarse de sus suaves labios para devolverle el apretón de manos—. Lo siento. Yo, eh... pinché un neumático y no puedo cambiarlo.

—Hmm. —Se acercó al auto, mirando por el lado pegado al guardarraíl—. Parece que tienes algo más que un pinchazo.

Mis ojos se dirigieron al culo del hombre. *Maldita sea*. Cuando se giró, me obligué a mirar su rostro. Lo último que necesitaba era que me dejara a un lado de la carretera.

—Raspé el guardarraíl mientras intentaba detenerme. No quiero ni pensar en el aspecto que tiene el lateral.

—Probablemente no sea bonito. Pero lo llevaremos al garaje y lo miraremos más detenidamente.

—Gracias. —Sonreí—. Te agradezco que hayas venido tan tarde a ayudarme.

Se rió.

—Cuando Sally llama, es mejor que conteste, señorita.

Me estremecí ante la tercera vez que dijo señorita.

—Soy Londyn. Se escribe con una “y”.

—Londyn. Un placer. —Oh señor, esa voz, tan rica y suave. Esperaba que su nombre fuera algo sencillo como George o Frank. Algo para combatir la perfección—. Soy Brooks Cohen.

No era George. Esto era definitivamente un sueño.



Road

Capítulo Tres

BROOKS

Esta noche no era la primera vez que recibía una llamada para remolcar a Sally Leaf después de medianoche. Normalmente, necesitaba que la remolcara para salir de la zanja en la que había metido su vieja camioneta. La mujer conducía como si los límites de velocidad fueran un mínimo y las líneas de la autopista una sugerencia.

Sin embargo, cada vez que ella llamaba, yo iba corriendo. Me levanté de la cama y me vestí con un vaquero y una camiseta. Me apresuré a recorrer las pocas manzanas que separan mi casa del garaje, donde cambié mi Ford plateado por la grúa. Tal y como había prometido Sally, casi exactamente a quince kilómetros de la ciudad, había visto el auto pegado al guardarraíl.

Un auto precioso. Y una dueña impresionante.

Londyn con “y”.

Su Cadillac estaba cargado en la plataforma y ella iba de copiloto con un bolso agarrado en el regazo. El dulce aroma de su cabello me llegaba cada vez que hacía el más mínimo movimiento para mover el bolso o cruzar las piernas.

Menos mal que estaba oscuro y ella no podía ver mis ojos errantes, que la recorrieron de pies a cabeza, observando el largo cabello rubio que le caía sobre los hombros y los pechos. Su holgado vaquero no podía ocultar los redondeados contornos de sus caderas ni las firmes líneas de sus piernas.

Mi madre se avergonzaría de saber que le había mirado el culo más de una vez.

Bajé la cabeza, oliendo rápidamente mi brazo. *Oh, demonios.* Olía a sudor y grasa. Me había duchado antes de ir a la cama, limpiando la suciedad del garaje y el olor de los ocho kilómetros que había corrido

29



DEVNEY PERRY

Runaway

después del trabajo. Pero después de cargar su auto en el calor, me había derretido a través de mi rápida capa de desodorante.

—¿Estás de paso? —pregunté mientras bajaba la ventanilla unos centímetros. Sabía la respuesta a esa pregunta. Si viviera por aquí, lo sabría. Summers era mi ciudad natal y había vivido aquí toda mi vida. Después de treinta y tres años, no había mucha gente que no conociera. Pero habíamos recorrido tres kilómetros en un silencio incómodo, y estaba desesperado por aliviar la tensión.

—Sí. Estoy de camino a California.

—¿De?

—Boston.

Silbé.

—Ese es un viaje largo.

Y peligroso para una mujer sola. No me gustaba pensar en lo que podría haber pasado si hubiera pinchado en otro lugar que no fuera Summers, Virginia Occidental.

—No tengo prisa. —Suspiró, jugueteando con la correa de su bolso.

Me senté un poco más recto, fingiendo mirar el auto por el espejo retrovisor, en lugar de comprobar mi rostro. Mi cabello era un maldito desastre. Me pasé una mano por el cabello dos veces, controlando el rubio oscuro que sobresalía en la parte superior.

Mierda. ¿Cuándo fue la última vez que me preocupé por mi cabello?

—¿A dónde llevas mi auto? —preguntó.

—A mi garaje. Lo revisaré mañana, pero cuando lo cargué, vi algunos daños en la rueda. El panel lateral está bastante golpeado también.

—Maldita sea —refunfuñó, dejando caer la cabeza en su mano—. No puedo creer que haya hecho esto.

—Los accidentes ocurren. —Nunca eran esperados ni convenientes.

—Esto no debería haber ocurrido —murmuró—. ¿Supongo que no haces ningún trabajo de encargo? Me lo han restaurado y necesito arreglarlo.

—He hecho algunos. —Más que algunos, pero no iba a prometer que podría arreglar su Cadillac hasta que no viera mejor los daños—. Como dije, veamos con qué nos enfrentamos mañana.

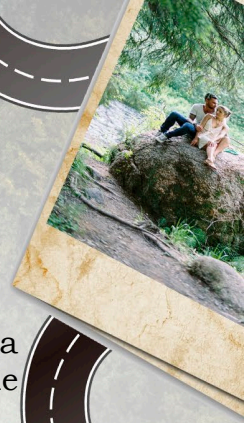
—Bien. —Se apoyó en la puerta, con el cuerpo desplomado. Parecía que estaba a cinco minutos de quedarse dormida.

—¿Dónde te alojas?

—Sally mencionó algo sobre un motel.



Road



—Te dejaré allí y luego llevaré tu auto al taller.

Ella tarareó su acuerdo al llegar a las afueras de la ciudad. Redujo la velocidad cuando la autopista se convirtió en Main Street, y luego me desvié para estacionar frente al Motel Summers.

Había quince habitaciones en total, todas ubicadas en la forma de una herradura alrededor de una oficina en el centro. Los huéspedes estacionaban mayoritariamente en el centro, pero la grúa era demasiado grande para el espacio, así que nos detuve junto a la acera.

Como era de esperar, la camioneta de Sally, abollada y golpeada, estaba estacionada junto a la oficina. En el interior, se reía con su hermana gemela, Meggie. Las dos estaban comiendo algo, probablemente una especie de postre. Sally siempre experimentaba con galletas y pasteles. Aquellas dos se atiborraban de azúcar durante unas horas y lo bajaban con un litro de café. No era de extrañar que rara vez se viera a Sally en la ciudad antes del mediodía. Meggie era la dueña del motel y había trabajado en el turno de noche desde que tenía uso de razón. Decía que era para que sus empleados tuvieran el horario normal. Mi teoría era que ella y Sally eran búhos nocturnos de nacimiento.

—Aquí estamos.

Londyn miró hacia allí y sonrió.

—Gracias. Mañana pasaré por el garaje.

—No hay prisa. Me llevará algún tiempo averiguar con qué estamos tratando aquí. Puedo llamarte si quieres. Para decirte cuándo ir.

—Bien, no, espera —refunfuñó—. No tengo teléfono.

—¿No tienes teléfono?

—No.

Se me cayó la mandíbula.

—¿Vas a atravesar el país sin teléfono? Señorita, sé que acabo de conocerte. Pero es...

—No es seguro. Lo sé.

Abrí la boca, con un sermón preparado, pero me detuve. Por ahora, ella estaría en el motel y yo podría localizarla aquí. Además, no era de mi incumbencia. Esta mujer era una desconocida. Se iría de Summers en cuanto su auto estuviera listo. Entonces, ¿por qué la idea de que viajara sola me dejaba con una sensación de inquietud?

—Llamaré al motel por la mañana. El garaje está a unas tres cuadras. Si te apetece pasar por allí antes de que llame, hazlo.

—Bien. —Asintió, abriendo la puerta para bajar.

31



DEVNEY PERRY



Runaway

Me desabroché el cinturón, salté fuera de la plataforma y rodeé la parte delantera para asegurarme de que llegara al suelo desde el escalón alto.

—Me encargo de la puerta.

—Gracias. —Se acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja mientras me acercaba para cerrar la puerta—. Hasta mañana.

La seguí hasta la acera.

—Que tengas una buena noche.

Londyn saludó con la mano pero se detuvo a medio camino, y señaló el Cadillac.

—Todas mis cosas están en el maletero.

—No hay problema. —Caminé hacia la plataforma y subí—. Lánzame tus llaves.

Los sacó de su bolso, pero en lugar de tirarlas, levantó una de esas largas piernas y saltó junto a mí.

—Yo lo hago.

Nos dirigimos a la parte trasera, donde abrió el maletero. Llevaba dos maletas y un bolso de lona a juego. El estampado también hacía juego con su bolso. Mi madre tenía el mismo equipaje, algo que papá le había comprado como regalo de aniversario el año pasado.

No era barato. Dado que su auto valía el doble que el mío, no me sorprendió que también tuviera bolsos de diseño.

Empezó a sacar una maleta, pero se la quité de las manos. El leve roce de sus dedos con los míos fue como un rayo de fuego que subió por mi mano. Londyn se quedó paralizada, con los ojos muy abiertos y las mejillas sonrojadas. Una oleada de calor me invadió.

¿Quién era esta hermosa mujer?

Londyn rompió el contacto visual primero, dejando caer su mirada hacia el maletero. Saqué el bolso y me lo colgué al hombro. Luego saqué las dos maletas, y las dejé en la plataforma mientras ella cerraba el maletero.

Bajé primero de un salto y extendí una mano para ayudar a Londyn. Ella la tomó, este segundo toque fue tan eléctrico como el primero.

Maldita sea. Estaba en problemas si tardaba más de un día o dos en poner su auto en la carretera. La solté y alcancé las maletas.

—Puedo llevarlas —se ofreció.

—Sally y Meggie me matarán si no llevo tus maletas. —Entonces llamarían a mi madre y ella repartiría sus propios sermones.

Me dirigí al motel, dejé a un lado el equipaje para abrirle la puerta. Sally se bajó del taburete y se apresuró a saludar a Londyn.

Sally tragó un bocado de lo que había estado masticando.

—Ven aquí, cariño.

—Tengo tu habitación preparada —dijo Meggie—. Habitación cinco.

Sally le guiñó un ojo.

—Es la mejor.

—Estás en buenas manos. Nos vemos mañana. —Dejé las maletas de Londyn y me despedí con la mano—. Buenas noches, señoras.

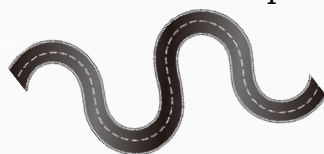
Un coro de buenas noches me siguió en la oscuridad.

—Cielos, ese hombre tiene un culo impresionante.

Me reí, poniendo los ojos en blanco ante el comentario de Meggie. Era veintitantos años mayor que yo y se había propuesto como misión personal en la vida, asegurarse de que yo supiera que apreciaba mi cuerpo.

Eché un último vistazo al vestíbulo mientras subía a la camioneta. Los ojos de Londyn se levantaron de donde había estado mirando mi trasero.

Sonreí. Supongo que ahora estamos en paz.



—Buenos días, herma... —Tony me miró de arriba abajo—. ¿Hay algún funeral o boda del que no me haya enterado?

—No. —Me encogí de hombros—. Necesitaba un corte y un afeitado.

—Parece muy hábil para un hombre que estuvo media noche remolcando este auto. —Golpeó con un nudillo el capó del Cadillac rojo de Londyn—. Debe de ser más linda de lo que Sally dijo.

—No sé de qué estás hablando.

—Mmm —murmuró, su pecho temblando con una risa silenciosa.

Sally y Tony habían sido amantes durante más años de los que yo había vivido. No estaban casados. Vivían en casas separadas. Pero cuando ella finalmente se iba a la cama, normalmente era en la de él. Eso, o él ya estaba dormido en la de ella. No salían con otras personas. Llevaban décadas felizmente *solteros*, pero estaban lo más lejos de ser eso.

Probablemente Sally se había levantado temprano con Tony esta mañana —o ni siquiera se había acostado aún— para darle todos los detalles sobre Londyn.

Era bonita. Muy bonita. Dudaba que algo que Sally pudiera decir le hiciera justicia a Londyn. Pero no me había detenido en la barbería sólo por Londyn. Era verano y hacía demasiado calor como para tener un lío en la cabeza y barba.

—Sólo necesitaba un afeitado, Tony.

—Lo que digas, jefe.

Ignoré su sonrisa, me dirigí al lado dañado del Cadillac, y me agaché sobre el hormigón para verlo más de cerca.

—Destruyó esta parte. —Mis dedos rozaron los arañazos que iban desde la puerta del pasajero hasta la luz trasera—. El neumático delantero también está destrozado.

Tenía que ser algo más que un clavo para reventar uno de estos neumáticos. Eran de un tamaño personalizado y prácticamente nuevos. Algunos podrían tratar de ahorrar un dólar y arreglar esto, pero no sería una reparación duradera.

La seguridad de Londyn había subido muy rápido en mi lista de prioridades.

—Pediré un neumático nuevo a primera hora. Para arreglarlo hoy.

—¿Qué pasa con el panel? —preguntó Tony, sorbiendo de una taza de café humeante. Nunca entendería cómo podía beberlo hirviendo durante todo el día, incluso cuando afuera había cien grados y la humedad era altísima.

—Me pondré en contacto con Mack en el taller de carrocería. Si consigo arreglar este neumático hoy, tal vez él pueda agregar en su agenda para esta semana, la pintura.

Lo que significaba que Londyn estaría en camino en tres o cuatro días y yo no sentiría la necesidad de seguir yendo a la barbería a las siete de la mañana para afeitarme y cortarme el cabello.

—¿Hola? —Una voz suave y sedosa llenó el taller y mi corazón se aceleró.

—Buenos días, señorita. —Tony sonrió—. ¿En qué podemos ayudarte?

Me puse de pie, y lo alcancé antes de que pudiera estrechar la mano de Londyn con su palma grasienta. Le di una palmada en el hombro.

—Yo me encargo, Tony.

Me miró, luego a Londyn y de nuevo a mí. Una lenta sonrisa se extendió por sus mejillas, revelando los hoyuelos que Sally elogiaba tan a menudo como Meggie lo hacía con mi trasero.

—Entonces creo que daré una vuelta por la carretera para ver qué tipo de golosinas tiene hoy el Express Hut y para que me rellenen el café.

Tony se inclinó un poco al pasar por delante de Londyn, haciendo un gesto con la muñeca.

Esperé hasta que estuvo fuera del alcance del oído y luego incliné la cabeza hacia Londyn.

—Buenos días. ¿Cómo estuvo el resto de tu noche?

—Estuvo bien. Sin incidentes. Sólo me quedé dormida.

Hice lo posible por no pensar en Londyn cerca de una cama, pero era difícil dado su atuendo. Llevaba un pantalón corto que se amoldaba a la curva perfecta de sus caderas. El cuello en V de su camiseta se hundía para revelar una deliciosa línea de escote.

—¿Brooks?

Joder. Me había atrapado mirándole los pechos. Me alejé de ella y me pasé una mano por el cabello recién cortado.

—Así que, eh... el auto.

—Estaba ansiosa por verlo a la luz del día, así que no esperé a que llamas. ¿Qué tan grave es? —Se adentró en el garaje, con sus chancas golpeando a cada paso. Si la había ofendido, no lo dijo. Su atención se centraba en el Cadillac.

—No está horrible. —Fui al lado destrozado—. Voy a arreglar la rueda hoy, pero creo que un parche no durará hasta California. Será mejor comprar una rueda nueva.

—Bien. ¿Y el costado?

—El panel tiene algunas abolladuras menores pero nada que no se pueda arreglar. La pintura tendrá que ser retocada.

—¿Y puedes hacer todo eso?

—Soy más un tipo de motor. Arreglo muchos neumáticos para la gente de la ciudad. La carrocería no es mi especialidad.

Yo haría un lío con este tipo de trabajo de precisión, y podría decir que alguien había volcado una tonelada de dinero en este auto. Este Cadillac tenía todos los toques modernos en el interior y el motor era de primera calidad. Cuando lo bajé de la grúa anoche, no pude resistirme a echar un vistazo bajo el capó.

El motor era casi tan sexy como la mujer a mi lado.

Casi.



Road



—No sé cómo era este auto antes, pero supongo que fue una reconstrucción completa, ¿no?

—Sí. Lo hice restaurar hace un par de años.

—Tuvo que haber sido caro.

—No fue barato.

Me reí.

—Me lo imaginé.

—¿Qué hago? Me gustaría evitar tener que volver a Boston para arreglarlo. Y no puedo llevarlo a California tal y como está. Mierda. — Antes de que pudiera ayudarla, empezó a pasearse, pasándose las manos por la coleta que le colgaba de un hombro—. Debería haberme quedado en la interestatal.

—¿Por qué has salido de ahí?

Levantó un hombro.

—Estaba cansada de estar en ese camino.

Tenía la sensación de que no se refería al pavimento.

—La interestatal está sobrevalorada. —Miré hacia abajo, estudiando el color de sus ojos.

Eran de un verde intenso cercano al tono de un anillo de jade oscuro que mi hermana había comprado en una visita a Asia el año pasado. Aunque los ojos de Londyn eran mucho más hermosos y únicos que esa simple piedra. Sospechaba que muchas cosas de su historia eran únicas.

—Tengo un amigo que tiene un taller de carrocería en la ciudad. Es bueno. Puede arreglar las abolladuras y rehacer la pintura de este lado. Suele estar ocupado durante meses, pero me debe un favor porque le reconstruí un motor el año pasado. Lo llamaré.

—Gracias. —Suspiró—. ¿Cuánto tiempo?

—Tres o cuatro días. ¿Eso va a ser un problema?

—No, supongo que no. —Se volvió hacia la puerta abierta del garaje, mirando más allá del gran sicomoro que se alzaba sobre el estacionamiento—. Supongo que tendré algo de tiempo para explorar Summers.

—Es una bonita ciudad. Es probable que haya lugares peores para quedarse tirado.

—Probablemente. —Sonrió—. Caminé esta mañana y, por lo que he visto, parece bonito.

—El restaurante tiene el mejor pastel de Virginia Occidental.

—¿Es cierto? —Levantó una ceja—. Supongo que tendré que probarlo.

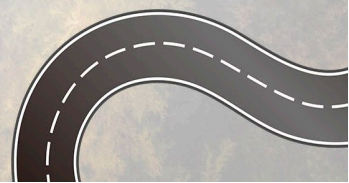
36



DEVNEY PERRY



Runaway





Road



—Sus hamburguesas con queso tampoco están mal.

—Es bueno saberlo. Entonces, ¿me llamarás?

Asentí y rebusqué en el bolsillo de mi vaquero para sacar un pequeño teléfono negro.

—Toma.

Ella lo miró.

—¿Qué es eso?

—Un teléfono barato de Walmart.

Sus ojos se dirigieron a los míos y, al captar la luz del techo, unas motas de caramelo brillaron en el centro. Hermoso, como todo lo demás de esta misteriosa mujer.

—Aquí. —Lo sostuve.

Ella no lo tomó.

—¿Me compraste un teléfono?

—Sí.

—¿Por qué?

Porque anoche había dado vueltas en la cama, pensando en ella al lado de la autopista, varada y sola.

—Eres una mujer soltera que viaja sola. Deberías tener un teléfono.

—Gracias, pero no, gracias.

Me acerqué más.

—No quiero mirar las noticias una noche para ver una historia sobre cómo esa hermosa mujer cuyo auto ayudé a arreglar fue masacrada por un maniaco en un área de descanso en las afueras de California.

Sus mejillas se sonrojaron.

—¿Hermosa?

—Tienes un espejo, Londyn. —Por supuesto, ella había captado la única palabra que no quería decir. Pero ahora estaba ahí y debía admitir el desliz. Era la maldita verdad.

Se sonrojó y una sonrisa jugueteó con las comisuras de sus labios mientras miraba el teléfono.

—Ni siquiera me conoces. ¿Por qué te importa?

—Es la clase de hombre que soy, así que hazme un favor. Dame un respiro y toma el teléfono. Mi número está ahí.

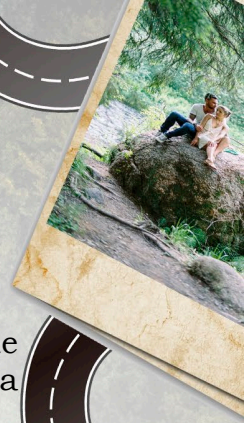
Lo agarró de la palma de mi mano.

—¿Tres días?





Road



—Tal vez cuatro. Luego, estarás en camino.

Y siempre me preguntaría qué había pasado con la mujer de ojos verde jade y cabello del color de un campo de trigo en otoño. ¿Habría llegado a California? ¿Habría regresado a Boston?

Tal vez dentro de cinco años, marcaría el número de ese teléfono sólo para ver dónde había terminado Londyn.

Tal vez incluso responda.

DEVNEY PERRY

38



Runaway



Road

Capítulo Cuatro

LONDYN

Summers, Virginia Occidental.

La pequeña ciudad me sorprendió. Me había despertado esta mañana esperando sentirme inquieta e impaciente por irme. Mi viaje a California estaba en pañales y estar varada debería haberme puesto nerviosa. Todo lo contrario, me estaba divirtiendo.

Había algo en este lugar. Algo diferente a cualquier otro lugar que hubiera visitado o vivido. ¿Encanto, tal vez? ¿Comodidad? No podía ponerle una palabra, pero fuera cual fuera la sensación, me había envuelto como una cálida manta. Sin embargo, tal vez era solo la humedad.

Mientras caminaba por una carretera tranquila, mi alma estaba en paz. No tenía pánico ni me preocupaban las reparaciones de mi auto. Confiaba en que Brooks pondría el Cadillac en orden y eso era otra sorpresa, teniendo en cuenta que acababa de conocer al hombre.

Mis pasos eran tranquilos y lentos mientras paseaba, con mi atención puesta en los altísimos árboles. Esta ciudad tenía más árboles que cualquier otro lugar que hubiera visitado. No había ni un solo espacio por el que pasaba que tuviera menos de dos árboles dando sombra a la hierba verde. Sus copas creaban una bolsa en el mundo, las altísimas ramas desprendían brillo cuando la luz del sol atravesaba las hojas para iluminar el polen que flotaba en el suelo.

Era fácil pensar que el resto del mundo no existía en este capullo. En mis exploraciones de esta mañana había encontrado una larga calle residencial. Era recta como una flecha y los árboles se arqueaban sobre las manzanas. Era como entrar en un armario y encontrar Narnia, pero sin la reina de hielo. No había ninguna rueda pinchada. No había un ex marido ni amante embarazada. De todos los lugares del mundo para quedarme varada, Summers estaba ahora en lo alto de mi lista.

39



DEVNEY PERRY

Runaway

—Buenos días. —Un hombre en un porche levantó una mano.

—Buenos días. —Sonreí, repitiendo las palabras con su acento apalache.

No lo había oído antes de venir a Summers, e incluso aquí, no muchos lo tenían. Las inflexiones eran diferentes a las del acento sureño. Los que hablaban con ese acento apenas parecían mover los labios.

El hombre movió la cabeza desde su mecedora en el porche cuando pasé, con su periódico en la mano. Parecía estar cómodo allí, como si pudiera estar sentado todo el día. O tal vez se metiera dentro con el aire acondicionado. Era media mañana y el calor iba en aumento. Junto con la humedad, era como respirar el aire de una sala de vapor. Para cuando me fuera a la cama esta noche, probablemente sería un desastre pegajoso.

¿Por qué no me molestaba eso? Era otra maravilla. Me gustaba el aire espeso. Mi piel se sentía flexible y mis pulmones hidratados. Había días en Boston en los que el verano era sofocante y húmedo. Llegaba a casa del trabajo y me metía en la ducha para quitarme la suciedad y el sudor. El aire, aunque pesado, tenía un olor dulce y terroso como el de las flores y la corteza de los árboles. El perfume de la naturaleza, no contaminado por los gases de escape y los residuos de la ciudad.

Mis chanclas golpeaban la acera de cemento mientras pasaba por delante de casas amarillas, blancas y verdes. Ni una sola casa de la cuadra era del mismo color. Cada una tenía su propio carácter y detalles intrincados que la diferenciaban de sus vecinas. Un propietario había cubierto su césped con gnomos de jardín. Otro había pintado la puerta principal de un alegre color verde azulado.

Esta era la caminata más lenta que hice en años, observando todo.

Quizás algún día volvería para ver si esta calle era la misma. Visitaría este lugar en otoño para ver cómo las hojas cambian de verde a rojo, anaranjado y amarillo. Tal vez vería si Brooks Cohen era tan lindo entonces como ahora.

Pero no necesitaba volver a visitar a Summers para satisfacer esa curiosidad. Brooks era el tipo de hombre que solo se volvía más hermoso con la edad. Suponía que tenía alrededor de treinta años. Su cuerpo era sólido y, aunque se ablandara un poco, siempre sería digno de babear. Con unas cuantas canas en su cabello rubio, sería irresistible.

Siempre me gustaron los hombres mayores.

Un psiquiatra probablemente lo atribuiría a problemas con los padres. Creo que era porque había crecido demasiado rápido. Los hombres de mi edad siempre parecían quedarse atrás.

Brooks llevaba su madurez con confianza. No fingía nada. Era simplemente... él mismo. No parecía definirse por su ocupación o su ropa. Estaba magnético con una simple camiseta blanca y vaquero gastado.

Aquella fina camiseta de algodón se había pegado a Brooks cuando me había rescatado. Se había amoldado a sus brazos y pecho mientras revisaba el Cadillac. Los músculos de su espalda estaban tan bien definidos que había luchado contra el impulso de rozar con las yemas de mis dedos sus hombros solo para sentir las abolladuras y los contornos bajo mi piel.

Un escalofrío me recorrió.

Él era una fantasía.

No me permití dar rienda suelta a mis fantasías. La esperanza era algo que mantenía a una firme distancia. La decepción, en cambio, era una compañera cercana.

Con Brooks, dejé que la fantasía se desarrollara. Estuve en Summers un minuto, no el tiempo suficiente para que aplastara la ilusión en esas manos fuertes y firmes.

Dios, quería esas manos sobre mí. Mi núcleo se apretó y mis pezones se endurecieron dentro del sujetador. ¿Estaba casado? No había visto ningún anillo, pero tal vez no llevaba ninguno. ¿Tenía novia?

No me sentía bien deseando al hombre de otra mujer, así que en mi fantasía, él estaba soltero, al menos y hasta que la decepción asomara su malvada cabeza y sofocara esta fantasía también.

Brooks había consumido mis pensamientos durante toda la noche. Su camiseta había sido la estrella de mis sueños, la forma en que se estiraba al ser arrastrada por ese cuerpo pegajoso. Había dormido con una almohada entre las piernas para que la fricción calmara el dolor.

—Necesito sexo —murmuré para mis adentros.

Necesitaba un buen polvo duro y una noche larga y sudorosa. Necesitaba un orgasmo que no viniera de mis propios dedos o del cabezal de la ducha. Necesitaba tener el peso de un hombre encima de mí mientras me presionaba contra la cama.

¿Cuándo fue la última vez que tuve sexo en una cama?

Más de un año. Thomas y yo no habíamos tenido una gran vida sexual en casa. En la oficina, éramos geniales, pero no en casa. Debería haber sabido que algo pasaba cuando siempre quería follarme en su escritorio. ¿Se había imaginado a la secretaria en mi lugar?

¿Importa?



Road



La verdad era que Thomas y yo no habíamos estado enamorados. Yo lo respetaba. Lo había admirado. Lo había adorado. ¿Pero amarlo? No estaba segura. ¿Acaso sabía lo que se sentía al estar enamorada?

Lo había pensado, pero estos días me lo cuestionaba todo. ¿Podía una mujer que había crecido sin afecto ni cuidado saber realmente lo que era estar enamorada?

Tal vez había confundido la atención con el amor.

Estaba deseando algo de atención física. Un encuentro con alguien no sería mal recibido. Tal vez Brooks Cohen me haría un favor antes de salir de la ciudad. Si no estaba comprometido, sería el candidato perfecto para romper mi sequía.

En una maldita cama.

Mi corazonada era que Brooks era un amante considerado. Un caballero. Me había llamado señorita y se había quitado el sombrero invisible cuando me dejó en el motel. Probablemente estaba interpretando demasiado, pero me gustaría estar con un hombre que supiera que el placer de una mujer era lo primero.

La calle llegó a su fin antes de que yo estuviera dispuesta a abandonar mi Narnia de Virginia Occidental y me detuve en la señal de stop, tentada de volver a recorrerla. Pero la temperatura estaba subiendo y me vendría bien un vaso de agua fría, así que giré a la derecha y seguí adelante.

No estaba segura de cuánto tiempo había estado caminando. El teléfono que Brooks me había comprado estaba metido en el bolsillo de mi vaquero, pero, por principio, no lo había encendido.

No necesitaba un teléfono. No quería un teléfono. Pero me lo había dado.

Es la clase de hombre que soy.

No llevaba este teléfono por mí. Lo tenía en mi bolsillo por Brooks.

Su sencilla explicación podría no significar mucho para las mujeres que habían crecido con hombres decentes en sus vidas. Pero para mí, un buen hombre era tan esquivo como los regalos en la mañana de Navidad.

Así que tomé el teléfono y lo mantuve cerca.

Brooks Cohen. Maldita sea, me gustaba. Me gustaba todo el paquete, de la cabeza a los pies. Incluso su nombre me daba escalofríos.

Lo único que mis padres habían hecho bien era ponerme un nombre lindo. Mi madre me había llamado Londyn por la ciudad de Inglaterra porque siempre había querido visitarla. La mujer no sabía deletrear una mierda.

Desgraciadamente, cuando me escapé a los dieciséis años, ya había adquirido sus hábitos ortográficos. Mamá no escribía mucho —no lo

42



DEVNEY PERRY



Runaway

necesitaba como drogadicta de toda la vida—, pero cuando yo tenía ocho años, había asumido la responsabilidad de ir a la tienda de comestibles de cuadra.

Como quería escaparme, iba casi todos los días, y como mis escuálidos brazos no podían llevar más de tres bolsas a casa. Mamá me enviaba con una nota adhesiva hecha jirones y cubierta con su letra desprolija, con palabras totalmente mal escritas.

Lech. Pann. Sereal.

Los pocos profesores que había tenido en mis primeros años habían intentado corregir mi ortografía. Algunos lo habían conseguido. A otros no les había importado. Pero me las había arreglado. ¿Quién necesitaba deletrear cuando trabajabas en los bares y entendías tus propias notas?

No lo había visto como un defecto hasta que me casé con Thomas.

Nunca olvidaré la cara que puso cuando vio mis apuntes de estudio del GED. Fue uno de los momentos más humillantes de mi vida. Me miró como si fuera una niña rota, no una mujer adulta y su *esposa*.

A partir de ese momento, comprobé cada palabra antes de escribirla. Pasaba horas con un diccionario en la mano. Todavía llevo una versión de bolsillo en el bolso. Las matemáticas, las ciencias y la historia del mundo nunca serían mi fuerte, pero maldita sea, sabía escribir. Y mi vocabulario no traicionaba mi educación.

Después de otras dos cuadras, cambié de dirección hacia el motel, acalorada y lista para un café helado. Meggie había montado una pequeña zona de café en la oficina del motel, y esta mañana, todas las sillas se habían llenado de lugareños. Los chismes volaban de un extremo a otro de la zona de recepción. Algunos rebotaban hacia el mostrador, donde el empleado preparaba el café y vigilaba el puesto de pasteles cubierto.

El café negro era gratuito para todos los que entraban. Los espressos y las delicias bajo la cúpula de cristal eran solo para los clientes que pagaban. El bollo que había comido esta mañana rivalizaba con cualquiera que hubiera encontrado en mi pastelería favorita de Boston.

En el siguiente cruce, me detuve y miré a ambos lados, orientándome. Luego giré a la izquierda, esperando llegar a la parte trasera de la calle principal. Cuando el sonido de una pistola de aire comprimido llenó el aire, me tensé.

Era un sonido que se oía a menudo en un garaje: un chirrido y un sople de aire con un compresor agitándose. Siempre que mi mecánico de Boston había llamado para hablar del Cadillac, ese sonido había sido una constante de fondo.

De alguna manera, me había dado la vuelta y acabé detrás del garaje de Brooks.

Reduje la velocidad, contemplando una retirada. No quería que Brooks pensara que estaba merodeando. Aunque sí quería ver mi auto y averiguar qué estaba pasando. No era raro, ¿verdad? Estaba en la zona. Una breve parada no era merodear, aunque hubiera estado ayer.

Además, podría ver al propio mecánico. No iba a estar mucho tiempo en Summers. También podría añadir forraje para mis futuras fantasías mientras tuviera la oportunidad. Tal vez hoy, Brooks estaría con una camiseta de otro color.

Una vez tomada la decisión, me dirigí a la gran puerta abierta y asomé la cabeza al interior. No era un garaje grande. Solo había dos puestos y una pequeña oficina en la esquina trasera. La grúa estaba estacionada junto al edificio en un terreno de grava.

—Um... —Levanté la mano para llamar a la puerta, pero no había lugar para hacerlo, así que la aparté torpemente—. ¿Hola?

Mi auto estaba en el mismo lugar que ayer. El neumático ya no estaba pinchado. A su lado, había una minivan levantada sobre un elevador. Las herramientas estaban esparcidas por los bancos de trabajo. El olor a grasa flotaba en el aire.

No se veía ni un alma.

Lo que probablemente era lo mejor. Ahora que estaba de pie en medio de la puerta, parecía más una acosadora que una clienta preocupada. Me giré con la esperanza de escapar rápidamente, pero una voz profunda y sexy detuvo mi retirada.

—Londyn.

Me congelé. *Mierda.*

—Hola —saludé, dándome la vuelta cuando Brooks salió a grandes zancadas de la oficina—. Estaba paseando por la ciudad. Pasé por aquí y pensé en venir a ver mi auto.

Eso no parecía acoso, pero sí que sonaba mucho a que no confiaba en absoluto en que hiciera su trabajo.

—El auto está bien. —Sonrió—. Todavía está vivo.

Me sonrojé. Mi mano estaba en el aire, así que la bajé. Entonces nos quedamos allí, él mirándome fijamente mientras yo miraba alrededor de la habitación. ¿Por qué era esto tan incómodo?

Ah, sí, porque era hermoso y, de alguna manera, había olvidado cómo se hablaba con los hombres atractivos. O porque no podía dejar de pensar en quitarle esa camiseta. Hoy, Brooks había cambiado su camiseta blanca por una negra con un escudo redondo impreso en el centro.



Road

Cohen's Garage. El logotipo estaba hecho con un engranaje. Era vintage en el sentido de que alguna vez había sido un diseño moderno, es decir, realmente vintage. Las mangas cortas se ceñían alrededor de sus bíceps, mostrando la definición entre el hombro y el tríceps. El algodón se extendía por sus pectorales. Nunca en mi vida me había entusiasmado tanto una camiseta. Lo que realmente quería era verla tirada en el suelo de mi habitación de motel.

Otra oleada de deseo se acumuló en mi bajo vientre y el rubor de mis mejillas ardió más. Estaba babeando. Y mirándolo fijamente.

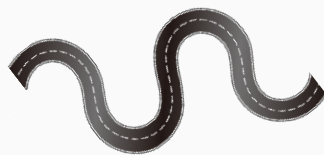
Estás mirando.

—Me voy a ir. —Giré y me alejé del garaje. El calor del deseo se transformó en la llama abrasadora de la humillación. *Dios mío.* Era un desastre. Su mirada se clavó en mi trasero mientras me escabullía. No había duda de que pensaba que yo era una lunática.

—¿Tienes ese teléfono? —preguntó Brooks.

Lo saqué de mi bolsillo, sosteniéndolo en el aire.

Su risa me siguió fuera del estacionamiento.



Luego de la desastrosa parada en el garaje, me escondí en mi habitación de motel durante el resto del día.

Encendí el televisor, haciendo todo lo posible por perderme en otra película, pero a diferencia del hotel de Pensilvania, donde había encontrado oro en las repeticiones de películas, nada me llamó la atención.

Como no me fiaba de volver al garaje de Cohen, me quedé en mi habitación hasta que me rugió el estómago y fui en busca de comida. Mi primera parada fue la oficina, con la esperanza de encontrar un restaurante o dos dispuestos a hacer entregas.

—Hola, Londyn. —Meggie sonrió cuando entré, con el timbre sonando sobre mi cabeza.

—Hola, Meggie. ¿Tienes algún lugar en la ciudad que pueda hacer repartos de cena? Caminé toda la mañana y estoy agotada.

Los kilómetros de hoy con zapatillas malas habían sido un entrenamiento más duro de lo que había previsto. Tal vez porque estaba muy fuera de forma. En Boston, había sido religiosa con el gimnasio hasta que encontré a Thomas con la secretaria. No necesitaba glúteos de

45



DEVNEY PERRY

Runaway

acero ni un vientre plano cuando la única persona que me veía desnuda era *yo*.

Eso, y que me gustaba mucho comprar comida. Nunca me molesté en aprender a cocinar.

—Claro que sí. —Meggie abrió un cajón y sacó una pila de menús.

Levanté las cejas mientras las abanicaba sobre el mostrador.

—Más opciones de las que hubiera esperado en Summers.

—Si pudiera hacer una recomendación, ¿qué te parece la comida tailandesa? Este lugar hace el mejor curry que hayas probado en tu vida.

—Podría comer curry.

—Esperaba que dijeras eso. —Sonrió, agarrando el teléfono—. Si viene su repartidor, también podría hacer un pedido para mí.

Meggie se puso al teléfono y ni siquiera se presentó antes de hacer el pedido. Supongo que a quien llamaba sabía que era ella o había visto el número del motel. Le di dinero en efectivo para mi parte del pedido y ella se encargó del resto.

Mientras hablaba, me paseé por la recepción. Todas las sillas estaban vacías, los vecinos que habían venido a tomar un café se habían ido a casa mientras yo estaba escondida.

El estiramiento de mis piernas fue bienvenido después de estar tumbada toda la tarde. Probablemente podría haber explorado y encontrado un lugar para cenar, pero aunque supuse que Summers era un lugar seguro, no salí a caminar por la noche.

Eran hábitos y todo eso.

Después de huir de casa, había pasado unas cuantas noches oscuras vagando sola. Nunca había sentido un miedo tan atroz como en esos momentos. No me había pasado nada, por suerte, pero el miedo había sido bastante paralizante.

Casi me había llevado a casa. El hecho de que no lo hiciera, bueno... hablaba de lo mal que habían ido las cosas con mis padres. Una vez que encontré el depósito de chatarra, me propuse estar siempre dentro antes de que oscureciera. Si trabajaba hasta tarde, Karson me acompañaba a casa.

Al Cadillac.

—Debería estar aquí en treinta —dijo Meggie, el teléfono haciendo clic en el receptor.

—Gracias. Debes estar hambrienta. —Había pedido dos platos de curry para ella y uno para mí. O tal vez sus porciones eran pequeñas.

—El segundo es para mi vecino. —Hizo un gesto con el pulgar hacia la pared—. Me gusta mantenerlo alimentado.

—Ah. —Asentí y tomé una de las sillas.

—¿Así que hoy has explorado un poco?

—Lo hice. Esta es una ciudad hermosa. —Me relajé más en el asiento—. ¿Hace mucho que vives aquí?

—Casi treinta y cinco años. Sally y yo nos mudamos aquí juntas a los veinte.

Meggie aceptó mi pregunta y se puso a contar una historia tras otra sobre la vida en Summers. Apenas pronuncié una palabra, feliz de escuchar sus historias con una sonrisa.

Odiaba las conversaciones triviales, sobre todo porque me parecían forzadas. Cuando había trabajado para Thomas, lo había hecho. Pero esto se sentía diferente, como las cosas de esta mañana en mi paseo. Tal vez fue la forma en que sus manos volaban en el aire mientras hablaba. Tal vez porque no esperaba que yo pronunciara una palabra. Pero esta pequeña charla se sentía más como una amistad.

Estaba en medio de una historia sobre cómo ella y Sally habían hundido un barco en medio de un lago cercano cuando sus ojos se iluminaron y la puerta se abrió.

Un adolescente entró con dos bolsas de plástico en la mano.

—Hola, señorita Meggie.

—Sí, sí. Déjalo y dame un abrazo. —Meggie se bajó de su taburete, rodeando el mostrador. Tiró del chico para darle un abrazo, y luego lo miró de arriba a abajo—. Wyatt, has crecido dos centímetros en una semana.

El chico se encogió de hombros.

—He tenido hambre últimamente.

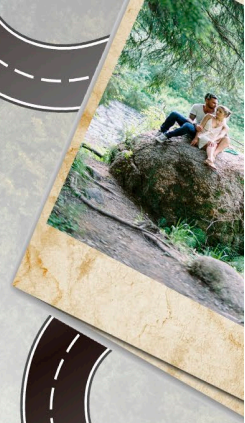
Era alto, y estaba por lo menos 15 centímetros por encima de la cabeza de Meggie. Ella medía más o menos lo mismo que yo, 1,65, así que supuse que el chico medía casi 1,80 y seguía creciendo. Era largo y delgado, pero probablemente llenaría esa amplia estructura.

En cierto modo, me recordaba a Karson a esa edad. Él también había crecido rápido, tanto que el Cadillac se le había quedado pequeño para dormir dentro. Había cambiado el asiento trasero por el exterior durante los meses más cálidos. En las pocas noches frías del invierno californiano, se metía a mi lado, quejándose de que no le cabían las piernas.

Sonreí, pensando en cómo me acurrucaba a su lado y me dormía riendo.



Road



—¿Cómo va el entrenamiento de fútbol? —preguntó Meggie.

Wyatt volvió a encogerse de hombros.

—Caluroso.

—Solo se va a poner más caliente. —Ella le pellizcó la mejilla, él se lo permitió sin una mueca y luego se dirigió a las bolsas que él había traído—. Saluda a la señorita Londyn.

El chico se giró y me hizo un gesto con la cabeza.

—Señorita.

Uf. Estos virginianos del oeste y sus señoritas.

Me levanté de la silla y saqué un billete de cinco dólares del bolsillo. No había llevado mi bolso Louis Vuitton a ningún sitio en Summers porque era snob. Ya estaba pensando en donarlo a algún sitio. Además, ¿qué demonios tenía que cargar? Todo lo que necesitaba era algo de dinero en efectivo y la llave del motel en el pequeño llavero de plástico que decía: *Habitación 5*.

—Gracias por la entrega. —Le entregué dinero para Wyatt.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Oh, está bien.

—Le di propina —dijo Meggie.

—Considéralo un bono. —Empujé el dinero en su mano.

Una vez yo había sobrevivido con las propinas. Mi salario por hora había sido una mierda en la pizzería donde trabajaba de niña. Las propinas me daban un par de zapatos nuevos una vez al año y me permitían cubrir necesidades como la pasta de dientes y los tampones.

Desde que pude permitírmelo, mis propinas se volvieron excesivamente generosas.

Este chico no parecía tener problemas de dinero. Sus Nikes eran nuevas y su vaquero no había salido de Goodwill; podía reconocer la ropa de segunda mano a un kilómetro de distancia. Probablemente Wyatt no necesitaba los cinco dólares extra que yo sí, a su edad, pero parecía del tipo que los apreciaría.

Miró el billete que tenía en la mano y luego se lo metió con cuidado en el bolsillo.

—Gracias.

—De nada.

Wyatt se dio la vuelta y se dirigió a la puerta, saludándonos de nuevo a Meggie y a mí con una tímida sonrisa mientras se marchaba.

—Ese chico. —Sacudió la cabeza.

48



DEVNEY PERRY



Runaway

Ese chico, ¿qué? Esperé a que me explicara, pero solo sacó contenedores blancos de poliestireno de las bolsas de plástico.

—Ahora sé que podrías querer desaparecer en esa habitación tuya. —Chasqueó la lengua—. Pero si pudiera hacer una sugerencia...

—Seguro. —Recogí mi comida y un tenedor de plástico.

—Hay un bonito lugar para sentarse detrás del motel. Es una roca, así que si no te gusta la naturaleza, olvídalo. Pero tiene vistas al lago y tendrás una bonita vista de la puesta de sol.

—Estoy bien con la naturaleza. Gracias.

—No hay problema. Técnicamente, es la roca de mi vecino. Pero ya que estoy pagando su cena, dudo que le importe que la tomes prestada por una noche. Ahora vete antes de que el curry se enfríe.

—Gracias de nuevo, Meggie.

Me guiñó un ojo y me siguió hasta la puerta. Cuando doblamos la esquina del edificio, me señaló la roca que había junto a un grupo de árboles.

—Nos vemos mañana.

Me despedí con la mano mientras ella cruzaba el césped hacia la casa de su vecino. Era una casa blanca de dos pisos, no nueva pero bien mantenida. No era elegante, pero era bonita. Realmente bonita. Especialmente con el amplio porche que se extendía a lo largo de su fachada con delicados husos a lo largo de la barandilla. Meggie no se molestó en llamar a la puerta para entrar.

Qué carácter. Me reí, volviendo mi atención al lago.

La roca fue fácil de detectar una vez que me acerqué, y Meggie no había mentido. Era enorme y casi tan larga como una mesa de picnic.

Estaba a medio metro del suelo y me subí, acomodándome en la superficie plana con mi comida en el regazo. No me resultaba extraño comer sobre mis piernas. El curry y el arroz me llenaron la nariz al abrir el recipiente.

—Oh Dios mío. —Gemí con ese primer bocado. Meggie no había mentido. Este era un buen curry.

Metí otro bocado en el tenedor, me lo llevé a la boca, y luego procedí a lanzar la comida al aire cuando una voz vino detrás de mí.

—Veo que Meggie regaló mi mesa favorita.

Un grano de arroz se alojó en mi tráquea. Tosí, ahogándome y con los ojos llorosos, mientras Brooks se acercaba corriendo.

—Mierda. —Me dio una palmada en la espalda y luego me frotó de arriba a abajo la columna.

Volví a toser, consiguiendo quitar el arroz y tragarlo. Tenía los ojos borrosos y el corazón acelerado cuando por fin conseguí aspirar profundamente.

—Lo siento. Pensé que me habías oído acercarme.

—No. —Me pongo una mano en el pecho, tomando más aire—. No pasa nada.

Su mano se detuvo en mi espalda.

—¿Estás bien?

—Estoy bien. —Qué conveniente que Meggie no hubiera mencionado que Brooks era su vecino.

Cerré la tapa de mi cena, y la aparté para ponerme de pie, pero Brooks me hizo un gesto para que bajara.

—Quédate.

—Oh, no. Puedo comer en mi habitación.

—Esta es una gran roca. ¿Te importa si la compartimos? —preguntó.

—Uh, no.

—Bien. —Sonrió, creando un aleteo en mi pecho. ¿Quién sonreía así? Solo una esquina de su boca se levantó, y *vaya* que era sexy.

Brooks se acomodó en la roca a medio metro, estirando sus largas piernas hacia el agua. Entonces vi por qué no lo había oído acercarse. Estaba descalzo.

Era tan sexy como esa sonrisa.

Abrió el recipiente de la cena, cerrando los ojos mientras aspiraba el olor. Cuando los abrió de nuevo, contempló el agua ondulada.

—Esa sí que es una buena vista.

Sus ojos azules captaron la luz del sol que se desvanecía.

Sí, claro que sí.



Road

Capítulo Cinco

BROOKS



DEVNEY PERRY

Meggie no sabía cómo *no* entrometerse. Debería haber sabido que estaba tramando algo cuando irrumpió en mi casa, me puso un recipiente de comida para llevar en las manos y procedió a guardar todos los ingredientes para un sándwich de jamón que acababa de sacar de la nevera.

Meggie prácticamente me había perseguido por la puerta trasera, diciéndome que me tomara una noche libre.

No había discutido porque estaba derrotado y sabía por el envase que era mi curry favorito. Había planeado volver al garaje y ponerme al día con el papeleo en la oficina, pero una deliciosa comida y una tarde junto al lago habían sonado mucho más apetecibles.

Si añadimos a Londyn McCormack a la mezcla, no puedo evitar sonreír.

Antes había estado nerviosa en el garaje. Nunca había visto a nadie caminar tan rápido en chanclas. Claramente, ella pasó para comprobar el progreso. Lo entendía. Había muchos mecánicos en este mundo que tardaban más de lo prometido y cobraban el doble. Muchos podrían ver a una mujer hermosa y pensar que podrían aprovecharse.

Yo no actuaba así, pero no la culpaba por desconfiar.

—Hoy llevé tu auto al taller de carrocería —dije—. Te prometo que me estoy apurando. Sé que quieres salir a la carretera.

—Oh, yo, eh... lo siento. —Fruunció el ceño exageradamente—. No fui por eso. No fue mi intención revolotear, de verdad. Solo pasaba por ahí, me di cuenta de que estaba acechando y me sentí mal por interrumpirte.

—No me interrumpiste. —Ella podía interrumpirme a cualquier hora cualquier día de la semana. Su cara entrando por mi puerta había sido la mejor parte de mi día. Hasta ahora.



Runaway

Era una noche preciosa. La brisa se había levantado, suavizando el calor y añadiendo frescura a medida que el aire soplaba sobre el agua.

—Así que, Londyn... háblame de ti. —Pinché un trozo de pollo.

—Tú primero.

—Pero yo hice la pregunta. —Me reí—. ¿Qué te parece esto? Cualquier pregunta que se haga, la tenemos que responder los dos. Tú puedes preguntar primero.

—Me gusta eso. Muy bien. —Asintió y volvió su mirada hacia el agua.

Esperaba algo fácil. De dónde era yo. Cuánto tiempo había trabajado en el taller. La pregunta personal no parecía tan difícil, pero a medida que los segundos se convertían en minutos y ella permanecía callada, me di cuenta de por qué era difícil.

Mierda. La razón por la que no preguntaba no era por *mi* respuesta.

Era por la que ella tendría que dar.

—Escucha, no tenemos que hacer esto. No quise entrometerme. Me ocuparé de mis propios asuntos.

—No es eso. —Se sonrojó—. Intentaba pensar en una pregunta interesante, pero solo se me ocurren las aburridas. La presión me pudo.

Me reí.

—Entonces iré yo primero. ¿De dónde eres?

—California es la respuesta corta.

—¿Y la larga?

Londyn acababa de dar un mordisco. Levantó la mano mientras masticaba y mi mirada se quedó fija en su perfil. Hacía mucho tiempo que no estudiaba el perfil de una mujer, y no me sorprendía, Londyn era hermosa desde cualquier ángulo.

Su nariz era ligeramente curva en el extremo. ¿Era extraño pensar que alguien tenía una hermosa frente? La suya tenía una curva elegante, no demasiado grande ni plana. Desde que la vi antes en el garaje, se había recogido el cabello largo y rubio. Estaba alborotado en la coronilla, recogido por la cola de caballo que le caía sobre el medio de los hombros.

Probablemente medía veinte centímetros menos que mi metro noventa. Era delgada, pero también había fuerza en su cuerpo, especialmente esas piernas tonificadas. Maldita sea, tenía unas piernas de infarto. Después de sus ojos, eran mi característica favorita.

Tragó, usando la servilleta para limpiar sus suaves y flexibles labios.

—¿Has oído hablar de Temecula?

—No.

—Está a unos noventa minutos al sureste de Los Ángeles. Tiene buen clima, lo cual es bueno, considerando donde vivía. Cuando tenía dieciséis años, me escapé de casa.

Se me cayó la mandíbula.

—¿Dieciséis años?

—Dieciséis —repitió.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Mis padres estaban más interesados en las drogas que en su hija. —Suspiró—. Yo no pensaba nada de eso cuando era pequeña. ¿No es una locura? Solo era una niña y pensaba que los padres de todo el mundo estaban drogados las veinticuatro horas del día.

No era una locura, pero era triste. ¿Se escapó de casa? No parecía tan dura como para haber vivido en la calle. Parecía demasiado refinada y delicada.

—Aprendí pronto que no era normal. Aprendí a cuidarme. Y cuando las cosas se pusieron realmente mal, decidí que no valía la pena quedarse.

A los dieciséis años. Era insondable.

—¿A dónde fuiste?

—Me quedé en Temecula, en realidad. Realmente no tenía un plan cuando me fui de casa. Estaba enfadada y era una adolescente y simplemente... me fui. El pensamiento racional no entró realmente en la mezcla en ese momento.

Sí. Porque había tenido *dieciséis años*.

—Puedo entenderlo.

—Así que me fui con una mochila llena de ropa y algo de dinero que le había robado a mis padres. Pensaba caminar hasta Los Ángeles.

—¿Qué te hizo quedarte?

—Conocí a una amiga. Es mi mejor amiga hasta el día de hoy y en ese momento vivía con otros dos chicos en un depósito de chatarra a las afueras de la ciudad.

—¿Un depósito de chatarra?

Londyn asintió.

—Sí. Ese depósito se convirtió en mi hogar durante dos años. Al final, nosotros seis vivíamos allí. ¿Ese Cadillac? Ahí es donde yo vivía. Dormía en el asiento trasero.

Lo único que pude hacer fue parpadear con la boca abierta.

No era de extrañar que se aferrara al auto.

—¿Tus padres alguna vez...?

—No, nunca me encontraron. No sé si me buscaron. Por lo que sé, no denunciaron mi desaparición ni contactaron con la policía. Simplemente me dejaron ir.

Mi mandíbula se cerró con un chasquido y una furia corrió por mi sangre. *Pedazos de mierda.*

—No te enfades conmigo —se burló Londyn, golpeando mi codo con el suyo—. No estábamos completamente sin la supervisión de un adulto. Había un hombre que dirigía el depósito y velaba por nosotros. Era su propiedad, y Lou nos dejaba vivir allí. Nos dejaba usar el baño y la ducha en su taller. Si nos enfermábamos, nos conseguía medicinas.

Parpadeé.

—¿No lo denunció?

—Sabía que si la policía venía, nos iríamos. Y estábamos mejor en un depósito de chatarra que volviendo a los infiernos de donde habíamos salido. No nos echó y eso fue más de lo que cualquier adulto en mi vida había hecho por mí antes.

—¿Casa de acogida?

Ella resopló.

—No iba a ir a una casa de acogida y nadie me iba a obligar.

—Así que viviste en un auto durante dos años.

—Lo hice. —Una pequeña sonrisa jugueteó con sus labios.

Hablaba de ese lugar como si hubiera vivido una infancia normal, feliz y bendecida en un *depósito de chatarra*. A los dieciséis años. No era mágico, pero parecía, viéndole la cara.

Sacudí la cabeza.

—No sé qué decir.

—Sé que parece una locura. Pero tienes que entender que, por primera vez en mi vida, tenía gente que se preocupaba por mí. Los seis niños y Lou, éramos una familia. Nos cuidábamos unos a otros. Nos aseguramos de que todos tuviéramos comida y ropa.

—¿Qué hacías para ganar dinero? ¿Y la escuela?

—La escuela fue olvidada. Pero todos trabajamos. Pusimos el depósito como nuestra dirección. Usábamos los nombres de los demás como los de nuestros padres. Fui camarera en una pizzería.

Ser camarera era un trabajo típico para una adolescente. ¿Qué habían pensado sus jefes? ¿Sabían sus clientes que terminaba de trabajar e iba a un auto que usaba como casa?

—No puedo entender esa vida.

Se rio, el sonido musical flotando sobre el agua.

—Piensa en ello como irte a acampar. Éramos un grupo de niños que acampaban todas las noches de la semana.

—¿Qué comías?

—Cosas fáciles. Sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada. Comida rápida si teníamos dinero. Plátanos. Judías verdes enlatadas. Llevaba un montón de pizza para compartir.

—Hmm. —Mi mente dio vueltas. ¿Cómo habría sido eso? A los dieciséis años, me habían importado las chicas y mi camioneta. ¿Habría sobrevivido de esa manera a esa edad? Definitivamente no.

Londyn era una mujer dura. Más dura de lo que jamás hubiera imaginado. No tenía las uñas cuidadas, pero cuidaba su aspecto. Su cabello estaba peinado. Estaba maquillada y, aunque su ropa era informal, no era barata.

Y había pasado dos años de adolescente viviendo en un auto.

—Es tu turno de responder a la pregunta.

Me burlé.

—Diablos, no puedo competir con eso.

Volvió a reírse, cubriendo sus labios con una mano para ocultar la comida que acababa de llevarse a la boca.

Sonreí y tomé un bocado, luego dejé el tenedor a un lado.

—Crecí aquí, en Summers. Nací y me crié aquí. Mis padres viven aquí. Mis abuelos de ambas partes también.

—Tienes suerte.

—Sí, señorita.

De niño, sabía que estaba bien. Pero todos los niños daban las cosas por sentado. No había apreciado las necesidades de mi vida, como mantas limpias, comida sana y ropa bonita. En comparación con su vida, yo había vivido como un rey.

Pero no era de eso de lo que hablaba, ¿verdad? Ella no sentía que se había perdido las cosas materiales. Ella sabía que era afortunada porque tenía una familia increíble.

Me hacía sentir culpable por toda la mierda que les había hecho pasar.

Lo bueno era que salimos adelante. Mi padre era mi mejor amigo y mi madre era una santa viviente.

—¿Qué pasó después de California? —pregunté—. ¿Cómo llegaste de California a Boston? Supongo que ese Cadillac no estaba en condiciones de conducir si estaba en un depósito.

—No. —Se rio—. Era una ruina. Llegó más tarde, después de que todos fuéramos en direcciones separadas. Mis dos amigas, Gemma y Katherine, y yo tomamos un autobús a Montana.

—¿Por qué Montana?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Queríamos ver cómo era.

—¿Y? —Siempre había querido visitar Montana y acampar en Big Sky Country. Teníamos los Apalaches, y eran un mundo propio. Una o dos veces al año, organizaba un viaje de acampada para escaparme y explorar. Pero Montana era un viaje de la lista de deseos—. ¿Cómo estuvo?

—Hermoso.

Me dio envidia el asombro que había en su voz.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí?

—Como cuatro meses. Gemma y Katherine se quedaron más tiempo. Por lo que sé, Katherine sigue allí, pero perdimos el contacto.

—¿Y Gemma?

—Me encontró en Boston.

—Ah. ¿Fuiste directamente de Montana a Boston? —pregunté.

—Más o menos. Hice algunas paradas en el camino, pero nada duró más de un mes o dos. Cuando llegué a Boston, no había planeado quedarme, pero conocí a alguien. Nos casamos y me quedé. Luego nos divorciamos y me fui.

Londyn sonaba tan entusiasmada con su antiguo matrimonio como yo con el mío.

—Y ahora estás en el camino.

Asintió.

—Sí.

Volví a mi comida, comiendo tranquilamente mientras ella hacía lo mismo, hasta que se me ocurrió otra pregunta.

—¿Cómo llevaste el auto desde California?

—Llamé al dueño del depósito y lo compré. Al principio no se acordaba de mí, pero le dije quién era y por qué quería el auto. Quería dármelo gratis, pero insistí en pagar. Luego lo llevé a Boston y lo restauré.

Silbé, visualizando el precio. Debían ser al menos cien mil dólares. Para una mujer sin mucha educación que había vivido su vida en la carretera, ¿cómo había conseguido esa cantidad de dinero? ¿Su marido, tal vez?

Tiró el tenedor en el recipiente casi vacío y cerró la tapa.

—Esto fue increíble.

—No está mal para un pequeño pueblo de Virginia Occidental.

—Estoy bastante impresionada con esta pequeña ciudad.

Mi pecho se hinchó de orgullo por mi casa.

Londyn y yo nos sentamos a mirar el agua mientras el sol se hundía en el horizonte. La noche no estaría lejos, pero no tenía prisa por irme. Londyn tampoco parecía tenerla, así que nos quedamos sentados en un cómodo silencio, escuchando el chapoteo del agua contra la orilla y el viento agitando los árboles.

¿Cuándo fue la última vez que me senté junto a una mujer? La última vez que había estado a solas con una mujer que no fuera familiar o que no estuviera en el taller para un cambio de aceite había sido hace más de un año. Una cita a ciegas horrible. La mujer había hablado toda la comida sobre el dinero. Concretamente, de mi dinero. Había querido saber cuánto ganaba en el taller, cuánto iba a heredar de mis padres y cuánto valían mi camioneta y mi casa.

Había perdido su número antes de que la camarera nos entregara la comida.

Sentarse con Londyn era diferente. No había expectativas de conversación. Hice preguntas no para llenar el silencio, sino porque realmente quería escuchar su respuesta. Tal vez esto fue fácil porque no era una cita.

Londyn iba a dejar a Summers tan pronto como su auto estuviera arreglado.

El lago reflejaba el amarillo, el anaranjado y el azul noche del crepúsculo, mientras los grillos de los árboles cantaban y las luciérnagas brillaban.

—Tienes más que tu parte de las preguntas esta noche —dije—. Lo siento.

—Está bien. —Inclinó la cabeza hacia atrás para examinar las estrellas.

Yo hice lo mismo, apoyándome en los codos. La luz de un avión parpadeó al pasar.

—¿Alguna vez has pedido un deseo a una estrella? —preguntó.

—No desde que era un niño.

—Yo solía pedir deseos todas las noches. El techo de mi auto no subía ni bajaba, pero el maletero era tan amplio que todas las noches me tumbaba sobre él y pedía un deseo.

—¿Se hicieron realidad?

—Algunos. —Se dejó caer de espaldas sobre la roca. Su cabello se extendió sobre la superficie lisa y marrón—. Tengo una educación. Eso era un deseo. Ya no quería ser la persona más estúpida de la habitación.

—Dudo mucho que haya sido así. —Me dejé caer de espaldas, uniendo las manos detrás de mi cabeza.

—Cuando tenía dieciséis años y trabajaba junto a todos esos otros adolescentes que leían *Great Expectations* y Shakespeare, seguro que me sentía como una estúpida. Pero trabajé duro en Boston y obtuve mi diploma.

—¿Fuiste a la universidad?

Ella negó.

—No.

—Yo tampoco. —Había planeado ir a la universidad y seguir los pasos de mi padre, pero mi vida había tomado un camino diferente. Lo bueno era que tenía algunas habilidades en las que apoyarme—. Mi abuelo fundó **Cohen's Garage**. Me lo pasó cuando estaba listo para jubilarse.

—¿No tu padre?

—No, papá es médico.

—Eres un médico de auto en su lugar.

—Exactamente. —Me reí—. ¿Algún otro deseo hecho realidad?

—Solía desear un hogar, un hogar de verdad. Ese deseo se hizo realidad en Boston, pero luego me di cuenta de que una casa, un marido y un sueldo no significaban que fuera feliz.

Así que lo había dejado todo atrás. ¿Seguía buscando un hogar? ¿O había renunciado a ese deseo?

—¿Crees que tendrás un hogar en California?

—No lo sé. Tal vez. —Se levantó para sentarse—. Puede que consiga un trabajo. Puede que encuentre un lugar nuevo donde vivir durante un tiempo. No es normal, pero creo que ese estilo de vida nómada es más mi estilo. Me gusta la libertad. No me di cuenta de eso hasta que dejé Boston, pero allí estaba atrapada. Estaba en una jaula.

Yo también me senté.

—Así que eres tú y tu auto, explorando el país. —Llevaría su casa dondequiera que fuera.

—Bueno, el auto es para un amigo. Pero voy a conseguir otro. Tal vez conduzca el nuevo durante el próximo año. Tal vez me suba a un avión y explore Europa, Australia o Asia. Me reconforta saber que todo es decisión mía. No estoy obligada a vivir mi vida según el plan de otra persona.

—Umm. —Me pasé una mano por el cabello. La idea de viajar era emocionante, pero no tener un hogar al que volver me parecía solitario. Pero de nuevo, veníamos de mundos diferentes. Summers siempre sería mi hogar.

—Parece una locura, ¿verdad?

—No. Solo es diferente. He vivido en esta ciudad toda mi vida. No puedo imaginarme viviendo en otro lugar. —No *quería vivir en otro lugar*, y era un hombre libre.

Me sonrió tristemente.

—Me alegro de que tengas raíces profundas.

—Yo también.

Me sostuvo la mirada, encantándose con cada segundo que pasaba. Qué vida había vivido. Qué historia. Y ahora iba a ceder a su deseo de viajar y ver el mundo. Qué aventura sería acompañarla en su viaje.

Sus ojos brillaban de color verde en la luz mortecina. Cuando nos sentamos, nos acercamos más. Todo lo que tenía que hacer era inclinarme hacia ella y podría besarla. Había pensado mucho en esos suaves labios el día anterior, preguntándose qué sabor tendrían. ¿Me devolvería el beso? ¿O me tiraría el resto de su curry por la cabeza? Tal vez había interpretado mal los rubores y las sonrisas tímidas.

Los ojos de Londyn bajaron a mi boca. *Mierda*. Ella se iba a ir y yo podría ir a por todas. Acababa de inclinarme y rozar mis labios con los suyos, cuando la puerta de un auto se cerró de golpe en la calle detrás de nosotros.

Ella saltó, separándonos.

Maldita sea. El universo me estaba diciendo algo. Esta mujer, que sería un recuerdo antes de que terminara la semana, no era para mí.

—Será mejor que te vayas a casa. Se hace tarde. —Suspiré, recogiendo mi recipiente y apilando el suyo encima. Luego me puse de pie y le tendí una mano para ayudarla a levantarse.

—Gracias. —Se acomodó su pantalón corto y no me permití mirar mucho su trasero.



Road



Bajé primero de la roca y mis pies descalzos se hundieron en la frondosa hierba.

Bajó de un salto detrás de mí.

—Gracias por no echarme de tu roca.

—En cualquier momento.

—Buenas noches, Brooks —saludó, y luego comenzó a dirigirse al motel.

Levanté el brazo para despedirme pero no me atreví a hacerlo.

Había algo en ella. Tal vez era su visión de la vida o su espíritu. Tal vez era que había pasado por tantas cosas y no se había vuelto hastiada o cínica. Londyn me intrigaba. Me hacía vibrar la sangre.

Y maldita sea, no había tenido suficiente tiempo esta noche. Quería más, no sólo para dar otro beso, sino para hablar.

Debería dejarla ir.

—¿Londyn? —dije.

—¿Sí? —Se giró, mostrándome esos preciosos ojos verdes.

—¿Te gustaría volver a compartir la roca mañana por la noche?

Ella sonrió.

—Sí.

60



DEVNEY PERRY



Runaway



Road

Capítulo Seis

LONDYN

—**E**sto es un montón de carne. No hay forma de que me quepa esto en la boca.

Brooks enarcó una ceja.

—Las palabras que cualquier hombre quiere oír.

—Saca tu mente de la cuneta. —Puse los ojos en blanco, luego me llevé el sándwich que me había traído a la boca e intenté darle un mordisco.

La cosa tenía treinta centímetros de largo y pesaba al menos medio kilo: un sólido ladrillo de carne y queso con una pizca de lechuga rallada y tomates. El aceite y el vinagre lo cubrían todo y una gruesa y robusta barra de pan actuaba más como un barco que como sujetalibros.

—Mmm. —Tararéé mientras masticaba, con las mejillas abultadas.

—Es rico, ¿verdad?

—Muy rico. —Las palabras salieron amortiguadas.

Se rio, y luego tomó un bocado del suyo, gimiendo mientras comía.

Como todas las cosas de Brooks Cohen, ese gemido suyo era condenadamente sexy. Era bajo y profundo, más parecido a un zumbido procedente de su corazón que a un sonido formado por su laringe. También era suave; si no hubiera estado sentada a su lado, me lo habría perdido.

Esta noche era la tercera noche consecutiva que comía en la roca del lago con Brooks. La primera vez fue comida tailandesa. Anoche había traído pasta. Y esta noche, bocadillos. Tres comidas deliciosas que se hicieron más por la compañía.

Comimos en silencio, como las otras noches, ninguno de los dos estaba ansioso por llenar los momentos de silencio. Era como compartir una comida con un viejo amigo, no con un nuevo conocido. Ya

61



DEVNEY PERRY

Runaway

hablaríamos más tarde. El sol aún no había caído sobre el horizonte, así que habría tiempo. Brooks haría preguntas y yo me empaparía de sus propias respuestas. Anoche, nos quedamos mirando las estrellas y hablando de nada hasta casi las once.

Estas tres comidas habían sido tres de las más relajantes que había tenido en años. No tenía el teléfono zumbando y exigiendo atención. No se hablaba de trabajo, algo que ahora me daba cuenta de que había sido el tema constante siempre que hablaba con Thomas.

La conversación con Brooks fue un descubrimiento. Un viaje lento y conmovedor que abarcó numerosos temas. Me habló de sus padres y de su infancia en Summers. Yo le hablé de mi vida en Boston, eludiendo los detalles de mi divorcio.

La verdad era que no había pensado mucho en Thomas en los últimos días. No lo echaba de menos, no lo había extrañado durante meses. No añoraba los primeros días de nuestro matrimonio, cuando hubo más alegría y emoción. Aunque las cosas habían dado un giro duro al final, una parte de mí se alegraba de que hubiéramos terminado.

¿Si no fuera así, me habría ido? Si no hubiera existido la secretaria y la aventura, ¿me habría dado cuenta de lo infeliz que me había vuelto?

El dinero me había cegado. No estaba enamorada de Thomas. Mi trabajo había perdido su atractivo. Esa vida estaba desprovista de pasión.

Pasión que perdí.

Lo cual era probablemente otra razón por la que las últimas tres noches habían sido tan refrescantes. La pasión y la anticipación cubrían cada minuto que pasaba con Brooks como el chocolate caliente sobre el helado de vainilla. Llevaba cada segundo al siguiente y delicioso nivel.

No había hecho ningún movimiento para besarme de nuevo. ¿Lo intentaría esta noche? Mi tiempo en Summers estaba llegando a su fin. No estaba segura de ser capaz de irme sin al menos un beso para llevarme conmigo. Sería un recuerdo que guardaría en mi bolsillo para sacarlo y reproducirlo en los días de soledad.

—Recogí tu auto antes de venir esta noche —dijo Brooks—. Ya está todo hecho. Como nuevo.

—¿De verdad? Bien. —Eso era decepcionante. Esperado, ya que había prometido tres o cuatro días, pero decepcionante. Como muestra de fe, no le había preguntado a Brooks por mi auto. O tal vez no le había preguntado porque estaba contenta por el momento.

Brooks tragó el último bocado de su sándwich. Cómo podía comer todo eso y mantener un vientre plano era casi injusto. Yo solo me había comido un tercio del mío y estaba llena. Lo envolví en el papel y lo dejé a un lado.

—Podrás volver a la carretera mañana.

¿Escuché una pizca de decepción en su voz? ¿O estaba proyectando la mía?

—Eso es fantástico.

Mentirosa. ¿Tal vez podría quedarme más tiempo? No tenía un horario. Este viaje era todo para mí y para ir a mi propio ritmo. Era tentador, cada noche que pasaba en esta roca con Brooks solo me haría aguantar la siguiente.

Podría quedarme, pero no lo haría. Había llegado el momento de pasar a la siguiente parada de esta aventura. Una vez que Karson tuviera el Cadillac y yo hubiera satisfecho mi curiosidad sobre su vida, sería libre de vagar e ir a mi propio ritmo.

—¿Brooks? —La voz de una mujer atravesó el patio detrás de nosotros. Los dos nos giramos, mirando más allá del tronco de un árbol.

—Maldita sea —refunfuñó Brooks, poniéndose de pie—. Ya regreso.

—Bien.

Cruzó corriendo el patio, de nuevo con los pies descalzos, y se encontró con la mujer cuando bajaba del porche. Llevaba unas gafas de sol negras que ocultaban la mayor parte de su rostro. Tenía el cabello castaño recogido en un nudo intencionadamente desordenado en la parte superior de la cabeza. El vestido de verano que llevaba le envolvía el cuerpo y se ceñía debajo de sus generosos pechos.

Era hermosa y estaba claramente disgustada con mi compañero de cena. Se puso las manos en la cintura y apretó la boca mientras Brooks hablaba. Cuando le tocó hablar a ella, me frunció el ceño.

Mierda. Me había atrapado mirando. ¿Debía esconderme? ¿Quién era ella?

No había preguntado si Brooks tenía novia. Teniendo en cuenta que estábamos sentados fuera de su casa, estaba segura de que no estaba casado. Había pensado que era el tipo de hombre que no compartiría la cena con una mujer si estuviera con otra.

Quizás fue una estupidez por mi parte. Mi marido acababa de engañarme. Pero, llámalo presentimiento, Brooks no parecía ser del tipo que hacía eso.

Era un hombre que compró un teléfono móvil a una mujer porque no le gustaba la idea de que estuviera en la carretera sin poder pedir ayuda. Era un caballero en el sentido más estricto de la palabra, poniéndome en primer lugar en todo, desde abrir una puerta hasta comer el primer bocado de una comida.

Como no quería quedarme mirando mientras hablaba con la mujer, dirigí mi atención al lago. Bebí la botella de agua que me había traído

mientras una lancha rápida surcaba las aguas tranquilas en la distancia. Viajaba rápido, una mancha blanca en el agua para cuando Brooks regresó.

—Lo siento. —Se subió a la roca.

—Está bien. ¿Necesitas irte? —Un motor se puso en marcha a lo lejos y miré por encima del hombro mientras la mujer sacaba un Honda de su entrada.

—No. Esa era mi ex esposa, Moira.

—Ah. —Por supuesto que sería hermosa. Apuesto a que sería una hermosa novia con un vestido blanco, caminando hacia un apuesto Brooks con esmoquin, de pie en un altar. Mi imagen mental se tiñó de verde.

¿Cuándo fue la última vez que me puse celosa? ¿Había tenido celos de Secretaria? Estuvo dolida, sí. Traicionada, absolutamente. ¿Pero celos? No realmente.

¿Su casa había sido el hogar de Moira? ¿También había compartido esta roca?

—¿Te bañas alguna vez en el lago? —pregunté.

Era una pregunta extraña, dado el momento, pero no quería hablar con Brooks de su ex mujer. Sentí que él tampoco. Especialmente en nuestra última noche.

—A veces. —Brooks me siguió la corriente con mi cambio de tema—. Cuando hace calor.

—Aprendí a nadar hace solo cinco años. —Mis padres no me habían llevado a clases de natación, y había estado ocupada trabajando mis veranos en lugar de pasarlos en la piscina comunitaria. En mi luna de miel, me había quedado a salvo en una tumbona.

No fue hasta que Thomas insistió en bucear en un viaje al Caribe que tuve que admitir que no sabía nadar. Él había insistido en que tomara clases.

—Se suponía que iba a tomar clases particulares, pero cuando llegué a la piscina, había habido una confusión y me habían puesto en la clase de los niños. Me ofrecieron cambiar las cosas, pero me quedé. A los niños no les importaba que una mujer adulta no supiera nadar. No era tan patética.

—Hay mucha gente que vive por aquí, en torno a este lago, y no sabe nadar. —Brooks me dio un codazo en el hombro con el suyo—. No es patético.

Sonreí.

—Gracias.

La incapacidad de nadar no había sido importante hasta que Thomas me había señalado que me faltaba. Parecía encontrar más defectos en mí que yo. Cada vez que se daba cuenta de que me había faltado algo en mi juventud que me diferenciaba de otros adultos cultos, lo remediaba inmediatamente.

¿Londyn no montaste a caballo? Me compró un caballo y lo tuvo guardado con un instructor de equitación.

¿Londyn no puedes distinguir entre merlot y cabernet? Contrató a un sommelier para que nos acompañe a cenar tres noches a la semana.

¿Londyn no te gusta la ópera? Compró boletos de temporada porque yo no fui lo suficiente como para apreciarla.

Odiaba la maldita ópera. El vino tinto, sin importar la uva, sabía a vino tinto. Y los caballos me daban mucho miedo.

Sí. No lo extrañaba en absoluto.

Un pájaro cantó con fuerza desde arriba, y me volví. Estaba posado en un árbol junto a la terraza trasera de Brooks.

—Me gusta tu casa.

—Gracias. —Se giró, mirando también la parte trasera de su casa—. La compré después del divorcio.

Eso respondió a mi pregunta anterior sobre Moira.

—Es bonita. Muy pintoresca.

El estilo victoriano se completaba con altos picos de tejado y frontones curvados en su vértice. En la parte trasera de la casa, con vistas al patio trasero, dos ventanas abuhardilladas emergían del tejado color chocolate. El resto de la casa era blanca. Lo único que diferenciaba los distintos lados y secciones de las paredes exteriores era la textura. Una parte del revestimiento era de tablas horizontales, y otra parte de festones superpuestos.

—Me encantan todas las ventanas. —La abundancia de cristales significaba que la mayoría de las habitaciones estaban probablemente inundadas de luz natural.

—A mí también. Eso es lo que me convenció del lugar. En el verano no tengo que poner una alarma. Me despierto con el sol.

—No he puesto una alarma desde Boston. Solía levantarme a las cuatro cada mañana. Iba al gimnasio y volvía a casa para prepararme para el trabajo. En invierno, me levantaba horas antes del amanecer. Quizá a partir de ahora también me levante con el sol.

—Algunos días la alarma es inevitable —dijo—. Hay días en los que tengo mucho trabajo en el taller. Nunca he llegado a dominar el trabajo de oficina. Al principio, cuando tomé el relevo del abuelo, me fue muy

mal. Me costó mucho seguir el ritmo. Pero al final lo resolví. Tony me ayuda a no ahogarme.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Sí. —Su respuesta de una sola palabra contenía mucha verdad. Brooks *amaba* su trabajo, sin duda—. ¿Qué hacías en Boston?

—Trabajaba para la empresa de mi marido como su asistente. —Me volví hacia el lago de nuevo.

—¿Te gustaba?

—Sí, la verdad es que sí. Fue el primer trabajo en el que me sentí desafiada. Y Thomas fue muy bueno al dejarme elegir en qué quería trabajar. Empecé con lo más fácil. Teléfonos y programar reuniones en su calendario. Pero fue aumentando.

Me gustaba pensar que había sufrido un poco en el trabajo después de mi renuncia. Era mi ego el que hablaba, pero nadie quería admitir que era fácilmente reemplazable.

—Estuve pensando en contratar a un director de oficina —dijo Brooks—. Alguien que se encargue de la contabilidad y de los pedidos de piezas y que evite que los papeles se acumulen en mi mesa. Seguro que no lo echaría de menos. Prefiero trabajar en los autos. Usar mis manos.

Tenía unas manos estupendas. Sus dedos eran largos y callosos en las puntas. Sus palmas eran anchas y suaves en el centro. Sentía envidia de mi propio auto. El Cadillac había sentido esas manos rozar su superficie.

—No estaba seguro de cuándo tendrías el auto hecho exactamente. Dijiste que en unos días, pero no pensé que lo tendrías listo tan pronto.

—¿No tienes fe en mí? —Fingió una mueca—. Estoy herido.

—Superaste todas mis expectativas.

—Fue un placer. —Su profundo y tranquilizador lenguaje fue tan reconfortante que me dio el valor para hacer la pregunta que tenía en mente.

—Cuando reservé mi habitación, la tenía hasta mañana. No quiero cancelarle a Meggie con tan poca antelación. Si me quedo una noche más, ¿irías a cenar conmigo?

Contuve la respiración. Era la primera vez en mi vida que le pedía a un hombre una cita. Pero él diría que sí. ¿Verdad? Él estaba disfrutando de estas cenas tanto como yo, ¿no? Si no, ¿por qué me habría invitado aquí cada noche?

—Yo, eh... —Brooks se pasó una mano por el cabello—. No puedo. Lo siento.

Mi corazón cayó en picado. *Ay.*

—Está bien.

Un tenso silencio se extendió entre nosotros. Brooks no dio ninguna explicación de por qué no podía reunirse conmigo mañana. Me quedé totalmente inmóvil, sin saber qué decir. Tal vez tenía que trabajar hasta tarde. Tal vez no le gustaba comer en restaurantes. Tal vez tenía una cita. Si ese era el motivo, no quería saberlo.

Sin la cena de mañana, esta era la última vez que pasaría con Brooks. Lo vería en el taller mañana por la mañana cuando recogiera mi auto, pero sería una breve despedida antes de dejar atrás a Summers y a Brooks Cohen para siempre.

Se me apretó el estómago. Tenía que ser el sándwich, no la idea de irme. Simplemente había comido demasiado.

Era hora de irme. La necesidad de irme me golpeó con fuerza, empujándome a ponerme de pie. Quedarme hasta el anochecer no iba a suceder esta noche. No tenía ningún deseo que cumplir.

—Será mejor que me vaya. Tengo que hacer la maleta.

—Londyn. —Brooks se puso de pie, bloqueando el camino de la roca—. No lo hagas. Todavía no.

—Creo que es lo mejor. —Me encontré con su mirada azul y mi decisión de alejarme se rompió. Había tanta disculpa en esos ojos. Tanto anhelo.

—Yo... —Sin terminar, cerró la boca y se movió, haciendo espacio para que pasara.

Ambos sabíamos que era mejor terminar esto antes de que las cosas se complicaran.

No era que no tuviera algunos recuerdos que llevarme. Miraría hacia atrás en mi tiempo en Summers y recordaría a este hombre hermoso que había sido mi cita para cenar tres noches seguidas. Recordaría esta roca y cómo la prefería a cualquier mesa. Recordaría aquel casi beso.

—Gracias —dije mientras se unía a mí en el césped—. Fue un placer conocerte, Brooks.

—Lo mismo digo, Londyn. —Me tendió la mano y deslicé la mía en su agarre.

Ninguno de los dos se soltó.

Apretó su mano y me acercó más. Su mirada se dirigió a mis labios y se me cortó la respiración. ¿Iba a besarme después de todo? Sin duda, eso aliviaría el escozor del rechazo. Se acercó más. Mis ojos se cerraron.

Un susurro flotó en mi mejilla cuando su boca bajó y me plantó un beso.

En. Mi. Mejilla.

La decepción la puso al rojo vivo. Mi orgullo se tornó negro y azul y tiré de mi mano para liberarla de su agarre.

—Buenas noches, Brooks.

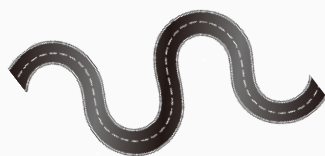
Dio un paso atrás.

—Buenas noches, Londyn.

Entonces me di vuelta y me dirigí a mi habitación de motel.

Era hora de salir de Summers, Virginia Occidental.

Y lejos de Brooks Cohen.



Clang.

Me sobresalté al oír el ruido que resonaba en el garaje. Me detuve frente a la puerta, sin saber si debía acercarme más. ¿Era ese el ruido normal del garaje? Porque sonaba muy fuerte. Cuando no siguió nada, di otro paso.

Clang. Pum. Clang.

Volví a saltar, jadeando ante los golpes y choques que se sucedían sin cesar.

—¡Maldita sea! —gritó Brooks.

Entonces se produjo otro choque. Este sonó como un metal chocando con otro metal, seguido por el tintineo y el ruido de las herramientas al golpear el suelo de hormigón.

—¡Mierda!

Eh... ¿Qué demonios estaba pasando? ¿Estaba herido? Di un paso adelante, sin saber qué esperar, y miré por la puerta.

Brooks se paseaba junto a mi auto, con los puños cerrados con furia y el pecho agitado.

Seguí su mirada.

—¿Qué le pasó a mi auto? —Grité, entrando en el interior.

Largos arañazos recorrían la pintura roja. Eran finos y estrechos, furiosos al atravesar la superficie lisa. No era tan grave como cuando derrapé contra el guardarraíl, pero tampoco era bueno. El maletero

estaba cubierto de amarillo. La pintura goteaba hasta el suelo, encharcándose junto a un neumático.

Mis manos se hundieron en mi cabello.

—Oh, Dios mío.

—Londyn, puedo explicarlo. —Brooks extendió una mano.

—Sí. Por favor. —Asentí, incapaz de apartar la mirada de los restos.

—Alguien entró anoche y vandalizó el lugar.

Aparté los ojos del Cadillac y observé el resto del garaje. La misma pintura amarilla de mi auto había salpicado una de las paredes de bloques de hormigón. Las herramientas estaban esparcidas por el suelo. Los neumáticos que se habían apilado contra la pared más lejana estaban tirados. Había otro auto en el espacio de enfrente, pero parecía ileso.

—¿Quién haría esto?

Brooks suspiró, poniendo los puños en las caderas.

—No sé.

—Adivina.

Este era un pueblo pequeño. Tenía que tener alguna idea de quién me haría esto. Y la mirada en su cara decía que definitivamente tenía una idea.

—Moira.

¿Su ex esposa?

—¿Por qué? —¿Porque nos vio sentados en esa roca anoche?—. No soy nadie. Me voy. O me iba antes de esto.

Sus labios se fruncieron.

—Se pone celosa. Ella sabe que tengo algo por ti.

—Oh. —Mi ira se desvaneció—. ¿Ah, sí?

—Creo que es bastante obvio, ¿no?

—Pero no me besaste anoche. —Rechazó mi cita.

—No, no lo hice. —Se dirigió al Cadillac, se apoyó en el panel lateral rayado. No podía ver el lado del conductor, pero suponía que tampoco le había ido bien—. Ese fue mi error, y lo lamenté toda la noche.

Estuve enfadada durante horas mientras empacaba lentamente mis maletas anoche, deseando que las cosas hubieran terminado de otra manera. Supongo que se me cumpliría ese deseo porque hoy no habría despedida.

—¿Qué pasará con mi auto?

—Limpiaré la pintura, pero tendrá que volver al taller por los arañazos.

Me acerqué, y pasé un dedo por un arañazo.

—¿Es de una llave?

—Sí —murmuró.

—No pareces sorprendido.

—No. —Respiró profundamente—. Lo siento. Pagaré para que lo arreglen, pero tardará un poco.

—Es irónico, ¿no? Si tu ex está celosa, debería haberme dejado en paz. Me habría ido.

Brooks se alejó del auto y se dirigió hacia mí.

—Lo siento mucho, Londyn.

—No es tu culpa.

—Estarías en camino si me hubiera alejado de ti.

Aunque pudiera usar mi auto ahora mismo, no estaba segura de que eso fuera lo que quería.

—Arréglalo.

—Absolutamente. ¿Cómo?

—La cena de esta noche.

Su barbilla cayó.

—No puedo esta noche.

Maldita sea. ¿Dos veces?

—No dejas de rechazarme y eso me está matando el ego —murmuré.

—No puedo ir a cenar. ¿Pero qué tal ese beso?

Mis ojos se alzaron cuando cruzó la distancia entre nosotros, con sus manos guiando el camino. Se acercó a mi cara, me tocó las mejillas e inclinó la cabeza hacia un lado. Se acercó hasta que sus botas tocaron mis zapatos.

—¿Y bien?

Asentí.

Brooks bajó y capturó mi boca, robando todo el aliento de mis pulmones. Me puse de puntillas mientras su lengua recorría mi labio inferior, el caballero buscando permiso. Me abrí para él, dejando que me penetrara profundamente.

Sus manos permanecieron en mi rostro, atrayéndome hacia él, mientras dejaba escapar uno de esos gemidos bajos, en mi garganta. Me llegó al corazón. Su sabor explotó en mi lengua, el persistente amargor del café mezclado con su propia dulzura. Su lengua se batía en duelo con la mía mientras esos suaves labios me apretaban con fuerza.



Road



Habría considerado a Brooks como el tipo de persona que se inclinaba por lo suave y lo dulce al principio, pero este beso no tenía nada de suave ni de recatado. Tomó lo que quería, exigiendo más. Estaba caliente y sentiría las yemas de sus dedos en mi cara durante el resto del día.

Aparte de nuestras bocas, fue el único lugar que tocamos.

No me atreví a llevar mis manos a su pecho. No me atreví a arriesgarme a rodear su cintura con los brazos ni a acercar mis caderas a las suyas. Brooks estaba al mando y estaba haciendo un buen trabajo sin mi ayuda.

El beso terminó demasiado rápido. Se apartó, dejándome ir mientras se limpiaba la boca, dejando una sonrisa de satisfacción en su lugar.

—Gracias. —Estaba desequilibrada—. Me siento mejor con mi auto.

Se rio.

—Yo igual.

—Entonces... me iré. —Di un paso atrás, señalando la salida. Si no salía de aquí, era muy probable que me arrastrara por su cuerpo y que hiciéramos mucho más que besarnos. Me giré mientras una sonrisa se extendía por mi cara.

—¿Londyn? —llamó.

—¿Si?

—Lo siento por el auto.

Miré por encima de mi hombro.

—Yo no.

71



DEVNEY PERRY



Runaway



Road

Capítulo Siete

BROOKS

Levanté el puño y golpeé la puerta de mi ex esposa. Llevábamos una década divorciados, pero seguía resultando extraño llamar a la puerta después de haber vivido aquí durante años.

Los tacones de Moira chocaron con el suelo de madera que había instalado el año anterior a la mudanza. Tenía una sonrisa en la cara cuando abrió la puerta, pero se le borró cuando me vio.

—Hola. —Llevaba un sencillo vestido negro, como la mayoría de los días de verano cuando trabajaba. En invierno, se ponía una chaqueta de punto. Moira era recepcionista en el consultorio de un dentista y, para la mayoría, tenía un aspecto tranquilo y profesional. Pero yo sabía que una víbora acechaba bajo la superficie.

Moira era increíble cuando quería. Cuando no lo hacía, sus garras dejaban una desagradable marca.

—¿Por qué lo hiciste? —No me molesté en saludar. Estábamos más allá de jugar limpio.

Tuvo suerte de que hubiera esperado hasta después de las cinco para ir a su casa en lugar de ir a la oficina del doctor Kurt y hablar de esto en el trabajo.

—¿Hacer qué? —Cruzó los brazos sobre el pecho.

—No te hagas la tonta. —Fruncí el ceño—. Ese es mi lugar de trabajo.

—¿De qué estás hablando?

—La última vez que fuiste y desordenaste el lugar, me retrasaste una semana. Pero aquí te has pasado de la raya. Arruinaste el auto de un cliente.

—¿Estás borracho? —Se inclinó hacia adelante—. Hace meses que no voy al garaje.

72



DEVNEY PERRY

Runaway

Siempre era lo mismo con ella. Mentir, mentir, mentir. Incluso cuando sabía que la habían descubierto, nunca admitía la derrota.

—Lo que sea. Aléjate de mi garaje. La próxima vez, llamaré a la policía.

—No hice nada, Brooks.

—Seguro. —*También oí eso antes.* Giré y me marché por la acera.

—Brooks —dijo.

No respondí.

—Brooks...

Me dirigí a mi camioneta.

—Vete a la mierda. —Ahora los colmillos estaban fuera. ¿Era realmente una maravilla que no lo hubiéramos logrado? Estaba casi en mi camioneta cuando ella gritó—: Espera. Por favor.

Suspiré, deteniéndome en la acera.

—¿Sí?

—¿Vas a venir mañana?

Me burlé.

—No.

—Lo prometiste.

—Dije que lo pensaría. Lo he hecho, y no voy a venir.

—Grr —gruñó, entrando en la casa y dando un portazo. El ruido resonó en toda la manzana.

Típico. No era la primera vez que me daba un portazo. Había tenido suficiente de su mierda para toda la vida.

Moira había venido anoche y me invitó a cenar. Sus padres venían mañana a la ciudad y esperaban verme. Era algo que habíamos hecho durante años, incluso después del divorcio. No me gustaba mi ex, pero sus padres eran buena gente.

Tendría que verlos la próxima vez porque mañana seguiría enojado con su hija.

Las marcas de las llaves en el Cadillac tenían a Moira escrita por todas partes. Un año después de nuestro divorcio, había salido con la nueva maestra de jardín de infantes de la ciudad. Las cosas habían ido bastante bien durante un mes, hasta que me llamó un domingo por la mañana y me dijo que habíamos terminado sin dar explicaciones.

Una semana después me enteré de que era porque Moira había rayado el auto de mi novia.

Después de eso, no tuve ninguna cita durante dos años. Pero finalmente conocí a una buena mujer que había trabajado con papá en el hospital. Moira no nos había dado ni un mes. Seis citas y Moira había pinchado las ruedas. Las cuatro.

Ella había admitido eso eventualmente, después de que la enfermera se había alejado de Summers. Se emborrachó una noche y me llamó llorando, suplicando una segunda oportunidad. Cuando le aseguré que nunca sucedería, se puso desagradable y juró que ninguna mujer se quedaría por mucho tiempo.

Años después, supongo que todavía lo decía en serio.

Las travesuras de Moira me habían costado estrés y dinero que podría haber utilizado para cosas mucho mejores. Había pagado para que arreglaran las marcas de las llaves y cambiaran los neumáticos. Pero no me había molestado en tener una cita desde entonces. Ninguna mujer que había conocido me había parecido digna del drama.

Hasta que llegó Londyn.

Incluso después de admitir que probablemente mi ex esposo había destrozado su auto, Londyn no había huido gritando. Me invitó a salir. Y luego me dejó besarla hasta el cansancio.

Sonreí por encima del volante. Londyn McCormack era única.

El tráfico era ligero, como de costumbre, mientras conducía por Summers hacia la casa de mis padres. Teníamos una cena permanente todos los lunes por la noche, desde hacía dieciséis años. Esta noche era una de las pocas veces que había contemplado faltar.

Esperaba con impaciencia que mamá cocinara y que hablara con papá con un vaso de whisky. Pero tenía un número limitado de noches con Londyn. Más ahora que esta mañana.

El plan de Moira había fracasado. Tal vez había querido echar a Londyn de la ciudad, pero no entendía el apego de ella con ese auto. La mayoría no lo entendería a menos que conociera su historia. Ese Cadillac estaba entretejido en su vida. Era el hogar de su infancia, lleno de buenos recuerdos.

No dejaría Summers hasta que estuviera en perfectas condiciones y eso me daba tiempo. Incluso podría tardar una semana.

Llamé a Mack al taller y le expliqué la situación. Tras una retahíla de maldiciones, accedió a volver a incluirlo en su agenda y a darme un respiro. Sabía cómo era Moira. Pero no tenía el tiempo que había tenido la semana pasada. Yo había llevado el Cadillac y él había prometido darse prisa.

Acordamos eso. ¿Mi suposición? Londyn estaría en camino en una semana.

Una semana más. Tal vez me dejaría besarla de nuevo.

A cinco minutos de la casa de mamá y papá, mi teléfono zumbó con un mensaje. Vivían en cincuenta acres a unos quince kilómetros de la ciudad.

Mamá: Hoy no tengo ganas de cocinar. ¿Qué tal una pizza?

¿Pizza? No iba a perderme una de las pocas noches que tendría con Londyn para comer pizza. Saqué el número de mamá y la llamé.

—Acabo de enviarte un mensaje de texto —respondió ella.

—Lo vi. ¿Qué tan enojada estarías si no fuera por la pizza? —Mi pie se cernió sobre el freno.

—Hmm. —Un ceño invadió su voz—. Nunca te pierdes la cena de los lunes.

—Sí, lo sé. —Vuelvo a poner el pie en el acelerador. *Nunca* me perdía la cena del lunes. La culpa era demasiado para vivir.

—¿Esto es por el garaje? —preguntó mamá—. Me enteré de lo que sucedió. Lo siento mucho.

No era una sorpresa que mamá se hubiera enterado. A Tony le gustaba hablar. Hoy había entrado en el taller, silbado y se había puesto a trabajar para poner el lugar en orden. Entre los dos lo habíamos arreglado todo antes del mediodía. Mientras yo pasaba la hora del almuerzo poniéndome al día con todo lo que no había hecho durante la mañana, él había desaparecido.

Ahora sabía a dónde había ido, a cotillear con Sally.

—Está bien. No hay daños importantes. —Excepto el auto de Londyn.

—¿Sabes quién podría haberlo hecho?

Oh sí, lo sabía. Pero mamá no necesitaba saber que era Moira.

—Probablemente niños.

Para el mundo, Moira y yo habíamos sobrevivido a un divorcio amistoso. Éramos amigables en público. Nos apoyábamos mutuamente aunque vivíamos vidas separadas. Sonreíamos y jugábamos bien.

Por Wyatt.

Tenía diecisiete años cuando nació mi hijo. Moira y yo habíamos sido novios en el instituto. Fuimos dos chicos estúpidos que se creían invencibles y que los condones eran razonables, no necesarios.

Habíamos hecho todo lo posible como padres adolescentes. No me había pasado el último año de instituto presentando solicitudes de universidad y haciendo visitas a los campus. Había pasado mi tiempo libre después de clase en el garaje trabajando porque era la clave para la supervivencia de mi hijo.

Moira había vivido con sus padres hasta que Wyatt nació, y luego se había mudado a casa de mis padres. Tras la graduación, nos casamos, pero vivimos con mamá y papá hasta que Wyatt cumplió dos años.

La razón por la que no me perdía la cena de los lunes era porque mamá y papá nos habían ayudado a criar a Wyatt esos dos primeros años. Mamá le había enseñado a Moira a darle de comer y a mecerlo para que se durmiera. Me había enseñado a cambiar un pañal y a preparar un biberón para una toma de medianoche. Papá había sido el médico de Wyatt desde el momento en que gritó su primer aliento.

Cuando mis padres habían necesitado un descanso, los de Moira habían intervenido para ayudar.

Mamá no me pedía mucho. Las cenas de los lunes no eran obligatorias, pero yo sabía que ella las esperaba con impaciencia. Era su noche especial para pasar con su marido, su hijo y su nieto.

Wyatt había estado con Moira la semana pasada. Lo bueno de que viviéramos en la misma ciudad, a diez minutos el uno del otro, era que él tenía dos habitaciones. Se quedaba con ella entre una semana y diez días, y luego venía y se quedaba conmigo el mismo tiempo.

Ahora que era un adolescente y tenía su propio vehículo, no dictábamos los horarios de la custodia. Además, era un buen chico y se aseguraba de pasar tiempo con nosotros dos.

Este tramo en la casa de Moira estaba durando siete días, y lo echaba de menos. Nos enviamos mensajes de texto. Lo llamaba todos los días. Pero era extraño no verlo todas las noches. Con su horario de prácticas de fútbol de verano y el trabajo que había aceptado llevando comida a domicilio por la ciudad, estaba ocupado. Era la razón por la que pedía comida para llevar la mayoría de las noches cuando no estaba en mi casa. Estaba obligado a venir a verme.

Eso, y que no importaba dónde se alojara, venía a la cena del lunes.

Por mucho que quisiera ver a Londyn esta noche, necesitaba más a mi hijo.

—¿Quieres que vaya a buscar pizza? —le pregunté a mamá.

—¿Vienes?

—Estoy en la entrada.

Me colgó y abrió la puerta mosquitera antes de que apagara mi camioneta. Mientras había luz y la temperatura era superior a los 50 grados, mamá mantenía la puerta de entrada abierta con solo la mosquitera para bloquear los bichos.

Me echó mientras me dirigía a la puerta.

—Puedes irte.

—Me quedo. —Me reuní con ella junto a la puerta, y me incliné para besar su mejilla.

—Vete. Además, tu hijo me acaba de mandar un mensaje. Aparentemente, nadie más que tu padre y yo queremos pizza esta noche.

Mi frente se arrugó, sacando mi teléfono del bolsillo.

—Wyatt no mandó ningún mensaje de texto —dijo.

Wyatt: Me ofrecieron un turno extra esta noche. Puedo aceptarlo?

Intentaba desesperadamente ahorrar dinero para la universidad.

Yo: Claro.

Vuelvo a casa esta noche. Estaré allí cerca de las diez.

Yo: Conduce con cuidado.

—Está trabajando —le dije a mamá, guardando de nuevo mi teléfono. Pero lo vería esta noche.

—Es un gran trabajador, ese chico. Como su papá. —Me dio un codazo—. Ve. Haz lo que tengas que hacer. El próximo lunes cocinaré algo elegante para compensar esta semana.

—¿Estás segura?

Ella sonrió.

—Estoy segura.

—Gracias, mamá. —Besé su mejilla una vez más, luego me di vuelta y corrí hacia mi camioneta. Me despedí con la mano mientras me alejaba y me dirigí a la ciudad, llamando al motel mientras conducía.

—Hola, Meggie. Oye, necesito un favor.



—¿Está ocupado este asiento?

La cabeza de Londyn se dirigió hacia mí.

—¿Qué haces aquí? Creía que estabas ocupado.

—Cambio de plan. —Aparté el taburete a su lado, y apoyé los codos en la encimera.

El restaurante estaba lleno. Todos los puestos y mesas del centro estaban ocupados. Además del taburete que acababa de tomar, solo había otros dos vacíos.

La camarera trajo un menú, pero lo rechacé.

—¿No vas a comer? —preguntó Londyn.

—Sí, pero no necesito un menú. He pedido lo mismo en este restaurante durante los últimos quince años. Una hamburguesa con queso, con pepinillos extra y sin cebolla. Patatas fritas. Un batido de chocolate. Esta camarera es nueva en la ciudad, de lo contrario no se habría molestado con el menú.

Londyn parpadeó.

—¿Qué? Tengo hambre. —Me encogí de hombros—. Ha sido un día ajetreado.

—Mmm —murmuró—. ¿Qué haces aquí?

Me giré en el taburete y le presté toda mi atención mientras me inclinaba hacia ella. Me llamó la atención el aroma a vainilla de su cabello, cuya dulzura superaba incluso la grasa que emanaba de la cocina. El ruido de los tenedores y los cuchillos, el zumbido de la conversación de fondo, todo desapareció.

Nuestras narices prácticamente se tocaban. Nadie en la habitación podría confundir mi intención, Londyn incluida.

—Estoy aquí por ti, cariño.

Una sonrisa apareció en la comisura de su deliciosa boca.

El beso en el garaje se había reproducido en bucle hoy en mi mente. El recuerdo de sus suaves labios y el deslizamiento de su lengua me habían distraído más de una vez mientras trabajaba. No me importaba que estuviéramos en un restaurante lleno de gente. Necesitaba otro.

—Aquí tiene, señorita. —La camarera rompió el momento, devolviendo el ruido, mientras deslizaba un plato delante de Londyn.

—¿Pediste pastel? —Y no solo una porción, sino tres, del famoso pastel de manzana del restaurante, mi favorito de crema de chocolate y el favorito de Wyatt, de cereza.

—Lo hice. —Recogió su tenedor—. De pequeña solía ir al mercado y comprar las tartas que tenían en oferta. Ya sabes, las del día que venden baratas. Cuando vivía con mis padres, me escondía en mi habitación y me lo comía todo yo. En el depósito de chatarra, compraba uno si tenía el dinero y lo compartía. Pero luego las dietas y el ejercicio se convirtieron en una cosa y ya no comí pastel para la cena. Esta noche dije a la mierda con todo.

Me reí.

—Bien por ti.

—¿Cuándo fue la última vez que cenaste pastel?

—No puedo decir que lo haya hecho nunca.

Su tenedor se sumergió en la crema de chocolate. Tarareó y sus ojos se cerraron cuando el bocado pasó por sus labios. Lo saboreó, dándole vueltas en la boca. La mujer tenía una lengua talentosa y afortunada. Volvió a gemir, torturándose con ese sutil sonido.

Tragó y luego me lanzó una sonrisa que era puro sexo.

—Te lo estás perdiendo.

Chasquéé los dedos y levanté la mano para llamar a la camarera. Cuando se acercó, señalé el plato de Londyn.

—Yo quiero eso.

Londyn se rio y fue a por otro bocado.

La camarera no tardó en servirme el pastel. Primero comí el de manzana.

—Diablos, qué bueno está. Probablemente, me duela la barriga con esto, pero no voy a dejar ni un bocado.

—Algunos errores merecen las consecuencias.

—Es verdad —dije—. ¿Cuál fue el último error que cometiste y del que no te arrepientes?

Levantó la barbilla y miró hacia arriba, como hacía siempre que pensaba en una de mis preguntas. Cuando tuvo su respuesta, me miró con esos ojos verdes brillantes.

—No estaba prestando atención a la carretera cuando pinché la rueda. En aquel momento me enfadé conmigo. Ahora, no tanto.

—Estoy bastante encariñado con esa rueda pinchada.

Londyn rio, pinchando el de cereza.

—Tu turno.

¿Un error del que no me arrepiento? Respuesta fácil. *Wyatt.*

Abrí la boca para hablarle de él, pero me detuve. Era la persona más importante de mi vida. Era mi orgullo y alegría. Y aunque le tenía cariño a Londyn, antes de compartirlo con ella, la compartiría con él primero.

Esta noche. No necesitaba que Moira hiciera un comentario en voz baja sobre cómo me estaba enrollando con una mujer del motel.

Wyatt había estado detrás de mí para empezar a salir de nuevo, probablemente porque había tenido una serie de novias este último año. Era una estrella en los equipos de fútbol y baloncesto y había heredado mi alta constitución. Después de los partidos, todas las chicas iban en su dirección.

Por suerte, tenía más sentido común que yo a su edad y me aseguré que aún no había tenido relaciones sexuales. Y cuando lo hiciera, prometió usar protección.

Metí otro bocado en mi boca para impedirme presumir de mi hijo. Los elogios pedían ser liberados. En cambio, encontré una respuesta diferente a su pregunta.

—El taller. Unos tres años después de que lo tomara del abuelo, un tipo me preguntó si podía comprarlo. Me puse codicioso y le pedí el doble de lo que me había ofrecido. Me dijo que no y se fue de la ciudad. Después de eso, me arrepentí durante años. Hasta que un día, simplemente... no lo hice. No dejaría ese taller por nada del mundo.

Algún día se lo pasaría a Wyatt si le interesaba. Por el momento, me alegraba de ser yo y no otro afortunado bastardo que tuviera la única grúa de la ciudad y que hubiera sido enviado a rescatar a Londyn.

—Me alegro de que no hayas vendido tu taller —dijo—. No nos conocemos bien, pero sinceramente no te imagino haciendo otra cosa.

—Pienso lo mismo. —Encontré el trabajo de mis sueños a los dieciocho años. No muchos pueden decir eso.

Comimos el resto de nuestros pasteles, sin hablar de nada, hasta que los dos platos quedaron vacíos y mi estómago se hinchó. Pagué la cuenta y fruncí el ceño cuando Londyn buscó su bolso. Luego la seguí fuera del restaurante, ignorando los ojos que nos miraban mientras ponía mi mano en la parte baja de su espalda.

—¿Puedo llevarte? —pregunté, señalando con la mano a mi camioneta que estaba en la cuadra.

—¿Cómo sabías dónde estaba? Espera. —Se levantó la mano—. Déjame adivinar. Meggie.

—Tienes razón. —Caminé hacia la camioneta.

Londyn se quedó en la acera.

—Si me meto contigo, ¿qué clase de venganza puedo esperar de tu ex esposa?

Refunfuñé y pateé una piedra de la acera.

—No sé. No sé lo que está pensando.

No lo sabía, ése era el problema. Probablemente Moira ya había hecho lo peor, pero tampoco había tenido una mujer en mi vida como Londyn. Claro, las otras habían sido agradables. Había disfrutado salir con ellas. Pero Londyn era diferente. Había pasión y urgencia. Ella se iba y yo estaba decidido a aprovechar al máximo mientras tuviera la oportunidad.

Nos estábamos moviendo a una velocidad que daba vértigo, no había otra opción. Eso no pasaría desapercibido para Moira. Tampoco el vacío que dejaría Londyn al irse Summers.

—No importa. —Se bajó de la acera, encontrándose conmigo en la puerta—. No me asusta tu ex esposa.

Por supuesto que no. Sonreí.

—Bien.

—Tenemos público —susurró.

—Sí —susurré—. ¿Por qué la gente cree que porque yo esté fuera y ellos estén sentados dentro, detrás de una ventana, no podemos verlos?

Londyn se rio.

—Siento que me miran fijamente.

—Quiero besarte. —Me acerqué más.

Londyn se levantó ligeramente de los talones.

—Pero probablemente no deberías.

No. No con la mitad del maldito pueblo mirando. Y no antes de tener una discusión con Wyatt.

Pasé por delante de ella y abrí la puerta de la camioneta. Londyn subió, me dejó cerrarla y fui a mi lado.

Fruncí el ceño al ver a la gente de la cafetería, que seguía mirando, y luego arranqué el motor y me alejé. Diablos, no la había besado, pero el hecho de llevarla al motel probablemente agitaría los rumores.

—¿Por qué tengo la sensación de que después de esta noche, mucha más gente sabrá mi nombre? —preguntó.

Me reí.

—Así es la vida en un pueblo pequeño.

Ella tarareó.

¿Era un buen zumbido? ¿O uno malo? Parecía gustarle esta pequeña ciudad, por el momento. Pero no iba a tener esperanzas de que Londyn se quedara.

—¿Qué vamos a hacer mañana? —preguntó mientras el letrero del motel aparecía al final de la calle.

—¿Supones que haremos algo juntos? —bromeé.

—Sí.

Le guiné.

—Me gusta eso.

Tenía ideas para mañana por la noche. Wyatt tenía dos entrenamientos de fútbol, uno por la mañana y otro a última hora de la tarde. Luego se iría a trabajar hasta que cerraran los cinco restaurantes de la ciudad que lo utilizaban a él y a un par de chicos más para repartir. Mis ideas para Londyn implicaban repetir el beso que nos habíamos dado en el taller, esta vez en un lugar donde pudiéramos hacerlo durar.

—¿Qué tal si empezamos con la cena? —Eso parecía funcionar bien para nosotros.

—¿Un restaurante o la roca?

La roca. Quería estar a solas con ella, no con el pueblo de Summers mirando.

—Es tu elección.

Me mostró esa sonrisa sexy.

—La roca.



Road

Capítulo Ocho

LONDYN

—**M**aldita sea, puedes besar —dijo Brooks mientras se cernía sobre mí. Sus labios estaban enrojecidos e hinchados. Su cabello estaba revuelto por el lugar donde lo había tenido entre mis dedos. El crepúsculo bailaba a nuestro alrededor y la luz que se desvanecía resaltaba las líneas azules más oscuras de sus ojos. Había pasado de ser hermoso a jodidamente magnífico.

El hombre más guapo de la tierra no era un modelo de Times Square ni un galán de Hollywood. Era un mecánico de Virginia Occidental.

Y por el momento, era mío.

Tal vez si tuviera tres noches más como ésta, tendría sus rasgos memorizados de por vida.

Brooks se apartó, tumbándose de espaldas a mi lado. Nuestras manos casi se tocaban, pero no del todo.

Mi pecho se agitó mientras mis hombros se apretaban contra la dura roca. Miré al cielo y me llevé una mano a los labios. Tres noches besándonos como adolescentes y ya estaban en carne viva.

Todo lo que habíamos hecho era besarnos. Brooks siempre nos detenía antes de que pudiéramos ir demasiado lejos. Así que tenía los labios agrietados y un dolor en mi interior.

Los besos también estaban afectando a Brooks. Se movió incómodo, doblando una rodilla para ocultar el bulto de su vaquero. Un bulto impresionante, especialmente cuando se clavaba en mi cadera.

Si Brooks decidía soltar el férreo control que mantenía, yo quería que ese ansioso deseo ardiera bajo la superficie. Por una vez, estaba dejando que los juegos preliminares me volvieran loca.

83



DEVNEY PERRY



Runaway

Con otros hombres, incluido Thomas, los besos se habían convertido en un aburrido adelanto de un aburrido tema. Pero maldita sea, era divertido con Brooks. Había olvidado lo divertido que podía ser besar.

Algo me decía que, incluso después de tener sexo —si es que lo teníamos—, besar siempre sería un acontecimiento.

Bueno, durante los días que estuviera aquí.

Tumbada a su lado, era fácil olvidar que esta situación era temporal. Brooks borró el futuro con sus labios. Todo lo que importaba era el ahora. Aquí. Mi futuro estaba en esta roca con la sinfonía de la naturaleza ahogando la realidad.

Brooks estiró un dedo para tocar uno de los míos.

—¿En qué estás pensando?

—En que me iré.

—Sí. —Cubrió mi mano con la suya—. Pero todavía no.

Sonreí, girando la cabeza para mirarlo. Su sonrisa me esperaba.

—No, todavía no.

Mi auto estaba en el taller de chapa y pintura y el equipo aún no había empezado a trabajar en él. Podían tomarse su tiempo. Si lo hicieran mañana, dudaba que me fuera de todos modos.

Todavía no había terminado con Summers. No había terminado de besar a Brooks.

Levantó la mano izquierda y miró su reloj.

—Será mejor que vuelva pronto a casa.

Brooks me había despedido antes de las diez de la noche. Las estrellas apenas cobraban vida mientras me dirigía enfadada a mi habitación de motel. Afirmó que era porque tenía que empezar a trabajar temprano. En realidad, creo que le preocupaba que perdiéramos el control.

—Está bien. —Me senté, pero en lugar de ponerme de pie y recoger la basura de la cena, me eché encima de él, apretando mi pecho contra el suyo. Mis labios rozaron su boca, dejando un beso en la comisura.

Gimió, llevando una mano a mi cabello. Enhebró sus dedos en los mechones, y luego apretó su punzante agarre.

—Brooks —siseé, mi núcleo se tensó. Tirando de su agarre, fruncí los labios, tratando de alcanzar los suyos. Pero él me sujetó con fuerza, impidiendo que nuestras bocas se tocaran.

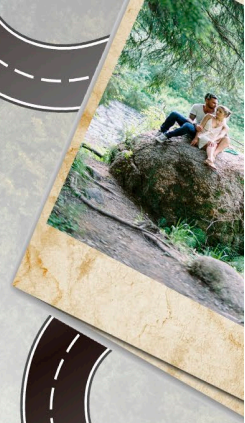
—Si me vuelves a besar, te follaré en esta roca.

Se me cortó la respiración.

—¿Y si quiero que me folles en esta roca?



Road



—No esta noche.

—¿Mañana? —Arqueeé una ceja.

Se rio.

—No.

—Pasado mañana.

—Tal vez.

—Puedo trabajar con un tal vez. —Sonreí y me empujé hacia arriba.

Respiré profundamente unas cuantas veces, orientándome hacia el mundo real y parpadeando para alejar la bruma de la lujuria. Cuando empecé a levantarme, la mano de Brooks me esperaba.

Me ayudó a bajar de la roca y luego caminamos por la hierba. Esta noche había seguido su ejemplo y no usé zapatos. La hierba era una alfombra gruesa y suave entre mis dedos. La última vez que recordaba haber caminado descalza por la hierba era de pequeña, cuando mi madre me había llevado a un parque en uno de sus raros días de sobriedad.

—¿Hasta mañana? —pregunté.

Asintió.

—Hasta mañana.

Me quedé quieta, preguntándome si me daría un beso de buenas noches. Nunca lo hizo. Cuando estábamos fuera de la roca, no había besos. La única excepción había sido aquel primer beso en el garaje.

¿Le ponía nervioso que alguien nos viera juntos? A menos que alguien nos estuviera buscando o hubiera estacionado en su entrada, estábamos bastante bien escondidos y en privado. La roca estaba lo suficientemente lejos del motel como para que ni siquiera un huésped que diera un paseo por la acera se diera cuenta.

Tal vez todavía estaba preocupado por Moira. Ya le había dicho que no tenía miedo de su ex esposa. Pero podía ver por qué quería protegerme de sus celos.

O tal vez no quería ser visto con una mujer cuya estancia en Summers era tan efímera como una estrella fugaz contra el cielo de medianoche.

—Gracias por la cena.

Inclinó su sombrero invisible.

—Buenas noches, Londyn.

Mis mejillas se sonrojaron. Me trataba como si fuera una reina. Thomas había intentado hacer lo mismo, colmándome de regalos y lujos. Pero Brooks era diferente. Lo único que me compró fue comida para



Runaway

85



DEVNEY PERRY

llevar. Pero esa inclinación del sombrero me hizo sentir respetada, incluso admirada.

Brooks permaneció donde lo había dejado mientras cruzaba el césped hacia el motel. Cada vez que miraba hacia atrás, estaba allí. Sus hombros se habían hundido. La sonrisa de su rostro había desaparecido. Permanecía de pie como una estatua hosca.

Viendo cómo me alejaba.

La inquietud me invadió a la mañana siguiente. Seguí mi rutina normal, preparándome para el día antes de ir a la oficina a tomar un café helado y cualquier pastelito que tuvieran para comprar. Hoy había panecillos de arándanos y me comí dos.

Los últimos días me había entretenido leyendo. Me dirigía a un parque situado a unas seis cuadras, me sentaba en un banco y desaparecía en un mundo de ficción. Meggie me había prestado su pila de thrillers viejos y ya había devorado dos. Eran la distracción perfecta para no mirar el reloj, contando los minutos que faltaban para cenar con Brooks.

Pero hoy, mientras miraba fijamente las palabras de la página color crema, no conseguía conectar ninguna de ellas. Después de leer el mismo párrafo tres veces, tiré el libro a un lado y me dejé caer en mi banco. Me quedé mirando el cielo azul sin concentrarme, igual que había hecho anoche con el techo después de dejar a Brooks en el césped.

La imagen de él de pie, estoicamente, mientras me alejaba, me había perseguido en el sueño.

Excepto que no estaba en un césped, sino en una acera. Y yo lo estaba mirando a través de mi espejo retrovisor.

Hace poco más de una semana, estaba más emocionada por este viaje a California que por cualquier otra cosa en años. La carretera me llenaba de energía. Había estado en paz conduciendo el Cadillac. Y había estado felizmente ansiosa ante la perspectiva de ver la cara de Karson después de todo este tiempo.

Todavía quería llegar a California, ¿no? Sí. Pero no con la misma desesperación que había tenido hace una semana. Estaba abrazando mis días aquí, sin retener nada.

Un pinchazo y Brooks Cohen habían frustrado mis planes. Sus largos y húmedos besos y las lentas caricias de su lengua habían tenido prioridad sobre mi viaje por carretera.

El sordo latido de mi centro palpitaba. Esta anticipación era una tortura. Una tortura deliciosa e insoportable. ¿Sería esta noche la noche? ¿Sería alguno de los dos capaz de detenerse en un beso? Mis dedos se agitaron en mi estómago. Mis pies golpeaban el banco.

Me senté y me puse las chanclas, esperando que el paseo de vuelta al motel bajo la sombra de los serenos árboles calmara algo de esta ansiedad.

No fue así. Todavía estaba nerviosa, rebosante de tensión sexual, cuando mi hogar temporal se hizo visible.

El estacionamiento del motel estaba más concurrido que antes. Dentro de la oficina, la mayoría de las sillas estaban ocupadas, el equipo local disfrutaba de su café de media mañana y de sus cotilleos.

El aire cálido y húmedo de la mañana me llenaba los pulmones. Más tarde rogaría por el aire acondicionado, pero no importaba el calor y la humedad que hiciera para la cena, no iba a perder el tiempo en esa roca con Brooks.

No había sido malo las últimas noches, pero estaba considerablemente más pegajoso que otras mañanas de esta semana. Meggie había mencionado algo sobre la llegada de una ola de calor. Si hacía mucho calor, tal vez Brooks me invitaría a su casa esta noche. O podría invitarlo a mi habitación para hacer un picnic en el motel.

Pensar en nosotros dos besándonos en una cama no ayudaba al dolor que de mi corazón.

—Londyn.

Esa voz fue un cubo de hielo arrojado sobre mi cabeza. Me giré lentamente en la acera y me encontré cara a cara con mi ex marido.

Maldita sea. Debería haber sabido que no dejaría que nuestra última llamada fuera el final.

Thomas se acercó desde un sedán negro con cristales tintados. Su cabello oscuro no se movía al caminar. Se lo había cortado a excepción de un elegante corte en la parte superior. Solo cuando estaba cerca podía distinguir las canas que le atravesaban las sienes.

—¿Qué haces aquí? —Me llevé las manos a las caderas—. ¿Y cómo me encontraste?

Frunció el ceño y me miró de arriba abajo. Llevaba un vaquero boyfriend, con los agujeros de las rodillas más grandes que una pelota de béisbol.

—Me alegra ver que estás bien.

Estaba más que bien. O lo había estado antes de que él apareciera.

—Respóndeme. ¿Cómo me encontraste y qué haces aquí?

Thomas entrecerró sus aburridos y traicioneros ojos marrones.

—Cuando no me devolviste las llamadas, me puse en contacto con Gemma.

—Sí, lo sé.

La boca de Thomas se afinó en una línea molesta.

—Encontraste tiempo para llamarla pero no pudiste hacerme saber que estabas viva.

—Ella es mi amiga. Tú no lo eres. —¿Qué demonios esperaba? Estábamos divorciados. Y no había manera de que me mantuviera en contacto para ver si Junior era niño o niña.

—Ella mencionó que no tomaste tu teléfono.

—Nop.

Se estremeció. Thomas odiaba la palabra *nop* y también *síp*. Cuando estábamos casados, yo utilizaba “sí” o “no” en lugar de sus equivalentes más informales para no irritarlo.

—Londyn, sé razonable. —Se pellizcó el puente de la nariz—. Necesitamos poder ponernos en contacto contigo.

—¿Para qué? Y todavía no has respondido a mi pregunta. ¿Cómo me encontraste? —Incluso Gemma no sabía que estaba en Virginia Occidental.

—No me dejaste otra opción.

Ah, sí. Esto fue mi culpa.

—Uh-huh.

—Contraté a un investigador privado.

Mi cuerpo se puso rígido y me enderecé. Thomas era alto, medía algo más de 1,80. Tenía unos centímetros más que yo y mucho volumen. Siempre se había mantenido en forma corriendo y levantando pesas en nuestro gimnasio de casa. Pero cuando me enderezaba, él volvía sobre sus talones.

—Eso es una invasión grosera de mi privacidad, Thomas. —Le clavé un dedo en el pecho.

—¿Qué se supone que debo hacer, Londyn? ¿Dejar que mi ex esposa conduzca a través del país?

—¡Sí! —Levanté las manos.

—Estoy intentando...

—¿Todo bien por aquí? —La profunda voz de Brooks se me metió en los huesos cuando se acercó a mi lado.

—Está bien. —Thomas le hizo un gesto a Brooks—. Estamos teniendo una conversación privada.

—¿Qué haces aquí? —Miré a Brooks. ¿No debería estar ya en el trabajo?

—Tuve una llamada de grúa a las seis de la mañana. Una vez que llevé el auto al taller, vine a casa para ducharme y tomar un café.

Los mechones de su cabello dorado estaban sueltos y húmedos. Mis dedos ansiaban sumergirse y enroscar un mechón alrededor de mi dedo.

—¿Se conocen? —Thomas entrecerró los ojos mientras miraba entre nosotros.

—Sí. —Sonreí mientras él se estremecía de nuevo.

—Toma. —Thomas hurgó en los bolsillos de su pantalón. Era de color azul marino y la costura estaba perfectamente arrugada en el centro. Probablemente había volado al aeropuerto y alquilado ese sedán esta mañana. De su bolsillo, sacó un teléfono.

Mi teléfono, para ser exactos.

—¿Cómo conseguiste eso? Se lo di a Gemma. —Y ella nunca se lo habría dado.

—Mi investigador privado me lo consiguió.

—¿Qué? —chillé—. Quieres decir que se robó.

Thomas se encogió de hombros, agitando el teléfono hacia mí.

—Necesito poder localizarte.

—¿Para qué? —Le arrebaté el teléfono de las manos e inmediatamente lo tiré a la acera. La pantalla ni siquiera se rompió. Maldita sea.

—Londyn, ¿qué demonios? —Thomas se agachó para agarrar el teléfono pero ya era demasiado tarde.

Levanté la rodilla y golpeé con el tacón el teléfono. La pantalla se rompió, pero no fue la destrucción total que buscaba. Así que lo intenté de nuevo, sin conseguir la destrucción total y ahora me dolía el talón. Las chanclas no eran precisamente prácticas para romper el teléfono.

—Grr. —volví a dar un pisotón, sin duda con la apariencia de una niña pequeña con una rabieta, solo para darle al borde del teléfono.

—Déjame. —Brooks tomó mi codo, haciéndome a un lado. Luego, con un solo paso, rompió mi teléfono en pedazos.

—¡Ja! —Me reí—. Gracias. Debería haber hecho eso en Boston.

—Cuando quieras. —Sonrió.

Thomas nos miró a los dos, con la boca abierta.



Road



—¿Hay algo más que necesites, Thomas? Imagino que Secretaria preferiría que volvieras corriendo a la ciudad. ¿Ella sabe que estás acechando a tu ex esposa? Oh, ¿y debería empezar a referirme a ella como madre del bebé ahora?

—Ella fue un error, Londyn. Yo cometí un error.

—Yo también —admití—. En algún momento, olvidé quién era.

—¿Y has recordado?

Había huido de casa para encontrar una vida mejor todos esos años. Ahora estaba haciendo lo mismo.

—No voy a volver a Boston, Thomas. Esa parte de mi vida ha terminado.

Me miró fijamente durante un largo momento. Su silencio creció y se prolongó hasta que el calor nos rodeó, haciéndolo incómodo. A mi lado, Brooks se quedó perfectamente quieto. La mayoría de los hombres me dejarían a solas con Thomas, sin querer entrometerse en una conversación personal.

No Brooks.

Estaba aquí como protector. El hombre que ya me había comprado un teléfono, no había robado el que había decidido dejar atrás. No me dejaba a solas con Thomas, quizá porque intuía que no quería que se fuera.

—No puedo hacerte cambiar de opinión —dijo Thomas.

Sacudí la cabeza.

—No.

Thomas estudió mi rostro, su mirada recorrió mi boca y mi nariz. Luego mi frente y mi mejilla. ¿Qué estaba haciendo? ¿Me estaba memorizando?

Tal vez finalmente entendió que este era el final.

—Adiós, Thomas.

—Si cambias de opinión...

—No lo haré.

Dejó caer la barbilla y luego levantó la vista con una mirada familiar y endurecida. Esa mirada astuta y calculadora que había visto tan a menudo en su oficina, estaba fijada firmemente en su lugar. Sin decir nada más, Thomas fulminó a Brooks con la mirada y se dirigió a su auto.

Contuve la respiración, esperando a que las luces traseras del vehículo parpadearan y se alejaran a toda velocidad de la acera. Entonces, cuando expulsé todo el aire de mis pulmones, el peso de nuestro divorcio se disipó.

Runaway

DEVNEY PERRY



Ya está hecho. Por fin estaba hecho.

Mi pie golpeó el teléfono roto contra el hormigón. Me agaché y recogí los pedazos destrozados.

—¿Así que ese es el ex? —preguntó Brooks.

—Ese es él.

—Empiezo a ver por qué has huido.

Sonreí.

—No encajábamos bien. Intenté encajar en su vida durante un tiempo, pero...

—Necesitas ser libre.

¿Cómo era posible que un hombre que conocía desde hacía una semana me conociera mejor que el hombre con el que había vivido durante años? Este hombre imponente y audaz me vio por lo que era, no por lo que había estado fingiendo ser.

Me había esforzado tanto por encajar en la vida de Thomas. Pero éramos de mundos diferentes. Thomas llevaba su riqueza como una segunda piel. Incluso hoy, vestido con pantalón y una camisa de vestir azul claro, desprendía un nivel de clase que llevaba en la sangre. Había ido a una escuela privada y su familia pasaba las navidades en Fiji. Su primer auto fue un Mercedes. Tenía dos aviones privados.

No quería encajar en ese mundo, en el que se esperaba que actuara y hablara de una determinada manera.

Necesitaba ser libre.

—Gracias. —Le sonreí a Brooks, admirando su rostro bien afeitado.

—¿Por qué?

—Por lograrlo. No muchos lo hacen.

La comisura de su boca se levantó.

—Eres única, Londyn McCormack. Nunca he conocido a otra persona como tú.

Thomas había dicho algo parecido cuando nos conocimos. Sin embargo, había tratado de cambiarme de todos modos. Y qué vergüenza, se lo había permitido. Pero no Brooks. Dijo esas palabras con tanto aprecio que me costó respirar.

—¿Sigue en pie lo de la cena? —preguntó.

Asentí, sin poder hablar.

Luego se inclinó y me besó la mejilla. Allí mismo, en la acera, a plena luz del día, con toda la congregación dentro de la oficina del motel como



Road



testigo. ¿Sabía que me sentía insegura? Lo más probable era que sí. Brooks parecía entenderme mejor que nadie, incluyendo a Karson.

Brooks me dejó en la acera, caminó hasta donde estaba estacionada su camioneta fuera de su garaje. Me quedé quieto, esta vez tuve que ver cómo se alejaba.

Mis hombros se desplomaron. Mi sonrisa cayó.

Y eso no me gustó.

DEVNEY PERRY

92



Runaway





Road

Capítulo Nueve

BROOKS

U tilicé el antebrazo para secarme el sudor de la frente y luego golpeé el capó de la camioneta que acababa de trabajar. Era la Chevy que había traído ayer por la mañana temprano. El propietario no había conseguido arrancarla. Cuando la llevé al taller, entendí por qué. La cosa no había sido afinada en años. El aceite estaba prácticamente enlodado y la batería corroída. El motor estaba en su última etapa.

El propietario era nuevo en Summers y se había mudado recientemente a la casa de la viuda Aster tras su fallecimiento en marzo. Me había dado el visto bueno para arreglarlo todo, así que después de conseguir piezas ayer y limpiar el taller, hoy había sido mi proyecto.

—La Chevy está hecha —le dije a Tony, limpiándome la frente de nuevo. El sudor no dejaba de gotear—. Puedes avisar para que la recoja.

—Lo haré, Brooks. —Tony desenroscó el tapón de una jarra de agua y se la llevó a los labios. La mayor parte del agua se le metió en la boca, pero un buen chorro le bajó por la barbilla hasta el mono.

No importaba la temperatura, Tony llevaba un mono de trabajo. Hoy, al menos, había dejado el café caliente por el agua fría.

—¿Qué más tenemos en la agenda del día? —preguntó Tony, limiándose el agua de la boca.

Suspiré y miré fijamente hacia la oficina.

—Tengo que dedicarle algunas horas al papeleo.

Llevaba una semana sin enviar las facturas y, aunque odiaba llevar la contabilidad, me gustaba cobrar. Normalmente, hacía la facturación por la noche. Me quedaba después de que la tienda cerrara. A menos que Wyatt tuviera una noche libre o queuviéramos la cena del lunes en casa de mamá y papá, me quedaba aquí hasta que mi estómago rugiente me obligaba a volver a casa.

93



DEVNEY PERRY

Runaway

Esas tres o cuatro noches a la semana me permitían seguir con el negocio. Pero con Londyn aquí, me había ido todas las noches de esta semana en cuanto el último auto salía del taller y estaba en la carretera con su dueño.

Anoche, incluso había cerrado temprano. Esperaba encontrar a Wyatt entre el entrenamiento de fútbol y el trabajo para poder hablarle de Londyn. Pero estaba con un amigo cuando llegué a casa, así que lo pospuse. En cuanto se fue a trabajar, me dirigí a la cafetería para comprar un par de hamburguesas con queso, y luego me reuní con Londyn en la roca.

Estaba preparado para que estuviera de mal humor debido a la visita de su ex. Pero había sido la misma de siempre cuando apareció. Hablamos de su vida durante la cena. Londyn se había convertido rápidamente en mi tema favorito. Le hice más preguntas sobre el viaje de California a Montana y a Boston, y sobre los lugares en los que se había detenido por el camino.

Cuando devoramos nuestras hamburguesas con queso, estábamos demasiado llenos para hacer otra cosa que tumbarnos en la roca y contemplar la puesta de sol con las manos enlazadas.

Por mucho que me hubiera gustado besarla durante una hora, mis labios estaban agrietados y mi control al borde. Una sola probada de ella y no habría tenido fuerzas para detenerme en un beso.

Me estaba matando enviarla al motel cada noche. Sola. Había vuelto a casa caminando rígidamente, con la polla tan hinchada y dolorida que me había obligado a tomar una miserable y larga ducha fría.

En este momento, una ducha fría sonaba muy bien. Me estaba derriendiendo, y el solo hecho de pensar en Londyn había avivado mi polla.

La última vez que había estado tan excitado por una mujer había sido... nunca. Ni siquiera de adolescente con Moira. Y ya estaba cansado de esperar. Había sido paciente, pero un hombre no podía aguantar más.

Miré el reloj. Era casi mediodía. Tony había llegado temprano esta mañana, alrededor de las seis según su tarjeta de fichaje. Yo había llegado poco después de las ocho, luego de haber estado en la casa esta mañana para asegurarme de que Wyatt había desayunado antes de irse a entrenar.

Él era un zombi por las mañanas. Durante el año escolar, tanto Moira como yo nos asegurábamos de que saliera de la cama, porque podía dormir hasta con diez alarmas. Esperaba que hoy fuera la excepción a su rutina normal de adormecimiento para poder hablarle de Londyn. Pero casi se había quedado dormido en el desayuno.

Había mantenido una conversación ligera, hablando de fútbol y de sus planes para un viernes por la noche de verano. Se había despertado lo suficiente como para preguntar si podía llevar a una chica al cine. Acepté siempre y cuando me prometiera que mañana pasaría un tiempo necesario con su padre en el bote.

—Estoy listo para el fin de semana —le dije a Tony.

—Yo también. ¿Tienes planes? —Levantó una ceja, sin duda preguntándose si tenía planes con Londyn. Aunque no había preguntado abiertamente por ella, no era un secreto que había cenado con ella todas las noches de esta semana.

Meggie lo sabía. Entonces, Sally lo sabía. Por lo tanto, Tony y todo el pueblo lo sabían.

—Wyatt y yo probablemente sacaremos el barco.

—Buen plan. —Se abanicó la cara—. Este calor sí que ha llegado rápido.

Eso no era una broma. Otra razón por la que todo lo que Londyn había conseguido anoche era un casto beso de buenas noches. Hacía demasiado calor para excitarse.

Lo peor del calor de verano había llegado a Summers y se mantendría hasta septiembre. Los días serían pegajosos, las noches húmedas y pesadas. Necesitaba encontrar tiempo para hablarle a Wyatt de Londyn y rápido, porque la roca no iba a volver a ser agradable hasta el otoño. Mi porche trasero era mucho más cómodo, al igual que mi cama.

—¿Tony? —Miré alrededor del taller vacío. Habíamos terminado con los trabajos del día—. Creo que voy a pasar el resto del día en mi despacho. Deberías tomarte la tarde libre.

—¿Sí? —Agarró la botella de agua del banco de herramientas—. Creo que te tomaré la palabra.

—Bien. Que tengas un buen fin de semana —saludé mientras se dirigía a la puerta.

—Tú también, Brooks.

Me retiré al despacho, me hundí en la silla y disfruté del aire ligeramente más fresco. La rejilla de ventilación del techo me daba aire en la cara.

Cerré los ojos, dándome diez minutos para calmarme y reunir el coraje para abrir el portátil. Pero no tuve diez minutos. Solo tuve tres antes de que se oyera un golpe en la puerta. Mis ojos se abrieron y me encontré con una hermosa vista.

Londyn estaba apoyada en el marco de la puerta con una sonrisa. Un pantalón corto de mezclilla dejaba la mayor parte de sus piernas al

descubierto. Su camiseta verde de tirantes se hundía peligrosamente en una bola alrededor del cuello, y el color resaltaba los verdes más oscuros de sus ojos.

—¿Interrumpí la hora de la siesta?

Le hice un gesto para que entrara y se dirigiera a la silla de la esquina.

—Es el calor. Necesitaba un respiro.

—En serio. —Se abanicó la cara—. Alguien subió el dial porque esto es insoportable.

—¿A qué debo el placer?

Se relajó más en la silla.

—Estoy aburrida. Hace demasiado calor para pasear por la ciudad y no podía quedarme más tiempo en mi habitación de motel.

Londyn se estaba poniendo inquieta. Pronto se iría.

—Hoy me llamaron del otro taller. Empezarán con tu auto el lunes a primera hora. Debería estar terminado para el viernes a más tardar.

—Una semana. —Suspiró.

—¿Es demasiado tiempo? Puedo preguntarles si pueden apresurarse. —Quizás si se lo pido a Mack, esté dispuesto a trabajar el fin de semana por un dinero extra.

—No. —Jugó con el dobladillo deshilachado de sus pantalón corto—. Estaba pensando que era demasiado pronto.

—Es demasiado pronto. —Sonreí. Si no tuviera prisa, quizá podría convencerla de que se quedara también el próximo fin de semana.

—¿Te importa si me quedo aquí un rato? —preguntó—. Prometo hacerte un montón de preguntas y distraerte para que no hagas ningún trabajo.

—Bueno, cuando lo pones así...

—Estoy bromeando. Dame diez minutos para refrescarme y luego te dejaré de molestar.

—No. Quédate todo el tiempo que quieras. Nada de lo que tenía que hacer hoy era urgente. —Todo podía esperar hasta el fin de semana. O la semana que viene. O la semana siguiente. Probablemente querría el trabajo extra después de que Londyn dejara la ciudad de todos modos. Sería una buena distracción.

Se hundió aún más, apoyando la cabeza en el respaldo del sillón de cuero.

—¿Qué hace un mecánico sexy en una calurosa tarde de viernes en Virginia Occidental?

—¿Sexy? —Levanté una ceja.

—Definitivamente sexy.

Me reí.

—Bueno, si ese mecánico tiene una pila de facturas que pagar y que enviar, se la pasa en la oficina. Si no tiene ganas de trabajar y no tiene un auto que arreglar, está en el lago en su bote.

Londyn se incorporó.

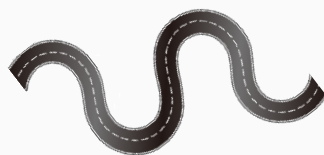
—¿Tienes un bote?

—Sí.

—Hmm. Interesante. —Se dio un golpecito en la barbilla—. Resulta que me gustan los botes.

A la mierda la oficina. Me levanté de la silla y tomé las llaves de mi camioneta del gancho junto a la puerta.

—Salgamos de aquí.



—Podría haber insistido en cenar aquí si lo hubiera sabido. —Londyn se quedó en el extremo de mi muelle, mirando mi barco—. ¿Qué más me estás ocultando?

Le tendí la mano para ayudarla a subir.

—No mucho.

Solo mi hijo adolescente.

Sonrió, con los ojos ocultos tras unas gafas de sol oscuras, mientras tomaba asiento en la silla del copiloto. No se había cambiado desde la oficina. Habíamos venido juntos en auto y, mientras yo entraba en mi casa para cambiar mi vaquero y botas por un pantalón corto y chancas, ella se paseaba por la parte trasera de la casa y encontró el muelle.

—Este es un buen lugar. —Miró de nuevo hacia la casa.

—No fue fácil de conseguir, pero tuve suerte. Mi padre trabajó con el anterior propietario. Era médico en el hospital con él. Ella y su marido se retiraron a Florida. Papá sabía que yo estaba buscando y me dio el dato.

Las casas frente al lago con un muelle privado no aparecen en el mercado en Summers a menudo. Esta ni siquiera había sido listada. Habíamos acordado un precio, y cuando se mudaron y yo me mudé, fue el tema de conversación de la ciudad durante semanas.

A algunos no les gustó que se les quitara la oportunidad de ofertar. Si supieran cuánto había pagado, no se quejarían. Mi oferta había sido el triple de lo que costaría una casa como ésta en la ciudad. Pero la ubicación había valido la pena para pedirle un préstamo a mis padres.

—¿Lista? —pregunté y Londyn asintió.

Puse en marcha el barco, el estruendo que irradiaba el motor atravesó el suelo. Luego salí del muelle, apuntando la proa hacia el centro del lago. Cuando nos alejamos, aceleré.

La sonrisa de Londyn se amplió, sus ojos apuntaron a la orilla detrás de nosotros mientras volábamos. Señaló la roca cuando la vio y se rio.

Desde la roca, la orilla del lago sobresalía unos diez metros, ocultando el muelle de la vista. Pero aquí, en medio del lago, se podía ver cómo cada referencia marcaba el límite de mi propiedad entre mi vecino por un lado y el motel por el otro.

—¡Esto se siente bien! —gritó Londyn por encima de las revoluciones del motor y del golpeteo del agua contra el casco.

El aire corrió a nuestro alrededor, creando la brisa que nos faltaba. Su cabello voló por detrás y alrededor de su cara mientras giraba hacia delante, observando por dónde iba.

Dimos una larga vuelta al lago. Hoy había algunas otras embarcaciones en el agua, todas ellas pescadoras que se movían por las orillas a baja velocidad, y las saludamos al pasar. Mañana el lago estará lleno, todo el mundo saldrá a disfrutar del fin de semana y a combatir el calor.

Nos llevé al centro del lago, a un lugar donde tendríamos algo de intimidad, y apagué el barco. Nadie nos molestaría aquí. Los pescadores trabajaban en las orillas donde los lucios y percas buscaban comida.

—Gracias por esto. —Londyn deslizó sus gafas de sol en ese largo cabello rubio, revelando esos brillantes ojos color jade.

Se me secó la boca.

—Agua. ¿Necesitas una botella? —Seguro que sí. Tenía la cabeza mareada y el corazón me latía con *fuerza*. El calor me estaba afectando de nuevo, me estaba quemando por dentro.

—Estaba pensando en ir a nadar.

Pum.

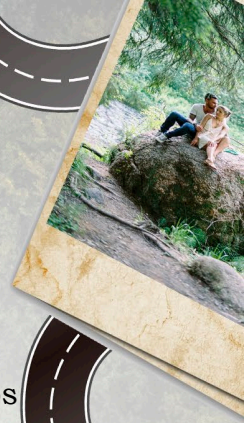
—No pensé que tuvieras un traje de baño.

No tenía hilo en la nuca. No había ido al motel a cambiarse después de ir a la oficina.

—¿Necesito uno?



Road



Pum.

—Uh, no.

Me dedicó una sonrisa socarrona, una que decía que iba diez pasos por delante y que sería mejor que la alcanzara rápido. Su camiseta de tirantes desapareció en un instante, dejando solo la piel y el encaje negro que cubría unos pechos perfectos. Londyn me miró mientras sus dedos recorrían la línea plana de su estómago hasta la cintura de su pantalón corto.

Aquellos dedos delgados y ágiles abrieron el botón. La cremallera hizo clic, una muesca a la vez, hasta que sus manos se deslizaron hacia sus caderas para empujar el pantalón por las piernas. Se contoneó, con un suave balanceo, hasta que todo lo que quedaba era encaje negro.

—¿Vas a nadar conmigo? —Se quitó las chanclas, se dirigió a la parte trasera de la embarcación, subió al asiento del banco y luego a la cubierta trasera. Los dedos de sus pies se movieron hacia delante hasta agarrarse al borde, listos para lanzarla al agua.

Conseguí asentir.

Luego se fue, se tiró elegantemente, como la propia mujer. La impresionante mujer que había entrado en mi vida y capturado mi atención como ninguna otra.

Pum.

Mi mano se apretó contra mi corazón. Lo estaba robando, poco a poco.

—¿Vas a entrar? —gritó desde el agua tras aparecer a unos seis metros—. ¿O te da miedo que una mujer nade en ropa interior?

—Astuta. —Sonreí y me llevé la mano a la nuca para quitarme la camiseta. Mis chanclas seguían debajo del volante, donde las había pateado durante el viaje. Tres largas zancadas y me tiré.

Al salir a la superficie junto a ella, me quité el cabello de la cara.

—¿Qué fue eso de tu ropa interior?

Londyn sonrió y sus manos se acercaron a mis hombros. Sus piernas se enredaron con las mías en el agua fría mientras movíamos las piernas para mantenernos a flote.

Le rodeé la cintura con un brazo y apreté sus caderas contra los bordes de mi estómago. Con la otra mano, le agarré el culo, apretando el encaje húmedo en mi palma. Jadeó cuando presioné mi erección contra el interior de su muslo.

—Me estás volviendo loco, cariño.

Se inclinó, con sus labios a un suspiro de los míos.

—Si me besas hoy, será mejor que no pares.

99



DEVNEY PERRY



Runaway

No habría que parar, hoy no. Había amenazado con follarla en esa roca, pero el barco funcionaría bien en su lugar.

Mis labios chocaron con los suyos, el dulce sabor de su boca me consumió mientras mi lengua se sumergía en su interior. La acerqué con un brazo, sujetándola con fuerza mientras saqueaba su boca, y mi otra mano se estiró hacia el bote, utilizándolo para mantener el equilibrio mientras mis piernas nos impulsaban.

—Brooks —jadeó mi nombre, separando sus labios cuando llegamos a la plataforma del barco.

—Sube. —Puse mis manos en sus caderas, izándola fuera del agua. Las gotas cayeron de su piel bronceada, y sobre mí mientras ponía las manos en la plataforma y me empujaba fuera del agua. En el momento en que mis pies estaban firmes, ella estaba en mis brazos, nuestros cuerpos chocando y nuestras bocas fundiéndose.

Nos movimos a tuestas por la parte trasera del barco, resbalando y deslizándonos mientras íbamos al pasillo central. Agarré una toalla del montón que había traído y la sacudí para estirla con una mano. Aparté los labios, haciendo que Londyn gimiera mientras dejaba la toalla sobre la moqueta húmeda.

La tomé de la mano y la puse de rodillas a mi lado. Luego la envolví en mis brazos y la llevé al suelo, quedándome encima de ella.

—¿Está bien?

Asintió, rodeando mi cuello con una mano y tirando de mí hacia abajo.

No hubo nada lánguido o lento en nuestro siguiente beso. Este no era un beso para explorar o aprender el uno del otro. Este beso era el preludio. Este beso era el último de una larga serie de besos que nos habían llevado hasta aquí, hasta mi pecho desnudo contra su piel suave.

Mi mano se interpuso entre nosotros, y toqué su pecho. Tiré de la copa de su sujetador bajo la curva para liberar su pezón. Retorcí el duro pezón en mi mano mientras su espalda se arqueaba sobre la toalla.

La necesitaba en mi boca. Necesitaba probar cada centímetro de esta increíble mujer. Aparté mis labios, y bajé caer para chupar su piel.

—Mierda —siseó, sus dedos se hundieron en los húmedos mechones de mi cabello mientras yo hacía rodar su pezón alrededor de mi lengua. Tenía los párpados cerrados y la boca húmeda y abierta mientras respiraba.

Era la imagen del éxtasis y aún no habíamos llegado a las partes buenas.

Sonreí y le di un pellizco juguetón en el pezón antes de inclinarme y quitarle los tirantes del sujetador de los hombros. El sujetador se cerraba

en la espalda, así que ella se levantó y estiró los brazos hacia atrás para desabrochar el cierre.

—¿Condón? —Su pecho se agitó—. Por favor, dime que tienes un condón en este barco.

—Sí. —Abrí el compartimento bajo el volante y recuperé mi cartera. Había metido un condón allí a principios de semana, por si perdía el control.

Con el paquete de papel de aluminio en la mano, tiré la cartera a un lado y rasgué la braga de Londyn. El encaje se rompió cuando tiré con fuerza, y el trozo de tela fue lanzado sin cuidado a un lado.

Londyn se relajó sobre los codos, con los ojos entrecerrados mientras ensanchaba las piernas.

Mi mano se dirigió a mi corazón una vez más.

—Eres... —Mi corazón dio otro *golpe*—. Hermosa.

Esa no era la palabra adecuada, pero mientras una sonrisa se extendía por su rostro, perdí la capacidad de pensar.

Sus ojos se dirigieron a mi pantalón corto.

—¿Vas a quitártelo? ¿O quieres que te ayude?

—No. Te. Muevas.

Me puse de pie y quité el pantalón mojado. Mi erección se agitó, palpitando con fuerza mientras ella se abría aún más. Me coloqué el condón, envolviéndome, y cuando lo tuve puesto, mis ojos se dirigieron a su coño desnudo y resbaladizo.

Joder. No iba a durar. Mi resistencia era una mierda y ella se merecía algo más que quince minutos.

—Brooks. —Se retorció—. Si vienes aquí...

Me lancé sobre ella, sin dejar que mis inseguridades me ganaran. Golpeé mi boca contra la suya; al diablo con el control. Hoy nos rascaríamos la picazón. Esta noche, la siguiente y la siguiente, adoraría su cuerpo hasta que se deshiciera, una y otra vez.

Agarré mi polla, froté la punta a través de sus pliegues. El estremecimiento que la recorrió vibró contra mi piel y se arqueó, moviendo las caderas en busca de más. Me coloqué en la entrada, haciendo una pausa y respirando largamente para controlarme. Luego me introduje un centímetro, con el cuerpo de Londyn tan tenso y caliente que cerré los ojos.

—Oh, Dios —gimió. Sus manos subieron a mi pecho y sus uñas se clavaron en mis pectorales.

Mis caderas empujaron más profundamente, el pulso de sus músculos internos apretando con fuerza. Dejé que se ajustara a mi alrededor y me impulsé. Entré lenta y deliberadamente hasta que la base de mi polla se arraigó en su carne.

—Mierda, te sientes tan bien. —Dejé caer mi frente sobre la suya, dándome otro momento.

—Estoy... —Su respiración se agitó mientras sus caderas se movían—. Más.

Obedecí, entrando y saliendo. El ritmo empezó siendo lento, pero aumentó rápidamente hasta que cada vez que penetraba, nuestros cuerpos chocaban y sus pechos se agitaban. Me mantuve encima de ella, con el estómago tenso, mientras usaba cada gramo de fuerza para mantener a raya la explosión.

Mi mano se deslizó entre nosotros y mi dedo encontró su clitoris. En el momento en que lo toqué, estuvo a punto correrse.

—Brooks. —Jadeó. Bastó un roce más para que todo su cuerpo se estremeciera y se deshiciera. Se retorció, aguantando el orgasmo con una serie de gemidos y respiraciones que eran el cielo en mis oídos.

Se apretó a mi alrededor, y la presión en la base de mi columna fue demasiado para detenerme. Me corrí junto con ella, con su nombre en los labios.

Cuando me recuperé y los puntos blancos de mi visión se despejaron, me deslicé y tiré el condón en una bolsa que había traído para la basura. Mi cuerpo estaba húmedo por el sudor y el agua del lago.

Apenas había espacio suficiente para acostarme a su lado, pero ambos nos pusimos de lado mientras ella me dejaba pasar mi brazo por detrás de su cabeza.

Le besé la sien y el cabello mojado.

—Demonios, cariño.

—Eso fue... —Tragó saliva—. Vaya.

—¿Estás cómoda?

Se acurrucó en mi pecho desnudo y asintió.

Nos quedamos tumbados, acalorados, sudorosos y desnudos, protegidos del sol, mientras miramos el cielo azul abierto. El barco nos balanceaba de un lado a otro. El agua se deslizaba por sus costados.

Una semana. Tenía una semana con esta mujer, tal vez nueve o diez días. Luego la dejaría ir, sabiendo ya que verla alejarse me iba a matar.



Road

Capítulo Diez

LONDYN

En cuanto sonó la llamada, salté de la cama y me precipité hacia el pomo. No me molesté en comprobar la mirilla: Brooks llamaba a la puerta con los mismos tres breves toques cada noche.

—Hola. —Brooks sonrió mientras abría la puerta de un tirón.

—Hola. —Agarré su camiseta y lo arrastré dentro.

Su boca descendió sobre la mía mientras cerraba la puerta de una patada. Éramos un amasijo de manos y labios mientras me acompañaba de espaldas a la cama y me levantaba por las costillas para tumbarme en el colchón.

—¿Por qué tardaste tanto? —Suspiré mientras me besaba por el cuello.

Se apartó para mirar el reloj de la mesita de noche, con el ceño fruncido.

—Llego dos minutos tarde.

—Exactamente. —Tiré del dobladillo de su camisa, subiéndoselo por la espalda—. He estado esperando una eternidad.

Puso los ojos en blanco mientras se quitaba la camisa.

—Podrías habernos ahorrado algo de tiempo y responder la puerta desnuda.

Me reí.

—Mañana.

—¿Lo prometes?

Asentí y busqué entre nosotros el botón de su vaquero.

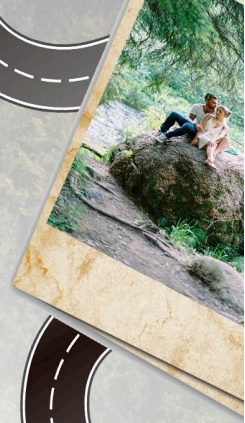
103



DEVNEY PERRY



Runaway



Esta era la tercera noche de nuestras citas en la habitación del motel, y el baile para quitar la ropa del otro nos llevaba menos tiempo cada noche. La práctica hace el progreso.

No había pasado el día con Brooks desde nuestro paseo en barco del viernes. Había estado ocupado todo el fin de semana y no había podido pasar tiempo conmigo durante el día.

Había hecho todo lo posible por no espiarlo. La ventana de mi habitación daba a la parte trasera del motel, hacia el lago y no a su patio. Pero había salido de mi habitación y había caminado un poco. Todas las veces, su camioneta no estaba en la entrada de su casa. Bueno, había espiado.

Pero cada noche venía a mi habitación y se quedaba cinco o seis horas, lo suficiente como para que yo estuviera agotada cuando se marchaba a casa en la oscuridad. Cenar y besarse en la roca había sido sustituido por sexo caliente, salvaje y sudoroso. Un intercambio justo.

Bajé la cremallera de Brooks y rodeé su polla con la mano.

Me mordió el labio mientras lo apretaba.

—Mujer traviesa.

Ese mordisco fue solo el principio. Nos burlamos y atormentamos el uno al otro hasta que me retorcí y grité, inmovilizada en la cama con las manos por encima de la cabeza y su cuerpo llevándome al límite.

Después de separarnos, se tumbó a mi lado, con ese glorioso y amplio pecho agitado. Deslicé mis dedos entre el vello oscuro que lo cubría y apoyé la palma de la mano sobre su duro pezón.

—No debería haber hecho ejercicio hoy —dijo.

Me puse de lado, apoyando la cabeza en un codo.

—¿Hiciste ejercicio?

Asintió.

—Salí a correr esta mañana antes de ir al taller.

—¿Con este calor? —Ni que me paguen lo haría. Debería haber venido aquí en su lugar; lo habría hecho entrenar—. ¿Siempre corres?

—Espera. —Se agachó y se levantó de la cama, dándome un momento para apreciar su firme trasero y su espalda mientras se dirigía al baño. No tardó en tirar el condón y volver a la cama, con la vista de la parte delantera tan hermosa como la trasera.

Igualeó mi posición, tumbándose de lado para mirarme, y movió la sábana sobre nuestras piernas y caderas.

—Tengo que decirte algo.

Mi cuerpo se tensó. La última vez que había oído esas palabras, Gemma me había informado de que Secretaria estaba embarazada.

—No es malo. —Sonrió, usando su mano libre para frotar la arruga entre mis cejas.

—De acuerdo. —Me relajé un poco.

—La razón por la que salí a correr esta mañana fue porque mi hijo me pidió que lo acompañara.

—¿Tu hijo? —Parpadeé, repitiendo la palabra—. ¿Tienes un hijo?

Brooks asintió.

—Tengo un hijo. Tiene dieciséis años. Comparte el tiempo entre mi casa y la de Moira. La semana pasada estuvo con ella. Esta semana, está conmigo.

—Ah. —Eso explicaba por qué había estado ausente todo el fin de semana. Me dolía que en todas nuestras conversaciones, no me hubiera enterado de su hijo—. ¿Por qué no me hablaste de él?

—No fue porque intentara ocultarlo. —Brooks tomó mi mano y entrelazó nuestros dedos—. No quería que supieras de él y que él no supiera de ti, si eso tiene sentido.

—Lo hace. Lo pones en primer lugar. —Era un concepto extraño para mis propios padres. ¿Alguien en mi vida me había puesto primero? No podía pensar en una sola persona, ni siquiera en Thomas. Solo si le servía a él, me había hecho una prioridad.

El hecho de que Brooks pusiera a su hijo por encima de cualquier otra persona me hizo quererlo aún más.

Un padre soltero. Un *buen padre soltero*. Este hombre seguía mejorando.

—¿Cómo se llama? —pregunté.

—Wyatt.

—¿El repartidor de comida tailandesa?

Brooks se rio.

—Sí. En realidad hace entregas para varios restaurantes, no solo el tailandés.

—Oh. ¿Es ahí donde está esta noche?

—No, está en casa. Tenemos una cita permanente para cenar con mis padres los lunes por la noche. La semana pasada, me excusé para quedar contigo en la cafetería. Pero Wyatt y yo fuimos esta noche. Luego volvimos a casa. Está en la casa, enviando mensajes a una chica.

—Y tú viniste a mí.

Me acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja.

—Vine a ti.

Ahora lo veía, el parecido entre padre e hijo. Cuando Wyatt había estado en el vestíbulo del motel, no lo había relacionado porque, bueno... ¿por qué iba a hacerlo? Pero ahora que podía emparejarlos, vi cómo Wyatt tenía la nariz de Brooks y la promesa de la misma complexión fuerte.

—¿Sabe de mí?

Brooks asintió.

—Sí.

No necesitaba preguntar qué opinaba Wyatt de que Brooks viera a una mujer viviendo en el motel. Si su hijo tuviera algún problema conmigo, Brooks ya se habría ignorado.

—¿Cuándo se lo dijiste? —pregunté.

—Este fin de semana. Le dije que estaba enamorado de una de mis clientes.

—¿Enamorado?

—Completamente. —Rodó por la distancia que nos separaba, su pecho desnudo presionando el mío contra la cama—. Siento no haberte hablado antes de él.

El tiempo parecía haberse ralentizado en Summers. Parecía que Brooks y yo llevábamos mucho tiempo juntos, cuando en realidad habían pasado menos de dos semanas. Estando en su lugar, yo tampoco habría metido a Wyatt en la conversación antes de tiempo. Brooks, el protector, había esperado hasta que fuera el momento adecuado para compartirlo.

Una descarga de orgullo golpeó mi corazón. Brooks había considerado que valía la pena compartirlo. Podía haber guardado silencio. Pronto me habría ido. Pero me había compartido con su hijo.

—Entiendo.

—¿Lo entiendes?

Asentí, estudiando la suave piel de su mejilla. Debía de haberse afeitado antes de cenar con sus padres. Pasé los nudillos por su mandíbula hasta la sien. No había canas en su cabello rubio oscuro.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y tres.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Y tienes un hijo de dieciséis años?

—Sí. Wyatt nació cuando tenía diecisiete.

—Vaya.

Me había convertido en un padre para mí a los dieciséis años. Él se había convertido en padre de verdad a los diecisiete. No había duda de que su juventud había sido más dura. También tenía sentido por qué conectábamos tan bien cuando otros hombres cercanos a mi edad a menudo parecían tan inmaduros.

Las circunstancias nos habían obligado a ambos a crecer rápidamente.

—También tuviste una juventud corta.

Estudió mi rostro, sus ojos se suavizaron.

—Sí. Pero no me arrepiento ni un minuto. Las cosas fueron difíciles durante unos años, pero tuve ayuda. Tuve más apoyo que tú, eso seguro. Mis padres. Los de Moira también.

Moira era la madre de Wyatt. ¿Era por eso que había actuado contra mi auto? ¿Porque me veía como una amenaza no solo para su ex marido, sino también para el padre de su hijo?

—¿Cuándo te casaste?

—En cuanto cumplimos los dieciocho años. —Brooks dejó caer su cabeza sobre la cama, tumbándose cerca para que pudiéramos mirarnos. Entre nosotros, mantuvo su agarre en mi mano—. Moira y yo lo intentamos, por Wyatt. Pero se hizo demasiado duro, y no quería que mi hijo creciera pensando que eso era lo que debía ser un matrimonio. No nos reíamos. No nos hablábamos. Simplemente... existíamos.

Eso me resultaba familiar.

—¿Cuánto tiempo hace que te divorciaste?

—Diez años. ¿Y tú?

Dudé. Parecía más tiempo, pero en realidad solo habían pasado seis meses desde que encontré a Thomas con Secretaria.

—Oficialmente, tres semanas.

—Oh. —La mirada de Brooks bajó a la almohada, su agarre en mi mano se aflojó—. Tres semanas. Eso es... tres semanas.

No era mucho tiempo, a menos que conociera mi corazón. Entonces sabría que esas tres semanas fueron más que suficientes para decir adiós a mi matrimonio. En el momento en que había encontrado a Thomas con su polla dentro de una secretaria gimiendo, me había desenamorado de él. Había tenido meses durante el proceso de divorcio y el acuerdo para hacer las paces con el final.

Había cambiado mi apellido. Había dispuesto dejar el hogar que compartíamos. Huir no había sido nada difícil.

Brooks se pasó la mano libre por la mandíbula.

—Esto es probablemente una semana demasiado tarde, pero ¿esto es por despecho? ¿O un paso que tienes que dar para superar a tu ex?

—Nunca. —Me moví para encontrarme con sus ojos—. No eres eso.

—¿Estás segura?

Acaricié su mejilla.

—No estoy pasando tiempo contigo, ni teniendo sexo contigo, porque estoy aquí para demostrarle a mi ex marido que lo he superado. No me acuesto contigo porque tenga que demostrarme que lo he superado. Me acuesto contigo porque besas de maravilla, tus manos se sienten como un sueño en mi cuerpo y, por si no te has dado cuenta, yo también estoy enamorada de ti.

Brooks sonrió, el alivio nos invadió a ambos.

—Cuéntame algo más sobre ti.

—¿Cómo qué?

—No sé. Lo que sea.

Me dejé caer a su lado, estirando una pierna sobre la suya mientras me acurrucaba en su pecho. Su brazo me rodeó los hombros para atraparme.

Si esta noche se parecía a la anterior, nos quedaríamos aquí hablando un rato antes de que uno de los dos hiciera algo. No hacía falta mucho para encender el calor a fuego lento: un toque en mi pecho, un roce en su muslo, un susurro en mi oído. Pero primero, hablábamos.

El juego de preguntas que habíamos iniciado en la roca había sido concebido como una vía de doble sentido. Excepto que cada noche, me encontraba hablando más de mí que Brooks de sí mismo. ¿Era porque había estado tratando de evitar que Wyatt entrara en la mezcla? ¿O yo me había apoderado de nuestras conversaciones, manteniendo involuntariamente el foco en mí?

Iba a dejar atrás tantas historias pero solo me llevaría algunas de las tuyas en mi viaje.

—¿Por qué siempre hablamos de mí? —pregunté.

—Porque quiero aprenderlo todo y se me acaba el tiempo.

Nos quedábamos sin tiempo.

—¿Mi auto sigue en camino de estar terminado el viernes?

—Que yo sepa.

Aunque me quedara el fin de semana, la semana que viene a estas alturas ya me habría ido.

Quizás era más fácil seguir hablando de mí. Cuanto más aprendía sobre Brooks, más difícil era imaginarme dejándolo atrás. Había sabido todo lo que había que saber sobre Thomas, y no había pensado dos veces en huir de Boston.

Mi estómago se apretó, la ansiedad de ese día crecía. Alejarme de Summers sería cien veces más difícil que dejar Boston. Necesario, pero agonizante.

—Dijiste que el auto iba a ser para alguien en California. ¿Quién? —preguntó.

—Él es Karson.

—¿Él?

Me gustó la insinuación de celos en su voz, aunque no había ninguna razón para estar celoso. Karson era solo un buen recuerdo.

—Karson también se escapó de su casa. Vivía en el depósito de chatarra; en realidad, fue él quien lo descubrió en primer lugar.

Karson había estado vagando por Temecula, buscando un banco o algún lugar para dormir una noche. Al no encontrar nada de su agrado, siguió caminando hasta que vio una hoguera.

El anciano que gestionaba el depósito había estado quemando algunos restos de madera en un barril. La luz había llamado la atención de Karson y se había colado en él, durmiendo bajo las estrellas en un asiento que antes había estado en una camioneta.

—Había estado viviendo allí durante un mes antes de que el dueño del depósito saliera por fin una noche con una manta. Lou Miley era su nombre, el dueño del lugar.

Pronunciar su nombre me hizo sonreír. La última vez que había hablado con Lou había sido cuando lo llamé para comprar el Cadillac. Había sonado igual que siempre. Gruñón y malhumorado. Hablaba con gruñidos siempre que podía. Lou era un alma infeliz por naturaleza, molesto con el mundo convencional. Pero para nosotros, los niños, había abierto su corazón. Había sido nuestro héroe.

Lou se había ido. Tres meses después de haber comprado el Cadillac, Gemma había recibido la noticia de que había muerto mientras dormía. Lou no había socializado mucho, pero sabía de seis personas que habrían llorado su muerte, incluida yo.

—¿Cómo conociste a Karson?

—Por Gemma —dije—. Vivían en el mismo parque de remolques. Cuando él dejó de ir a casa después de la escuela, ella supo que se había ido. Entonces, cuando huyó, preguntó por ahí hasta que lo encontró. Él



Road



le hizo un lugar en el depósito. Luego me encontró un mes después y dos se convirtieron en tres.

Había estado buscando comida en la basura detrás de un restaurante. Me quitó un sándwich de la mano, puso los ojos en blanco y me ordenó que la siguiera. Me llevó al depósito, compartió parte de su comida y me presentó a Karson.

—Tres. —Brooks tamborileó el número en la parte baja de mi espalda—. Creí que habías dicho que eran seis niños.

—Solo fuimos nosotros tres durante dos meses. Luego llegó Katherine. Conoció a Karson en el lavadero de autos donde él trabajaba. Luego vinieron Aria y Clara. Esas dos fueron mis reclutas.

Sonaba extraño decir reclutas. La mayoría de los padres frunciría el ceño ante la idea de que un niño convenciera a otro para que se escapara de casa. Pero el hogar no siempre era un término cariñoso. A veces el hogar significaba dolor y miedo. El hogar era aquello de lo que buscábamos escapar.

—¿Dónde las encontraste? —preguntó Brooks. No había juicio en su voz. La conmoción por la historia de mi vida se había desvanecido desde nuestra primera noche juntos. En cambio, se había vuelto más curioso. Había aceptado que huir había sido la mejor de una larga lista de opciones de mierda.

También lo había sido para Aria y Clara.

—Me encontraron. Vivían a dos remolques de mis padres con su tío. Cuando tenían diez años, sus padres murieron en un accidente. El tío no estaba bien. ¿Sabes cómo puedes ver a alguien desde la distancia y sentir ese escalofrío en la columna? Ese era él. Aria y Clara no me contaron mucho sobre por qué se fueron, pero no era necesario. Un día entraron en el depósito y nunca miraron atrás.

Todavía podía imaginarme a las gemelas entrando de la mano como si fueran las dueñas del lugar. Se habían enterado por unos chicos de la pizzería en la que yo trabajaba, de que era el lugar en el que yo *pasaba el rato*.

No le decíamos a la gente, ni siquiera a otros niños, que vivíamos allí por miedo a que la policía apareciera y nos llevara a casa.

—Así que Karson está en California...

—Tal vez —dije—. En realidad no sé si Karson sigue allí. A Gemma le dijeron hace un par de años que aún vivía en Temecula, estuvo en el funeral de Lou, pero puede que se haya mudado desde entonces.

—Por eso vas allí primero. Para ver si está ahí.



DEVNEY PERRY



Runaway



Road



—Sí. Tal vez las otras también, no lo sé. Katherine podría estar en Montana donde Gemma y yo la dejamos. Aria y Clara eran un año más jóvenes que yo y se quedaron en el depósito cuando nos fuimos. Por lo que sé, Karson se quedó con ellas.

—¿Y si no está ahí?

Me encogí de hombros.

—Lo encontraré. California es solo mi punto de partida.

Rastrearía a Karson y le daría el auto. Nuestro auto.

—Vivimos juntos en el Cadillac —le dije a Brooks—. Por eso quiero dárselo. Era tan suyo como mío.

—¿Dónde vivían los demás? ¿En otros autos?

Me moví para poner mi barbilla en su pecho y encontrarme con sus ojos.

—No. No había muchos autos intactos. La mayoría era un cementerio de piezas y partes oxidadas. Gemma se construyó una tienda. Comenzó como una pequeña cabaña que construyó con láminas de metal, y luego creció y creció. Algo así como el imperio que construyó en Boston.

—¿A qué se dedica? —preguntó Brooks, con sus dedos metiéndose en mi cabello mientras hablaba.

—Empezó vendiendo inmuebles. Luego tomó el dinero que ganó y creó una línea de cosméticos. A partir de ahí, se metió en la moda. Luego compró un concesionario de autos. Ella es socia de tres de los mejores restaurantes de Boston. Tiene un don. Ella toma un dólar y lo convierte en diez.

A Thomas no le gustaba Gemma, sobre todo porque estaba celoso. A su ritmo, ella lo superaría en riqueza en los próximos cinco años. Solo esperaba que ella encontrara algo de felicidad fuera del trabajo. No quería una vida impulsada por el trabajo para mi amiga.

Deseaba verla reír más, como lo habíamos hecho en aquellos primeros días juntas.

Pero lo que sea que buscara, aún no lo había encontrado.

Yo tampoco.

—Su tienda era la zona común para nosotros. —Sonreí, recordando que todos nos sentábamos con las piernas cruzadas en el centro de su tienda mientras jugábamos al póquer, apostando palillos en lugar de fichas—. Encontró lonas y creó diferentes espacios. Katherine se quedó en la tienda con Gemma. Aria y Clara se instalaron en la carcasa de una camioneta de reparto rota.



Runaway



DEVNEY PERRY

Había sido más grande que el Cadillac, pero Karson y yo nos habíamos burlado sin descanso de que nuestro auto tenía estilo, mientras que lo de ellas era una caja blanca.

—Tú y Karson fueron...

—¿Pareja? —pregunté y Brooks asintió—. Sí. Por poco tiempo.

Además de Gemma, Karson fue la primera persona a la que había amado de verdad. Fue la primera persona que me mostró lo que se sentía *ser* amada. El recuerdo de ese enamoramiento de la infancia era eterno.

—Terminamos cuando me fui con Gemma y Katherine a Montana. Ambos sabíamos que una relación a distancia a nuestra edad no iba a durar. Perdí el contacto con él, pero siempre he tenido curiosidad por saber cómo fue su vida.

Brooks tarareó.

—Supongo que lo descubrirás muy pronto.

—SOlo espero encontrarlo bien. —Se me rompería el corazón si Karson hubiera perdido la chispa del chico que había amado. El chico que había caminado por la vida con carisma y confianza. Nunca había mirado nuestra situación con otra cosa que no fuera entusiasmo. Quizá por eso consideraba esos años una aventura. Karson había hecho que ese tiempo fuera mágico.

Lo había hecho por todas nosotras. Había sido el protector. El bromista. El hombro para llorar. Karson era la roca y la razón por la que todas habíamos sobrevivido huyendo de casa relativamente ilesas.

—¿Y si no lo encuentras? —preguntó Brooks.

—Lo encontraré. —De alguna manera, lo rastrearé—. Realmente quiero que tenga el Cadillac.

—¿Por qué? Te encanta ese auto.

—Me encanta ese auto. Pero siento que lo he tenido el tiempo suficiente. Que debería pertenecer a él también. Sí, he pagado por él. Pero no lo siento... mío. ¿Tiene algún sentido?

Brooks guardó silencio durante un largo momento, luego se inclinó y me besó la frente.

—Sí, cariño. Así es.

Apreté mi mejilla contra su corazón. Nunca tenía que darle muchas explicaciones a Brooks. Sabía lo que sentía aunque no pudiera articularlo.

—Así que irás a buscar a Karson y le darás el auto. ¿Buscarás también a las demás? —preguntó.

—Tal vez.



Road



No había pensado tanto en el futuro, ya que me concentraba en encontrar a Karson.

Sería bueno ver qué había pasado con sus vidas. Cuando encontrara a Karson, podría saber dónde habían ido las otras. Había pensado en Katherine, Aria y Clara a lo largo de los años. ¿Eran felices? ¿Habían luchado contra sus propios demonios y habían salido vencedoras?

—Sí —susurré—. Creo que me gustaría volver a verlas a todas.

—Entonces estoy seguro de que lo harás. —Brooks me movió y me puso de espaldas. Se puso encima de mí, apartándome el cabello de la cara—. Quédate. Solo un poco más. Antes de que salgas a buscar a esa gente y no te vuelva a ver, quédate. Dame dos semanas más, no una.

Sí.

La palabra estaba ahí. Abrí la boca para decirla. Pero mientras miraba a esos brillantes ojos azules, no salía. ¿Y si me quedaba y nunca dejaba Summers? ¿Y si me arrepentía de haber renunciado a mi oportunidad de ser libre? ¿Y si me quedaba y él me rompía el corazón?

No podía soportar pensar en Brooks como otro error. No con él.

Boston nunca había sido mi plan a largo plazo. Había ido allí sabiendo que me iría. Pero entonces conocí a Thomas. Él me pidió que me quedara también. Mira a dónde me llevó eso.

Quería decir que sí. *Maldita sea, quería decir que sí.* Especialmente a Brooks. Por eso la respuesta tenía que ser...

—No.

113



DEVNEY PERRY



Runaway

Capítulo Once

BROOKS

Colgué el teléfono, y lo dejé sobre el salpicadero del barco.

—Era el taller. Tu auto está listo.

—Bien. —Londyn mantuvo su mirada en el agua—. ¿Tenemos que ir a buscarlo ahora? ¿O podemos quedarnos aquí un rato?

—Podemos quedarnos.

Nos quedamos el tiempo suficiente para que memorizara su aspecto actual. Llevaba el cabello recogido, enredado en un nudo, todavía mojado por nuestro baño. Las gafas de sol le cubrían los ojos. Lo único que llevaba era un sencillo bikini negro que había comprado hoy en una tienda local cuando la había invitado a pasar la tarde conmigo en el barco.

Ella era impresionante. Así la imaginaría en los años venideros. La recordaría sentada aquí, tomando sol y robándome el corazón a cada segundo.

La semana había pasado demasiado rápido.

Siempre parecía ser así cuando se acercaba el final.

Mack me había enviado un mensaje de texto a principios de la semana, estimando que tendría el auto de Londyn terminado para el viernes. Bueno, el viernes llegó, y fiel a su palabra, estaba listo. Ella se iría pronto, lo que hizo que mi decisión de tomarme el día libre fuera aún más inteligente.

Había llamado a Tony esta mañana y le había preguntado si podía cubrirme en el taller. Los viernes solían estar ocupados, pero me aseguró que se encargaría de todos los cambios de aceite que llegaran. En el peor de los casos, rechazaría a la gente para el lunes. Un viernes de ausencia no iba a hundir mi negocio. Un día perdido con Londyn me consumiría durante años.



Road



Había ido a su habitación a primera hora, antes de que desapareciera en uno de sus paseos por la ciudad, y le había pedido que pasara el día conmigo. Habíamos ido a desayunar al restaurante. Le habíamos encontrado un traje de baño en Walmart. Habíamos comprado cosas para un picnic. Luego nos dirigimos al agua.

Al igual que la primera vez, paseamos por el lago antes de llegar al centro. Luego le quité el bikini y le hice el amor en el suelo. Después nos refrescamos con un baño. Acababa de terminar de secarme con la toalla cuando sonó mi teléfono y Mack me estropeó el día.

Ella se iba a ir.

Mierda. ¿Estaba destinado a estar solo? Antes de Moira, no había estado con muchas chicas. Solo algunas aventuras en el instituto, olvidadas antes de empezar. Una vez que Moira y yo nos habíamos enrollado, ella había hecho saber en el instituto Summers que yo estaba fuera de los límites.

Nuestro matrimonio había estado condenado desde el principio. Moira y yo habíamos sido opuestos en todos los sentidos de la palabra. Ese viejo dicho era una mierda. Los opuestos no se atraen. Se molestan.

Después del divorcio, tras mis intentos fallidos de salir con alguien, decidí que prefería estar soltero que con una mujer más interesada en el dinero de mis padres que en mí y en mi sencillo taller. Claro, tenía una bonita casa y un barco nuevo. Me había ganado esas cosas. Las había pagado trabajando hasta el cansancio.

Tenía a Wyatt. Tenía a mi familia. No me sentía solo.

Hasta que llegó Londyn.

Había llegado a la ciudad y me hizo darme cuenta del vacío que había en mi vida. El agujero con la forma exacta de una mujer rubia de 1,65 metros con ojos verde jade.

Maldita sea, la echaría de menos.

—Esto es realmente hermoso. —Sonrió, dirigiendo su mirada a los árboles que rodeaban el lago—. No sé si alguna vez encontraré otro lago tan bonito como éste.

Mi corazón reemplazó *lago* por *mujer* y ella había expresado los pensamientos en mi mente.

Llevaba toda la semana haciendo comentarios así, recordándonos a los dos que se iba. ¿Cómo podría olvidarlo? Los minutos pasaban demasiado rápido. Las noches que pasé en su habitación de motel no fueron suficientes. Todavía teníamos el fin de semana, pero necesitaba más.

No conseguiría más. Lo había pedido una vez.

Runaway

DEVNEY PERRY



No lo volvería a pedir.

Un *no* de esta mujer fue suficiente para aplastar mis esperanzas para siempre.

Londyn se iba. No tenía más remedio que aceptarlo, incluso apreciarlo.

Cuanto más tiempo se quedaría, más le rogaría que me diera un día más. Le pediría una semana, luego un mes, luego un año.

Estaba hambriento de ella de una manera que nunca estaría lleno.

—¿Quieres dar un paseo? —pregunté.

—No. —Apartó la vista y se quitó las gafas de sol de la cara. Los destellos esmeralda de sus ojos bailaron bajo la luz del sol mientras se llevaba la mano al nudo del bikini detrás del cuello.

Sonreí. *Estoy hambriento.*



Pasamos el resto de la tarde en el lago, explorando el agua mientras descansábamos de nosotros. Al final de la tarde, el lago estaba repleto de barcos y de gente que salía a navegar unas horas antes de que anoheciera para dar comienzo al fin de semana. Ni Londyn ni yo teníamos ganas de ser uno más en la multitud, así que dimos por terminado el día.

El barco estaba atado al muelle y nosotros estábamos en mi camioneta, conduciendo hacia el garaje para ver su auto. Mack me había hecho un favor y lo había traído para que no tuviera que recogerlo. Tony había enviado un mensaje diciendo que estaba dentro.

—¿Quieres cenar en la roca esta noche? —preguntó Londyn.

—O... podríamos comer en mi casa. Con Wyatt.

Ella me miró, sus cejas se elevaron por encima de sus grandes gafas de sol.

—¿Quieres que conozca a tu hijo?

—¿No lo has hecho ya?

—Bueno, sí. Pero esto es un poco diferente, ¿no crees?

—No realmente. Solo somos tú y yo cenando con un chico que probablemente estará en su teléfono todo el tiempo.

Se colocó las gafas de sol en el cabello y se enfrentó a mí.

—¿Eso es inteligente? Me voy el lunes.

—Lo sé. Pero Wyatt sabe de ti. Sabe que te vas. Es mi persona favorita en el mundo. Estás subiendo rápidamente en esa lista. Por una vez, tengo dos favoritos en el mismo lugar. Estoy tratando de sacar provecho mientras pueda.

Me dedicó una pequeña sonrisa.

—Lo entiendo. ¿Cómo me presentarías?

—Como amiga. O novia. Mi hijo no es idiota. Sabe a dónde había ido cada noche.

Londyn lo pensó durante un minuto y luego asintió.

—Está bien. Como amiga.

Novia.

—¿Pizza? —Fui hasta el estacionamiento trasero del taller donde Tony y yo normalmente dejábamos nuestros vehículos—. Wyatt ya debería haber terminado con el fútbol. Puedo mandarle un mensaje para que nos recoja una.

—Nunca digo que no a la pizza.

Sonreí.

—Yo tampoco.

Esta cosa con nosotros era buena, condenadamente buena. Si Londyn se hubiera mudado a Summers, esto podría haberse convertido en algo real. Solo llevaba un par de semanas y era más real que todo lo que había tenido en una década.

Necesitaba una mujer como ella, que amara la pizza más que el número de la báscula de su baño. Una mujer que pasara el tiempo en mi barco, feliz con largos periodos de tiempo en los que no se hablara. Una mujer que prefería cenar en una roca que en un restaurante de lujo.

Londyn sería perfecta si no estuviera tan empeñada en irse.

Por otra parte, tal vez la razón por la que congeniamos tan bien era porque había un límite de tiempo.

Dejando ese pensamiento de lado, salí de la camioneta, y rodeé la parte trasera para abrir la puerta de Londyn. Luego la tomé de la mano y la acompañé al interior del taller. Introduje mi llave en la cerradura, sin encontrar resistencia al girar.

Mierda. Se me revolvió el estómago. Esta puerta debería haber estado cerrada con llave, algo que Tony habría hecho antes de irse a casa. Retrocedí unos pasos, echando un vistazo a la esquina del edificio para ver si la camioneta de Tony seguía aquí. Tal vez había estacionado junto a la grúa hoy, pero ese espacio estaba vacío.

—¿Qué pasa? —preguntó Londyn.

—La puerta no está cerrada con llave. —Volví a la manilla, girándola lentamente mientras asomaba la cabeza al interior—. ¿Hola?

El taller estaba completamente oscuro. Mi voz rebotó en las paredes, pero por lo demás, el garaje estaba en silencio. Encendí una fila de luces y entré.

Detrás de mí, Londyn me puso una mano en la espalda, con una suave presión, mientras me seguía por el pasillo hasta la sala principal. Encendí una hilera de luces y exploré el lugar.

Nada parecía fuera de lo normal hasta que Londyn jadeó.

—Qué... —Seguí su mirada hacia los neumáticos del Cadillac.

Fueron acuchillados.

Me apresuré a acercarme al auto, caminando a su alrededor mientras lo inspeccionaba desde el techo hasta las ruedas y desde el parachoques hasta el guardabarros. No había nada malo en él, excepto que los cuatro neumáticos estaban cortados y la goma colgaba de las llantas.

—Mierda. —Me pasé una mano por el cabello. Debería haberle quitado la llave a Moira cuando había ido a su casa. Había estado impaciente por irme. Pensé que ella había hecho lo peor y que podría hacer que Wyatt se la quitara más tarde. Ese error fue culpa mía.

—¿Fue...?

—¿Moira? Sí. Voy a llamar a la policía.

Saqué el teléfono del bolsillo, dispuesto a llamar al sheriff, pero Londyn me detuvo con una mano en el brazo.

—¿Y si no fue ella?

—¿Quién más podría ser?

Frunció el ceño.

—Mi ex.

—¿Tú crees?

—Bueno, la primera vez, habría dicho que no. Pero Thomas sabe que estoy aquí y lleva meses intentando que lo escuche. Lo que más quiere es que vuelva a Boston.

—¿Pero no lo habríamos visto por la ciudad? No me parece el tipo de persona que acecha en las esquinas. —Thomas era un imbécil arrogante y rico. Había conducido hasta Summers y encontró a Londyn inmediatamente. Era audaz, no un cobarde que destruía el auto de una mujer en secreto.

—Tal vez el investigador que contrató lo hizo por él. No lo sé. —Sus ojos bajaron a las llantas y se apretó las yemas de los dedos en las sienes—. No lo puedo creer.

—Yo tampoco. —Agaché la cabeza—. Solo son neumáticos.



Road



—Esto es una locura. Una locura total. Me siento... transgredida. Este es mi auto. Mi hermoso auto. No se merece esto.

—Lo siento. Lo siento mucho. Puedo arreglarlo. Lo único que tengo que hacer es pedir los neumáticos. Ya es tarde para un viernes, pero puedo hacer el pedido y estarán aquí el lunes. No podrás irte a primera hora de la mañana.

—Está bien —murmuró, con los ojos todavía clavados en los cortes de la goma—. Si tu ex está tan desesperada por deshacerse de mí, ¿por qué hacer esto? No creo que haya sido ella. Si lo hubiera dejado en paz, yo ya me habría ido.

Se me apretó el estómago ante la idea de haberla perdido hace una semana. Odiaba que le pasara esto a su auto, pero había conseguido tiempo con Londyn que de otro modo nos habríamos perdido.

Pero tenía que ser ella. Esto era tan jodidamente familiar que me ponía enfermo. ¿Cuándo diablos crecería Moira?

—Debe estar preocupada de que te quedes —dije—. Esta es su manera de intentar echarte de la ciudad.

—O no fue ella. —Londyn sacó el teléfono de su bolso, el que le había dado—. Esto se siente falso y tortuoso. Hace un año no habría dicho que era Thomas, pero resulta que no conocía tan bien a mi marido. Voy a hacer una llamada.

—Bien. —Besé su cabeza—. Te dejo sola y voy a pedir tus neumáticos.

—Gracias. —Sus hombros cayeron mientras marcaba el número.

Desaparecí en la oficina, y me desplomé en mi silla.

—Joder.

¿Por qué estaba pasando esto? Podía escuchar a Londyn hablar, pero no necesitaba saber lo que su ex iba a decir. Él no había rajado sus neumáticos.

Esto tenía a Moira escrito por todas partes.

¿Por qué no podía dejarme seguir adelante? No deseaba que viviera una vida solitaria. Ella no salía con nadie, pero yo no me interpondría en su camino si quisiera hacerlo. Levanté el auricular del teléfono del escritorio y marqué su número.

Contestó al primer timbre.

—Hola.

—¿Por qué lo hiciste?

—Hola a ti.



—Ella se va, Moira. No es una amenaza. Pero toda esta actitud de *si yo no puedo tenerte, nadie puede*, se está volviendo vieja. Déjala en paz. Deja su auto en paz.

Hubo silencio. Un momento después, recibí el tono de llamada.

No era la primera vez que Moira me colgaba y no sería la última. Colgué el teléfono y suspiré.

La voz de Londyn llegó al despacho desde el taller y, aunque sabía que no debía escuchar, lo hice de todos modos.

—Lo siento, Thomas.

Eso me llamó la atención. ¿Por qué se disculpaba? ¿Por llamar? Me quedé inmóvil, con los oídos buscando más.

—Adiós. —Londyn gimió, y luego sus pasos se dirigieron hacia el despacho.

—¿No fue él? —pregunté mientras se apoyaba en el marco de la puerta.

—No. Está en Boston con Secretaria... su novia. O amante. Sea lo que sea. Su nombre es Raylene.

—¿Te engañó?

Ella asintió.

—Con la mujer que se sentaba frente a mi escritorio. Raylene era su otra asistente.

Eso no había surgido en todas nuestras conversaciones. Si no le hubiera preguntado a principios de esta semana sobre ser un despechado, podría haber dudado de su motivación para estar conmigo si hubiera sabido que Thomas era infiel. Pero le creía a Londyn. Nada de esto se sentía superficial o distante. Ella estaba en esto, igual que yo.

—Maldita sea. —Ahora sí tenía curiosidad por saber por qué se había disculpado con el imbécil.

—Está embarazada.

—¿Qué? —Me quedé con la boca abierta. ¿Así que este tipo la había engañado y había dejado embarazada a su compañera de trabajo? Debería haberlo golpeado cuando había tenido la oportunidad—. Vaya.

—Sí. —Cerró los ojos—. Bueno, *estaba* embarazada. Tuvo un aborto espontáneo. Cuando llamé, estaba en el hospital con ella.

—Mierda. —Apoyé los codos en las rodillas—. Eso es horrible.

—Me siento fatal. No me gusta ninguno de los dos, pero no se lo desearía a nadie. —Entró en el despacho y se hundió en la silla de invitados—. Supongo que sabemos que Thomas no tuvo nada que ver con mis neumáticos. Dudo que me haya mentado, no hoy.

—Entiendo por qué llamaste para preguntar, pero Londyn, es Moira. La llamé cuando llegué aquí y ni siquiera lo negó.

—Tal vez cenar con Wyatt no sea una buena idea. —Me sonrió tristemente—. Cena con él esta noche. Pasa tiempo con tu hijo. Ven al motel si quieres después. Y el lunes, Moira no tendrá nada de qué preocuparse.

Sí, se iba, pero aún no.

—Ella no puede ganar. —Me puse de pie y le hice un gesto para que saliera de la oficina. No había pedido sus neumáticos, pero los llamaría más tarde. Íbamos a comer pizza con mi hijo y a pasar el rato en mi casa. Su habitación de motel no era más que otro recordatorio de que se marchaba, y que me condenaran si pasaba otra noche allí cuando tenía una cama perfectamente buena en mi propia casa—. Vamos.

—¿A dónde vamos? —preguntó mientras apagaba la luz detrás de ella—. Brooks, no necesitamos hacer esto con tu ex. Está loca. Está enojada. Yo también. Pero solo son neumáticos.

—Los neumáticos son caros. Lo que hizo no está bien. —Agarré la mano de Londyn, mientras atravesábamos el taller hasta la puerta trasera.

Me tiró del brazo, deteniéndome.

—Normalmente, te diría que fueras tras ella. Pero hoy no. Me voy el lunes y no quiero que esto se convierta en algo. Esta vez se salió con la suya.

Fruncí el ceño.

—Voy a llamar a la policía.

—¿Y qué van a hacer? ¿Arrestarla? ¿Multarla? ¿Mientras nosotros estamos aquí durante horas siendo interrogados para un informe? No quiero pasar mis últimos días en Summers con la policía.

Yo tampoco. Pero ya había terminado con la mierda de Moira. Ella no podía actuar como una malcriada y costarme tiempo y dinero. Si ella no me escuchaba, tal vez el sheriff tendría más influencia.

—Demos por terminado el día. —Londyn me apretó la mano.

De ninguna manera.

—¿Qué tipo de pizza te gusta?

—Uh... no soy exigente pero...

—A Wyatt le gusta de pepperoni, salchicha, tocino y jamón.

—Eso es mucha carne.

—Es un niño en crecimiento. —Miré hacia abajo, hacia ella—. ¿Te parece bien o también necesitas algo de verdura ahí?

—No diría que no a la cebolla, el pimiento verde y las aceitunas. Pero no los necesito si es exigente.

Me alegró ver que había terminado de objetar, pero no iba a aceptar un no por respuesta.

—Wyatt comerá cualquier cosa con queso y carne.

Empujé la puerta, manteniéndola abierta para Londyn. Luego la cerré con llave, aunque ahora no importaba. Moira había hecho su daño.

Los neumáticos estaban destruidos. Pero me los arreglaría, como siempre. Lo haría bien. Y por esta noche, no iba a dejar que me quitara tiempo con Londyn. Ella parecía dejarlo pasar también. O era la mujer más tranquila del mundo, o también estaba disfrutando de este tiempo juntos.

Subimos a mi camioneta y llamé a Wyatt con instrucciones para la pizza. Aceptó recogerla de camino a casa.

—¿Deberíamos pedir postre? —preguntó Londyn mientras nos alejábamos del taller.

—Haré brownies.

Levantó una ceja.

—¿Puedes hacer brownies? Me siento como si me hubieran engañado esta semana.

Me reí.

—Te lo compensaré en mi habitación.

—¿Tu dormitorio? ¿Voy a pasar ahí la noche?

—Démosle un descanso al motel. ¿Qué dices?

—¿Es eso apropiado si Wyatt está en casa?

Me gustó que se preocupara por mi hijo.

—Tiene dieciséis años. Sabe lo que he estado haciendo cada noche esta semana.

—Me lo has estado haciendo.

—Así es. —Sonreí—. Cada vez que puedo.



Road

Capítulo Doce

LONDYN

—Buenos días —dije al entrar en la cocina.

Brooks estaba junto a la estufa, haciendo huevos revueltos en una sartén. El olor a café recién hecho y a tocino se extendía por la habitación, haciéndome la boca agua, al igual que el chef. Llevaba un pantalón corto de color oliva y una camiseta negra con el logotipo del taller en la parte delantera. Tenía el cabello todavía húmedo por la ducha.

Tenía toda la intención de ir al motel después de la pizza de anoche, pero Brooks era testarudo y tramposo. No me había pedido que me quedara, simplemente hizo que sucediera. Me había agotado en su cama hasta que me desmayé, felizmente satisfecha. Esta mañana me había despertado sola en su enorme cama mientras el sol entraba por las ventanas de su habitación.

Despertarme con la luz del sol era ahora una obligación para todos los días futuros.

Brooks parecía fresco, limpio y delicioso. Llevaba la camiseta de tirantes y el pantalón corto de ayer, usando el bañador como ropa interior.

Me acerqué a él por detrás, y me puse de puntillas para darle un beso.

—Voy a salir de aquí antes de que Wy...

—Buenos días, papá. Señorita Londyn. —Wyatt entró en la cocina vistiendo casi lo mismo que su padre, salvo que su camiseta de Cohen's Garage era gris y su pantalón corto de color canela.

—Hola, chico. ¿Tienes hambre? —preguntó Brooks por encima del hombro.

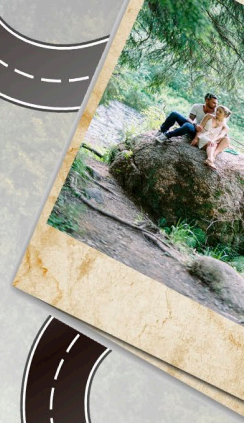
—Estoy muerto de hambre. —Wyatt tomó asiento en la isla de la cocina, con los ojos empañados por el sueño. Se sonrojó cuando se

123



DEVNEY PERRY

Runaway



encontró con mi mirada, y luego dejó caer los ojos hacia el plato que Brooks ya había puesto.

Oh, mierda. ¿Nos había oído anoche? Miré a Brooks, mortificada por la posibilidad de que su hijo me hubiera oído gemir contra la almohada, pero no me ayudó. Se encogió de hombros.

—Me voy —susurré.

—¿Café o zumo de naranja?

—Zumo de naranja. Pero...

—Wyatt, ¿podrías traerle a Londyn un vaso de zumo de naranja? Y sirve uno para mí y para ti también, por favor.

—Claro, papá. —Bostezó, deslizándose de su taburete.

—Brooks, estoy hecha un desastre. Llevo un bañador y la ropa de ayer —susurré.

Se inclinó cerca mientras Wyatt se paseaba por la cocina, trayendo nuestras bebidas.

—Puedes cambiarte después del desayuno.

—No puedo quedarme a comer con ustedes. Ya es bastante malo que haga el paseo de la vergüenza delante de tu hijo.

—Tiene dieciséis años, no seis. Además, es tu turno. Llevo una semana haciendo el paseo de la vergüenza junto a Meggie.

—Esto es totalmente diferente.

Una sonrisa apareció en sus labios.

—Wyatt, ¿te importa que Londyn use la misma ropa que ayer?

—Brooks —siseé, dándole un manotazo en el pecho al mismo tiempo que Wyatt decía:

—No.

—¿Ves? —Sonrió—. Ve a sentarte. Esto está listo.

—Bien —murmuré, dirigiéndome a la isla. Tomé el taburete de la derecha, dejando el que estaba entre Wyatt y yo para Brooks. Se acercó con la sartén, sirvió nuestros huevos y regresó con un plato lleno de tocino—. Eso es mucho cerdo.

Brooks señaló a Wyatt.

—¿Recuerdas lo que te dije ayer? El chico está creciendo.

—Creo que nunca olvidaré haber visto a una persona comer una pizza extra grande entera.

Wyatt se quedó quieto —*¿era sonámbulo?*— y luego apiló un puñado de tiras de tocino sobre sus huevos.

—Wyatt tarda en despertarse —dijo Brooks.

Pero no tuvo problemas para comer. El adolescente se zambulló en su plato con el mismo gusto que la pizza de la noche anterior. Para cuando se había metido en la boca la mitad de los huevos y dos tiras de tocino, parecía coherente.

—¿A qué hora nos vamos hoy, papá?

—No sé —dijo Brooks, sirviéndose tocino y poniendo un trozo en el mío—. ¿Cuánto tiempo tardarás en prepararte?

Cuando Wyatt no respondió, levanté la vista para descubrir que Brooks me había hecho la pregunta.

—¿Yo? ¿Prepararme para qué?

—Vamos a pasar el día en la casa de mis padres.

—No. —El hijo era una cosa, ¿pero sus padres? Nunca iba a pasar.

—¿Por qué no? Son los mejores y será divertido. Vamos a sacar su barco.

—El barco del abuelo es el doble de grande que el de papá —dijo Wyatt con la cabeza inclinada sobre su plato.

—Eso es lindo. —Me incliné para sonreírle a Wyatt, y luego le fruncí el ceño a su padre—. No.

—Deberías venir. —Wyatt hizo masticó un bocado de tocino.

—Ella viene. —Brooks señaló con su tenedor mi plato—. Come.

Puse los ojos en blanco y me concentré en mi comida. Comería y desaparecería antes de que los Cohen me acorralaran para asistir a un evento familiar.

Cuando mi plato estuvo limpio, lo llevé al fregadero, y lo enjuagué antes de meterlo en el lavavajillas. Luego me fui, prácticamente corriendo por la cocina hacia el pasillo que llevaba a la puerta principal.

—Adiós, Wyatt...

—Adiós, Londyn —dijo.

Estaba a un metro de la puerta cuando un brazo fornido me rodeó la cintura y me arrastró hacia un pecho igualmente fuerte. Por ser un hombre tan grande, sí que podía acercarse sigilosamente a una persona.

—Maldita sea.

—Una hora —dijo Brooks en mi oído.

—Brooks, yo no...

—Una hora.

Me zafé de su agarre para enfrentarme a él.

—No pertenezco a un evento familiar de los sábados. Vayan ustedes. Diviértanse. Nos vemos esta noche.

—Es una cosa sencilla. Ven con nosotros.

—¿Por qué? Soy una extraña. En dos días, me habré ido y seré un recuerdo. Tus padres me olvidarán antes de que termine el verano.

Eso me valió un ceño fruncido.

—No serás olvidada.

—Sí, lo seré.

—No por mí. Y algún día, podría querer hablar de ti. Las únicas personas que te conocen son Meggie y Wyatt. Quiero a Meggie, pero no la veo mucho aunque vivo al lado. Y Wyatt se irá a la universidad antes de que yo pestañee. Mis padres, están a la altura de mis personas favoritas. Así que un día, cuando quiera hablar de la mujer que entró en mi vida y la puso patas arriba durante un par de semanas, seguro que esa conversación sería más fácil si supieran cómo eres.

—Oh. —¿Cómo podría discutir con eso? Me gustaba que quisiera hablar de mí. Me gustaba que se acordara de mí, aunque estaba segura de que sus padres no lo harían.

Yo también lo recordaría.

Para el resto de mi vida.

—Bien. —Asentí—. Iré a ducharme y estaré lista en una hora.

—Gracias. —Tomó mi cara entre sus manos, inclinándose mientras me acercaba a su boca. El beso fue suave pero corto. Todos eran demasiado cortos, incluso los besos que duraban toda la noche. Brooks me soltó y abrió la puerta, enviándome por el camino.

El calor me empujaba la piel mientras cruzaba el jardín desde su casa hasta el motel. Mientras caminaba, conté los días que había estado aquí en Summers.

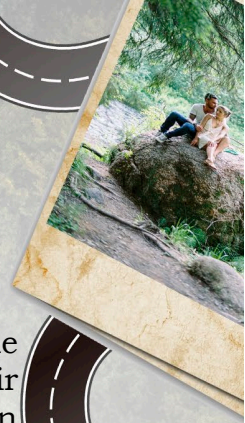
Dieciséis. En cierto modo, habían sido los dieciséis días más largos de mi vida. Cada uno había sido tan completo y agradable. Dos semanas con otra persona nunca se habían sentido tan importantes como los dieciséis días que había estado en Summers con Brooks.

Este fin de semana era el final. El lunes me despertaría sabiendo que no lo volvería a ver. ¿Sería realmente capaz de alejarme? Había dejado atrás a innumerables personas en mi vida. Mis padres. Mis profesores. Mis amigos.

Sabía que, al alejarme de ellos, era poco probable que nos volviéramos a encontrar. Pero me había ido con un sentido de aventura alimentando mis pasos. Me había ido con la emoción y la anticipación de lo que había en este gran mundo.



Road



Y no había mirado atrás.

Después del lunes, miraría hacia atrás y me preguntaría: ¿Cómo le estaba yendo a Brooks en el taller? ¿Cómo estaba Wyatt? Después de ir a la universidad, ¿Brooks se sentiría solo? ¿Cuándo encontraría a alguien nuevo?

Esas preguntas me perseguían, especialmente la última.

Pero tenía que irme. No iba a quedarme en una ciudad por un hombre, no otra vez. ¿Cuántas experiencias había sacrificado por Thomas? ¿Cuántas oportunidades había perdido por estar atrapada en Boston?

Este tiempo en Summers era temporal; un regalo.

Ni siquiera estaba tan molesta por el Cadillac. Normalmente, me habría puesto furiosa por dos vandalismos. Habría llamado a la policía. Habrían rodado cabezas. Y aunque una parte de mí se sintió transgredida, esa vulnerabilidad fue fácilmente eclipsada por la emoción de estar con Brooks.

No me gustaba que mi posesión más preciada hubiera estado involucrada, pero solo era un objeto. Hacía tiempo que había aprendido que las posesiones no eran importantes. Podrías alejarte de las pertenencias, las casas y las personas y sobrevivir.

A veces, te iría bien.

El tiempo extra con Brooks valió el peso del Cadillac en oro.

Lo que más me preocupaba no eran mis neumáticos, sino la llamada telefónica a Thomas. Mi corazón estaba con él y con la secretaria Raylene. Saber que estaba sufriendo la había hecho humana de nuevo.

¿Gemma sabía lo del aborto? ¿Debería llamarla? No, todavía no. Hoy no había tiempo. Cuando hablara con ella, quería contarle lo de Brooks. La llamaría una vez que estuviera de vuelta en el camino. No había duda de que necesitaría una amiga en mi primera noche lejos de Summers.

La llamaría para hablarle del hombre que se había convertido en una de mis personas favoritas en solo dieciséis días.

Mi habitación de motel estaba tranquila —solitaria— y me apresuré a ducharme. Lavé el traje de baño, aunque estaría mojado cuando me lo pusiera. Pero como era el único que tenía, me las arreglaría.

Cuando estuve lista, con el único vestido que tenía en mi poder, una camisa azul sin mangas con un lazo en la cintura, recogí mi bolso con mi traje de baño envuelto en una toalla blanca de motel.

—Gafas de sol. —Miré alrededor de la habitación, recordando que estaban en algún lugar de la camioneta de Brooks. Abrí la puerta para encontrar a Wyatt, con los nudillos levantados para golpear—. Oh, hola.

127



DEVNEY PERRY



Runaway

—Hola. —Asintió, un gesto que parecía más bien una reverencia. Qué caballeros, estos chicos Cohen—. Papá me envió a buscarte.

—Tenía miedo de que cambiara de opinión, ¿verdad? Y pensó que me sería más difícil decirte que no.

Wyatt asintió tímidamente.

Me reí, saliendo y cerrando la puerta.

—¿No es raro? Lo lamento si lo es.

—No, señorita.

—Londyn.

—Sí, señorita... Londyn. —Un paso Wyatt era el doble del mío, pero redujo la velocidad cuando nos dirigimos a su casa. Brooks hacía lo mismo cuando caminábamos juntos.

Aunque padre e hijo tenían rasgos similares, era la forma en que actuaban lo que hacía que su parecido fuera tan extraño. Sostenían los tenedores de la misma manera. Comían pizza de la misma forma, masticando con el mismo movimiento circular. Hablaban igual. Cuando la voz de Wyatt hiciera más grave, sería casi imposible distinguirlos en una llamada telefónica.

—Entonces, ¿te vas...? —Wyatt mantuvo las manos en los bolsillos y los ojos en la hierba mientras intentaba entablar conversación.

—Sí, el lunes.

—¿Seguirás en contacto con papá?

—Quizás. —Tal vez *no*. Dejar a Brooks de golpe sería probablemente lo mejor para ambos. No quería alargar esto hasta que las llamadas telefónicas abarcaran más tiempo. Hasta que uno o ambos guardaran algún resentimiento por habernos distanciado.

—Deberías —dijo Wyatt—. Papá no tiene muchos amigos íntimos. Sobre todo mujeres. Es algo receloso con ellas.

Porque su madre estaba loca y las mujeres del pueblo estaban aterrorizadas de que Moira le arrancara un riñón con la llave del auto. Bastaba con decir que no me gustaba su madre.

—¿De verdad? —Fingí sorpresa.

—Muchas mujeres de la ciudad solo quieren a papá por su dinero.

—Uh. —¿Brooks tenía dinero?

Estudié la casa a medida que nos acercábamos, sin ver nada que gritara mucho dinero. Era bonita y cálida, pero no gritaba riqueza. Tenía un barco. Tenía una buena camioneta. Tal vez Brooks era rico para los estándares de Summers.



Road



Hice una mueca mental con los ojos. Antes, cuando era adolescente, habría pensado que la casa de Brooks era un palacio. Estar casada con Thomas había sesgado demasiado mi perspectiva. Tenía más dinero del que yo sería capaz de gastar en dos vidas.

Brooks salió por la puerta principal, llevando una pequeña nevera azul en una mano y mis gafas de sol en la otra.

—Aquí, cariño.

—Gracias. —Sonreí. Siempre lo hacía cuando me llamaba cariño.

Lo decía con tanta naturalidad, con tanta facilidad, que al principio me pregunté si tal vez llamaba cariño a todas las mujeres. Pero con el tiempo, me di cuenta de que solo a mí. Eso era otro regalo.

No había alguien que me dijera cariño antes. Mis padres no se habían molestado porque no eran personas entrañables. Thomas me había llamado Londyn y solo Londyn. Incluso Karson se había ceñido a mi nombre o a Lonny, como aún usaba Gemma.

Cariño. Me guardé la palabra en el bolsillo para más tarde.

Miré a Wyatt mientras me ponía las gafas de sol. Intentaba ocultar una sonrisa.

—Puedes sentarte adelante. —Me abrió la puerta y me ayudó a entrar. Luego subió a la camioneta, sentándose detrás de mí mientras Brooks se ponía al volante.

Brooks le hizo preguntas a Wyatt sobre el fútbol mientras atravesábamos la ciudad, haciendo un inventario de las jugadas que Wyatt debía memorizar antes de que terminara el fin de semana. A medida que nos acercábamos a las afueras de la ciudad, las casas se hacían más grandes y estaban más separadas. No estaba segura de lo lejos que íbamos hasta que Brooks soltó el acelerador para girar hacia el lago. Una puerta de hierro nos recibió al final de un camino privado.

Bajó la ventanilla, introdujo un código en el teclado y nos condujo por el camino arbolado hasta que se vio una casa de color crema.

Ahh. Ahora entiendo el comentario de Wyatt sobre el dinero. Brooks Cohen, o más bien sus padres, debían tenerlo. Esta era la casa más bonita que había visto en Summers, y aunque era de buen gusto para esta ciudad y no era arrogante en tamaño o estilo, se destacaba. Tenía probablemente dos mil metros cuadrados y un camino de entrada en círculo, muy parecido al que había dejado atrás en Boston. Un granero con tejado a dos aguas se encontraba en la distancia. Dos perros descansaban junto a un estanque koi. Y al igual que la casa de Brooks, las ventanas eran el punto focal. Brillaban, reflejando el lago.

—Tu padre es médico, ¿verdad? —pregunté.

129



DEVNEY PERRY



Runaway

—Lo es. Todavía trabaja en el hospital porque dice que es demasiado joven para jubilarse. Mamá se quedó en casa y cuidó de mí y de mi hermana. Hoy la conocerás. —Bajó la voz—. Y a unos cuantos más.

Detrás de mí, Wyatt dejó escapar un bufido.

Miré entre él y Brooks. Ambos evitaban el contacto visual y contenían las sonrisas.

—Bien, ¿qué me estoy perdiendo?

Salieron de la camioneta antes de contestar.

Le lancé una mirada a Brooks mientras rodeaba el capó para abrir mi puerta. Cuando mi pie tocó el hormigón, abrí la boca para exigir detalles sobre esta *cosa sencilla*, y una multitud salió de la casa.

Wyatt fue tragado primero. Luego el enjambre descendió sobre nosotros.

—Hola, Londyn. —La madre de Brooks me envolvió en un abrazo—. Nos alegra mucho que hayas podido venir hoy.

—Gracias por recibirme... —Miré a Brooks con pánico. ¿Cómo se llamaba? No me había dicho sus nombres.

—Ava —murmuró.

—Es un placer conocerte, Ava.

—Dios, eres bonita. —Me guiñó un ojo y luego tiró de Brooks para abrazarlo—. Hola, hijo.

—Hola, mamá. —La arropó a su lado justo cuando me agarraron de nuevo, esta vez el padre de Brooks.

—Carter Cohen. Encantado de conocerte. —Me dio una palmada en la espalda.

Vaya. Era tan fuerte como Brooks.

—Lo mismo digo.

Me soltó, con una sonrisa de oreja a oreja, mientras el resto de la gente que nos rodeaba empezaba a soltar nombres que yo no tenía ninguna esperanza de recordar. Me perdí entre los apretones de manos y los abrazos.

Conocí a la hermana de Brooks y a su marido mientras sus dos hijos pequeños correteaban por las piernas de Wyatt. Había una tía y una tía abuela. Había cinco o seis tíos, ¿o uno de ellos era un primo?

Me llevó todo el día aclararlo todo, pero cuando terminó la cena y me senté en la terraza trasera, por fin había puesto nombres y parentescos a cada cara. Incluso había conseguido descubrir qué tío gemelo era Henry y cuál era Harry.

Brooks y yo compartíamos una tumbona. Cuando me moví para tomar la mía, él me arrastró a su regazo. Sus dedos acariciaron ociosamente mi rodilla desnuda.

—¿Y? —Brooks alzó una ceja mientras hablaba en voz baja para que solo yo lo oyera—. ¿Qué te dije?

—Fue divertido. —Sonreí—. Tienes una familia maravillosa.

—Seguro que sí.

Era afortunado. *Sabía que había sido* bendecido. Esta gente era genuina y amable. Me habían incorporado en su familia hoy como si llevara años aquí. Como si hubiera *estado aquí* durante años.

Brooks, Wyatt y yo éramos los únicos tres invitados que quedaban en casa de Carter y Ava. Todos los demás se habían ido una hora después de la cena, pero no teníamos prisa por irnos. No estaba preparada para terminar este día todavía.

Habíamos pasado la mayor parte de la mañana y de la tarde en el lago, alternando grupos en el barco para ir a esquiar o a hacer surf o tubing. Una vez atracado el barco, habíamos jugado en el jardín, celebrando competiciones de bochas y cornhole. Hoy me había reído más que en todo el año. También había descubierto que tenía una vena competitiva cuando se trataba de juegos de jardín.

Después de los juegos, nos reunimos en la amplia terraza, comimos el festín que Ava había preparado, renunciando a parte de la diversión al aire libre. Brooks me había prometido que alimentarnos era su tipo de diversión.

Ava era una auténtica madre, cariñosa y amable. Hoy era la primera vez que veía una en la vida real.

Toda esta experiencia era una primicia. Esta familia se reía y se burlaba de los demás. Cuando se preguntaban por el trabajo, la casa o el auto del otro, lo hacían con verdadero interés. Sabían lo que ocurría en la vida de los demás porque no solo eran parientes de sangre, sino amigos.

No había tenido eso desde el depósito de chatarra.

Thomas era hijo único y sus padres vivían en Boston un tercio del año, como mucho. Echaba de menos sentir que pertenecía a algo más que a una sola persona. Que si necesitaba ayuda, tendría toda una cuadrilla a mi espalda.

No olvidaría a estas personas. No olvidaría este día.

Tal vez esta notable familia tampoco me olvidaría pronto.

—Tengo hambre —anunció Wyatt desde el asiento de al lado.

—¿En serio? —pregunté—. Acabas de comerte un costillar entero, dos mazorcas de maíz y media docena de panecillos.

Sí, llevaba la cuenta del consumo de comida de Wyatt. Era fascinante, ver a un chico sin un gramo de grasa, comer más que yo en una semana.

Se encogió de hombros.

—Pero no me dieron el postre.

—Tarta. —Brooks se incorporó, llevándome con él al levantarse de la silla—. Wyatt tiene hambre y yo quiero tarta.

—¿La cena? —Carter también se puso en pie, tendiendo una mano para ayudar a Ava a levantarse de su asiento.

—Espero que quede una porción con nuez —dijo, sonriendo mientras guiaba el camino hacia su casa.

La cocina era de última generación, pero había imanes en la nevera que sostenían obras de arte hechas por los nietos de Carter y Ava. Las paredes estaban adornadas con cuadros en lugar de pinturas caras. La casa tenía unos muebles preciosos, cada pieza de primera línea, pero cómodos. No me daría miedo sentarme en un sofá y poner los pies en alto.

Era un hogar y el corazón de esta familia.

Y yo no pertenecía aquí.

Me di cuenta de ello mientras caminaba por el pasillo y pasaba por delante de un collage de tarjetas navideñas enmarcadas. Me entraron unas ganas irrefrenables de agarrar el auto y marcharme lejos. Esta vida no era mía. Hoy había fingido, pero esta no era mi familia. Nunca lo sería.

Era la hora de irse.

Las ganas de irme se instalaron en lo más profundo de mis huesos. Había tenido la misma sensación a los dieciséis años. De nuevo, a los dieciocho. De nuevo, a los veinte y a los veintiuno. Y de nuevo, hace semanas, cuando hice las maletas y dejé Boston.

Era la hora de irse.

Seguí a Brooks hasta su camioneta, subí y me abroché el cinturón de seguridad. Luego me rodeé con los brazos. Quizá si apretaba lo suficiente, la sensación desaparecería. Aunque mi mente sabía que era el momento, mi corazón no estaba preparado para irse, todavía no.

Un día más.

—¿Estás bien? —preguntó Brooks mientras subía a la camioneta—. ¿Tienes frío?

—Solo un poco. —Forcé una sonrisa—. Nada que un poco de tarta no pueda arreglar.

Encendió la calefacción para mí, aunque todavía estaba sofocante afuera.

Me concentré en el camino a la ciudad, en las casas, los árboles y los barrios tranquilos. Cuando llegamos a la cafetería, la inquietud en mis entrañas seguía ahí, pero ya no era tan fuerte. Se desvaneció hasta hacerse posible de ignorar cuando nos sentamos en una cabina.

—Estoy aplastando a Londyn. —Ava se removió en el asiento—. ¿Deberíamos conseguir una mesa en su lugar?

—No. —Toqué su brazo antes de que pudiera pararse—. No me importa que me aplasten.

Me encontraba entre ella y Brooks en un lado de la cabina, mientras que Carter y Wyatt estaban en el lado opuesto. No tenía mucho espacio, pero Brooks pasó su brazo por encima del respaldo del asiento para que yo pudiera meterme en su lado.

La camarera se acercó y todos hicimos nuestros pedidos de tartas. Acababa de recoger nuestros menús y desapareció hacia la cocina cuando apareció otra figura al final de la mesa.

La columna de Brooks se puso rígida mientras todos mirábamos fijamente a su ex mujer con la cara roja.

—¿Mamá? —La frente de Wyatt se arrugó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Has llamado a la policía por mí? —le siseó a Brooks.

Oh, mierda. ¿Cuándo? Pensé que había decidido dejarlo ayer cuando salimos del taller.

—Te dije que lo haría —dijo—. Cruzaste la línea.

—No, tú lo hiciste. —Moira lo señaló—. Yo no le hice nada a su auto.

—Mamá. —Wyatt se puso de pie, colocando su mano en el brazo de ella.

Volvió los ojos hacia su hijo. Se suavizaron, suplicando que la creyera.

—No le hice nada a su auto.

Uh... No conocía a Moira, pero eso sonaba mucho a la verdad.

Wyatt le dedicó una sonrisa triste y luego la atrajo para darle un abrazo.

Lo abrazó con fuerza, luego lo soltó y salió por la puerta tan rápido como había aparecido.

—¿Qué fue eso? —le preguntó Carter a Brooks mientras Wyatt tomaba asiento.

—Alguien ha estado vandalizando el auto de Londyn —respondió Brooks—. Le hizo rayas la semana pasada. Le echaron pintura por todas partes. Ayer, encontramos las cuatro ruedas rajadas.

Ava aspiró con fuerza y cubrió mi mano con la suya.

Carter bajó la cabeza.

—¿Cuándo va a aprender esa chica?

—Está bien —dije a la mesa, con los ojos dirigidos a Wyatt, cuyos hombros estaban encorvados hacia delante—. Es solo un auto y solo estoy de paso. El lunes, esto no será un problema.

El brazo de Brooks se apretó alrededor de mi hombro.

—¿Estás seguro de que es mamá? —le preguntó Wyatt a su padre.

—No sé, chico. Me gustaría poder decir que no, pero tu madre ya ha hecho cosas así antes.

—Sé que ella se deja llevar, pero ha estado diferente últimamente. Más feliz, supongo. Ha estado saliendo con un tipo y él es... agradable.

—¿Sí? —Brooks se inclinó hacia adelante—. ¿Quién?

No era una pregunta por celos, sino más bien de preocupación por el hecho de que otro hombre estuviera pasando el tiempo con su hijo y él se acababa de enterar.

—Un tipo de Oak Hill. La mayoría de las veces salen cuando estoy contigo, pero me he encontrado con él un par de veces. Parece un buen tipo. Él tranquiliza a mamá.

—Hmm. —La frente de Brooks se arrugó.

—¿Consideraste que podría no ser ella? —preguntó Ava—. Sé que ustedes dos han tenido una relación difícil, pero Brooks, conozco a esa chica. Y aunque no me extrañaría que Moira hiciera alguna tontería en el calor del momento, eso no sonaba a mentira.

—No, no sonó así. —Brooks se pasó una mano por la cara—. Maldita sea. La llamaré esta noche —le prometió a Wyatt—. Lo haré arreglaré.

Wyatt suspiró, recogiendo su tenedor.

—Gracias, papá.

—Así que... —Carter se encontró con la mirada de Brooks, y luego ambos se volvieron hacia mí—. Si no fue Moira, ¿quién está destrozando tu auto?



Road

Capítulo Trece

LONDYN

—¿Qué es todo esto? —le pregunté a Brooks. Su isla de cocina estaba llena de recipientes de plástico para comida, cada uno con la tapa bien cerrada.

Un picnic.

—¿De verdad? —Sonreí. Nunca había ido a un picnic, no uno de verdad. Los días en el depósito, en los que comíamos en nuestros regazos en la tienda de Gemma, no contaban.

Brooks se dirigió a la gran despensa que hay junto a la cocina y volvió con una cesta. Era de un color intenso, de cedro rojizo, y con el interior a cuadros rojos, blancos y azules. Las tapas estaban abiertas desde el centro, de un lado a otro.

Tenía una cesta de picnic de verdad. ¿Por qué me dieron ganas de llorar?

Aparté la mirada, parpadeando y tragando la emoción. Llevaba horas al borde de las lágrimas. Mañana era lunes y había dejado que mi próxima partida manchara nuestro día.

Brooks y yo habíamos pasado el día juntos haciendo las cosas normales que cualquier persona hace un domingo para prepararse para la semana de trabajo.

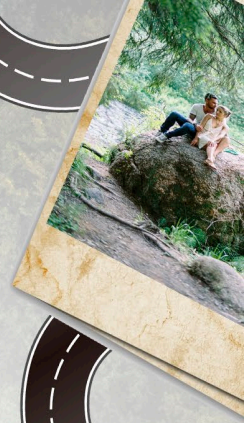
Habíamos ido al mercado. Tuve que esconder mi barbilla temblorosa en la fila de la caja sin ninguna otra razón que la de haber apilado nuestras cosas en la cinta transportadora. Mi frasco de jabón líquido y pasta de dientes estaba entre una bolsa de zanahorias pequeñas y una botella de zumo de arándanos. La cajera lo había recogido todo y Brooks había ayudado a meterlo todo en sus bolsas reutilizables. Me quedé de pie, sin escuchar lo que él hablaba con ella, porque estaba tratando de averiguar por qué había estado tan cerca de llorar. ¿Eran las zanahorias pequeñas o las bolsas azules del mercado?

135



DEVNEY PERRY

Runaway



Lo analizaría más tarde cuando estuviera de viaje.

De la misma manera que había analizado por qué me había atragantado antes en la lavandería. Hoy había lavado toda mi ropa en la máquina de Brooks, preparándola para meterla en mis maletas. Cuando había vertido el jabón en la lavadora, el olor de su ropa y sus sábanas me había provocado un miserable escozor en la nariz. Se me había escapado una lágrima antes de tranquilizarme.

Definitivamente era hora de irse.

Con suerte, mañana mi auto también estaría listo y podría escapar de Summers antes de que se convirtiera en otra jaula.

—¿Cómo estuvo tu llamada con Moira? —le pregunté a Brooks.

Se le formó una arruga entre las cejas.

—Como era de esperar. Está enfadada y tiene derecho a estarlo. Pero no se quedará enfadada conmigo para siempre.

—Eso está bien. —Miré alrededor de la cocina mientras él terminaba. En el aire flotaba el olor a tocino del desayuno de esta mañana—. ¿Dónde está Wyatt?

—Se fue a casa de Moira.

—Oh. —Un aguijón recorrió mi corazón. ¿Volvería? ¿O había perdido la oportunidad de despedirme? Mientras Brooks y yo habíamos hecho recados hoy, Wyatt había estado en casa. Había estado en el sofá del salón, con los ojos pegados al teléfono. Estaba en el mismo lugar cuando regresamos.

Luego había salido durante treinta minutos para llevar mi ropa limpia al motel. No me había dado cuenta de que su camioneta no estaba cuando había regresado.

—Supongo que... ¿le dirás adiós de mi parte?

Brooks abandonó la cesta y dio la vuelta a la isla, para envolverme en sus brazos.

—Volverá por la mañana antes del entrenamiento de fútbol. Acaba de ir a lo de Moira para que podamos tener algo de intimidad.

—Oh, bien. —Me relajé en sus brazos.

—Vamos. —Me besó en el cabello y me dejó ir a recoger la cesta del picnic.

Mientras seguía a Brooks por la casa, mis ojos recorrieron el lugar, empapándome de una última despedida. Había dos dormitorios en la planta principal. Uno era el de Wyatt y el otro Brooks lo había convertido en un despacho, mientras que el principal y otro dormitorio estaban arriba.

No eran las piezas ni la distribución de esta casa lo que recordaría. Era la sensación de paz y comodidad. Nada combinaba y no había ningún tema. Las obras de arte eran aleatorias, había algunas fotografías y algunos cuadros repartidos por toda la casa. Los muebles eran de cuero en diferentes tonos.

Aquí no había nada de estilo ni de decoración. Cuando pensé en la diseñadora de interiores que Thomas había contratado para *incorporar mis gustos* a su casa, solté una sonrisa malvada. Odiaría que los cojines de Brooks se utilizaran para apoyar la cabeza mientras se veían los partidos de fútbol los domingos. Odiaría que la mesa de centro no tuviera ni un solo posavasos.

Brooks abrió la puerta trasera que conducía a la terraza exterior. En cuanto pasó por delante de la mesa cubierta con una sombrilla blanca, supe exactamente a dónde nos dirigíamos.

—¿La roca?

Me sonrió mientras cruzábamos el jardín, los dos descalzos.

—Pensé que sería apropiado para nuestra última cena. En donde tuvimos la primera.

—Eso suena maravilloso.

Llevaba toda la semana esperando que Brooks me pidiera que me quedara otra vez. Pero no lo había hecho, ni una sola vez, desde que lo había rechazado, probablemente porque ambos sabíamos que la respuesta no cambiaría. Mis neumáticos aparecerían en el taller mañana. Él trabajaría en ellos tan pronto como llegaran, y entonces estaría en el camino. Mi objetivo era llegar a Kentucky y quedarme en Lexington o Louisville mañana por la noche.

En el futuro inmediato, me ceñiría a la interestatal. Ningún desvío fuera de la carretera se compararía con esta parada en Summers. California me esperaba y estaba ansiosa por ver qué —y a quién— encontraría.

—He estado pensando en algo —dije mientras llegábamos a la roca y nos sentábamos en nuestros lugares habituales. Habíamos tenido suerte por la noche y el calor nos había dado un respiro. La humedad era espesa pero era soportable para la cena.

—¿Qué cosa? —Brooks dejó la cesta a un lado, prestándome toda su atención.

—Voy a ir Temecula. Me imagino que es el mejor lugar para empezar mi búsqueda de Karson.

—Estoy de acuerdo.

—Tal vez... —Me armé de valor para expresar un pensamiento que me atormentaba desde que salí ayer de casa de sus padres—. Tal vez debería averiguar qué pasó con mis padres.

Parpadeó. Dos veces.

—¿Por qué?

—He pensado más en ellos estas dos últimas semanas que en años. Y estar cerca de tus padres me ha hecho pensar en los míos. Tal vez sea una idea descabellada y esté destinada a ser un desastre.

—Yo diría que es normal que un hijo quiera saber sobre sus padres.

—Nunca trataron de encontrarme. —Mi mirada se desvió por el agua—. Si lo hicieron, no se esforzaron, pero sigo teniendo curiosidad. Los dejé como una adolescente enojada y abandonada. Tal vez verlos como una adulta me dará un cierre.

¿Y si hubieran dado un giro a sus vidas? ¿Y si no lo hubieran hecho? No estaba segura de cómo me sentiría si los encontrara en la misma caravana sucia, o en el cementerio. ¿Me había quedado huérfana mientras viajaba por el país? ¿Tenía suficientes ganas de saber? ¿Tendría el valor de presentarme en mi antigua casa y llamar a la puerta sola?

—¿Qué harías tú? —pregunté.

—¿La verdad? —Levantó una ceja y yo asentí—. Que se vayan a la mierda. No te merecen.

Eso era lo que Gemma siempre decía. Ninguno de nuestros padres nos había merecido de niñas.

—Es probable que tengas razón. Lo pensaré más tiempo. —Tal vez para cuando llegue a Arizona, tenga mis sentimientos sobre ellos en orden—. Vamos a comer.

—Esto no es elegante. —Brooks abrió la cesta y sacó un recipiente verde para mí, y luego otro para él.

—No necesito lujo. —Mi sándwich favorito seguía siendo el de mantequilla de cacahuete y jalea de uva. Había comido un número incontable de ellos. En Boston, me colaba en la cocina las noches que no podía dormir y me preparaba uno. El chef guardaba las provisiones en la despensa para mí, a pesar de la insistencia de Thomas en que podíamos permitirnos ingredientes *decentes para los sándwiches*.

Mi corazón anhelaba la simplicidad, como un picnic en una roca.

Quitó la tapa del recipiente de plástico y el olor a tocino, tomate y pan se extendió por el aire. Inhalé el aroma de mi segundo sándwich favorito.

—Así que por eso le escondiste algo de tocino a Wyatt esta mañana.

Brooks se rio.

—Sabía que estaría a salvo en el cajón de las verduras, metido debajo de la lechuga.

Terminó de sacar los recipientes de la cesta. Cuando todo estaba dispuesto, nos había preparado un festín, incluyendo un poco de la ensalada de patatas que Ava había hecho ayer. Brooks debió darse cuenta de que había vuelto a por más. Comimos sin aspavientos, disfrutando de la comida y de una tarde de domingo con el lago brillando bajo el sol descendente.

No llenamos las horas en la roca con conversaciones o preguntas; no había mucho más que decir. La luz se desvaneció y mis párpados cayeron, pero no pude encontrar la fuerza para irme. Brooks tampoco parecía querer abandonar nuestro lugar. *Nuestro lugar*. Dios, esperaba que nunca dejara que otra mujer lo besara en esta roca.

Nos sentamos allí hasta que el cielo azul se oscureció y la luna creciente blanca se asomó por detrás de los árboles en el horizonte.

—Hay una estrella. —Señaló por encima de nosotros—. Pide un deseo.

Cerré los ojos, enviando mi deseo a la galaxia, sabiendo que éste no se haría realidad.

—Listo.

—¿Pediste uno bueno?

Encontré su mano entre nosotros.

—Deseo que vengas conmigo. Puedo decírtelo porque sé que no se hará realidad. Pero lo pedí de todos modos.

Su otra mano se acercó a su corazón, sus ojos se nublaron de tristeza.

—En otra vida, daría la vuelta al mundo contigo en ese Cadillac.

Pero tenía un hijo. Tenía un negocio y una vida en Summers. Y la realidad era que necesitaba hacer este viaje sola. La única persona que podía *guiarme* de vuelta a *mí* era yo.

—Esta ha sido la mejor semana de mi vida —susurré—. Gracias. Nunca te olvidaré.

—Lo mismo digo, cariño. —Me ahuecó la mejilla—. Lo mismo digo.

Una lágrima se me escapó y la atrapó con el pulgar. Aspiré profundamente y comencé a meter los envases en la cesta, ocupando mis manos y mi mente antes de ceder al maldito llanto que no se quedaba enterrado.

Estaba sollozando, rompiendo la tapa de un recipiente, cuando Brooks me lo quitó de las manos y lo dejó caer en la cesta. Luego me tomó la cara entre las manos y acercó sus labios a los míos, besando la tristeza.

Mis brazos rodearon sus hombros y los suyos me rodearon la espalda, atrayéndome hacia su pecho mientras nos abrazábamos.

La cesta de picnic quedó olvidada en la roca mientras Brooks y yo nos dirigíamos a su casa. Dejamos un rastro de ropa de camino a su habitación en el piso de arriba, rompiendo el beso solo para quitarnos nuestras camisas. Cuando llegamos a su cama, mi corazón estaba acelerado y mi cuerpo dolorido.

Brooks me tumbó, cubriéndome con su peso. Sus brazos rodeaban mi cara y sus caderas se apoyaban en las mías. Su polla estaba dura y gruesa entre nosotros mientras se acostaba contra mi núcleo.

Nos quedamos quietos. Nuestros ojos se encontraron. Nuestras respiraciones se mezclaron. Su corazón latía al mismo ritmo que el mío.

—No me olvides —susurré. Me había olvidado demasiada gente. No podía soportar la idea de que Brooks me olvidara también.

—Te recordaré hasta el final, Londyn. —Brooks pasó sus nudillos por mi mejilla, dejando un rastro de chispas en mi piel—. Hasta el final.

Me levanté y fundí nuestras bocas, dándole todo lo que tenía y confiándole todos mis pedazos rotos.

Tal vez me olvidaría. Tal vez el tiempo embotaría sus recuerdos o la enfermedad se los robaría. Pero yo esperaba que este beso permaneciera.

Me estaba enamorando de Brooks. Se lo transmití con el beso. Si tuviéramos un mes más o un año, él sería el dueño de mi corazón.

Brooks, esta casa y su familia eran tentadoras. ¿Y si me quedaba? Tendría un hogar convencional y cálido, por primera vez.

Ni siquiera Thomas me había dado un hogar. Habíamos sido dos piezas individuales emparejadas durante un tiempo, pero eso no había hecho que ninguno de los dos estuviera completo. Brooks tenía el paquete completo. Él era la esquina de un rompecabezas de mil piezas que creaba una imagen impresionante.

Quedarme era tentador. Pero la sensación persistente en mis entrañas no desaparecía, no importaba cuántas veces besara a Brooks. No importaba cuántas veces cerrara los ojos y me imaginara viviendo aquí.

El rompecabezas estaba construido. No había ningún espacio que tuviera que rellenar.

Así que mantuve los ojos cerrados y saboreé la sensación de sus manos recorriendo mi piel, fingiendo que no era la última noche. Fingí que esto era todas las noches.

Su beso bajó por mi cuello hasta llegar a la turgencia de mi pecho. Brooks me hizo cosquillas en un pezón con su barba antes de cubrirlo

con su boca, haciéndolo rodar sobre su lengua hasta que pasó a hacer lo mismo con el otro.

Mis dedos se entrelazaron con las hebras doradas de su cabello y lo atrajeron hacia mis labios una vez más. Lo solté con una mano y me estiré hacia el cajón de la mesita donde guardaba su reserva de condones.

Sonrió cuando se lo entregué.

—¿Tienes prisa?

—¿Para ti? Siempre. —Sonreí, esperando a que se cubriera y se colocara en mi entrada. Con un rápido empujón, me robó el aliento, llenándome por completo.

—Tan bueno —gimió.

Asentí, moviendo mis caderas para enviarlo más adentro.

Brooks fue el mejor amante de mi vida. Tomaba el control cuando estábamos juntos. Su mirada recorría mi cuerpo, apreciando cada centímetro y quitando todas las inseguridades. El hombre tenía línea directa con mi cerebro. Si yo no sentía algo o él pensaba que podía llevarme más alto, cambiaba de dirección, porque no se trataba de él cuando estábamos juntos. Tampoco se trataba de mí.

Se trataba de nosotros.

Nos balanceó juntos, lentamente al principio, hasta que el latido de nuestros corazones coincidió con el ritmo de sus caderas. El orgasmo que se produjo parecía envolvernos a los dos, llevándonos hacia la cima a la misma velocidad, hasta que nos corrimos juntos, sudorosos y sin aliento.

Me dejó solo un minuto para ocuparse del condón, luego me envolvió y me abrazó con fuerza mientras nos dormíamos.

Nos despertamos dos veces más por la noche, sin querer que el sueño nos separara, hasta que la mañana nos obligó a entrar en el nuevo día.

El temido lunes había amanecido.

—¿A qué hora debo ir al taller?

Brooks estaba en el baño, secándose el cabello mojado con una toalla. Nos habíamos duchado juntos. Yo estaba sentada en su cama, envuelta en una mullida toalla gris.

Tragó con fuerza.

—¿Qué tal si te alcanzo el auto? Así no tendrás que preocuparte por tus maletas.

—Bien.

Me quedé en la cama —aunque mi cabello enfriaba mi piel desnuda— para escuchar cómo Brooks se afeitaba y se cepillaba los dientes. El peso

del día se hundía y hacía que mis extremidades pesaran tanto como mi corazón.

No dejes que esto sea incómodo. Cerré los ojos, enviando un deseo a las estrellas invisibles. Brooks había sido la mejor y más inesperada persona que se había cruzado en mi camino. Teníamos que terminar con una nota feliz: un beso y una sonrisa.

Brooks me besó en la frente y se dirigió a su armario.

¿Se daba cuenta de lo mucho que me había dado en el poco tiempo que llevábamos juntos? Me había demostrado que dejar Boston había sido la decisión correcta. Me había demostrado que había hombres amables, generosos y cariñosos en el mundo.

¿Yo le había dejado algo bueno? ¿O después de hoy, solo sería la mujer que se fue?

Por favor, no me guardes rencor.

Lo estudié mientras se vestía. Cuando me lo imaginara en años venideros, sería en esta habitación y en este momento.

Estaba descalzo con un vaquero desabrochado y descolorido. Tenía el pecho desnudo y gotas de agua pegadas a los hombros. Y sus ojos eran tan azules como el cielo en una mañana de verano de Virginia Occidental.

—¿Wyatt va a venir? —pregunté.

Asintió mientras sacaba una camiseta verde de su percha. Se la puso justo cuando la puerta principal se cerró de golpe.

—Parece que está aquí.

—Me vestiré y bajaré a despedirme. —Respiré profundamente y me levanté de la cama.

Brooks asintió.

—¿Qué quieres desayunar?

Le sonreí tristemente.

—Creo que hoy compraré una tarta en el motel. De todos modos, Wyatt y tú deberían volver a su rutina normal.

—Oh. —Su mandíbula se tensó—. Muy bien.

Esto no estaba bien, pero temía que, dijera lo que dijera, nada lo arreglaría. La incomodidad estaba llegando.

Me até el cabello mojado y me apresuré a ponerme la ropa. Brooks fue el que se sentó en la cama ahora, observando cómo me escabullía por su habitación.

—¿Nos vemos a las cuatro?

Asintió, con los ojos dirigidos al suelo.



Road



Forcé mis pies a través de la puerta de la habitación. Mantuve el cuello rígido, sin permitirme girar y mirar hacia atrás.

Wyatt estaba en el salón, de pie junto al sofá, con el teléfono en las manos y los pulgares volando. Entré en su espacio y lo envolví, atrapando sus brazos a los lados.

—Cuídalo.

Su estructura rígida se relajó.

—Lo haré.

—Fue un placer conocerte. —Lo dejé ir, incapaz de encontrar sus ojos. Luego salí por la puerta, y corrí hacia el motel.

Cuando me quedé encerrada en mi habitación, me apoyé en la puerta, tomándome un momento para que mi corazón se calmara. Me quité una lágrima y apreté los dientes para detener las otras.

Una despedida menos.

Faltaba uno más.

DEVNEY PERRY

143



Runaway





Road

Capítulo Catorce

LONDYN

—**G**racias por todo, Meggie. —Metí la tarjeta de crédito en la cartera y luego la guardé en el bolso.

—De nada. —Apoyó los codos en el mostrador—. No te convenció para que te quedes, ¿no?

—No. —Sonreí tristemente—. Que tengas un buen verano.

—Tú también. —Suspiró, y luego me saludó con la mano mientras llevaba las maletas a la puerta.

Hacía calor fuera y prefería esperar en el aire acondicionado a que Brooks apareciera con mi auto, pero Meggie tenía ganas de cotillear. No tenía fuerzas para desviar sus preguntas sobre mi relación con Brooks, no cuando toda mi energía se empleaba en combatir la ansiedad de la próxima despedida.

Tiré de mi equipaje por la acera hasta la esquina del motel, dejándolo sobre el hormigón mientras echaba un último vistazo a la casa de Brooks.

Cuando me escapé de casa, no había vuelto a mirar la caravana donde había crecido. No importaba cuántos años pasaran, aquel montón de porquería estaba grabado a fuego en mi cerebro. Los detalles permanecían con perfecta claridad.

Mis padres se habían desmayado en su dormitorio ese día, el mismo lugar en el que habían estado los tres días anteriores. Así lo hacían, se encerraban mientras pasaban el efecto. Yo solía espiarlos de vez en cuando. A veces, me quedaba en la puerta y escuchaba cualquier sonido. Las puertas eran tan finas que, si escuchaba detenidamente, podía oír su respiración.

Me había costado meses armarme de valor para huir. Durante casi un año, había tenido una mochila llena de ropa y comida enlatada. La gota que colmó el vaso fue el tercer día de una desaparición inducida por las drogas. Mamá y papá se habían quedado callados, demasiado callados,

144



DEVNEY PERRY



Runaway

en su parte de la caravana. Ni siquiera se oía la televisión. Había ido a ver si estaban vivos. Cuando abrí la puerta, papá estaba sentado en la cama, con una banda elástica atada alrededor del biceps y una jeringa apuntando a una vena. Mamá estaba dormida o desmayada a su lado. Su mesita de noche estaba llena de botellas medio vacías de licor marrón.

Los ojos de papá estaban vidriosos cuando se encontraron con los míos. Me miró fijamente durante un largo minuto, inclinando la cabeza hacia un lado. ¿Era arrepentimiento lo que había visto en su mirada aquel día? ¿O confusión? Nunca lo sabré. Por un momento, pensé que tal vez bajaría la agenda. En cambio, murmuró: "Cierra la puerta, Londyn."

Había cerrado la puerta. Luego fui a mi habitación y recogí mi mochila.

Huir había parecido la mejor opción. No tener un hogar era mejor que esperar en un sucio remolque y que abriera la puerta de nuevo, solo para encontrarlos muertos.

¿Cuándo se desvanecería la imagen de ese lugar? Si miraba fijamente la casa de Brooks el tiempo suficiente, ¿se arraigaría también de forma permanente?

Su casa estaba muy limpia. El revestimiento blanco estaba impoluto. No había pintura agrietada ni manchas de agua. Las ventanas brillaban a la luz del sol y, en el ángulo correcto, era casi como si el cristal no existiera.

Cerré los ojos, imaginando la casa en mi cabeza. Cuando los abrí, un auto que venía por la calle me llamó la atención.

Mi auto.

Brooks iba al volante. No me lo iba a poner fácil, ¿verdad? Había bajado el techo y tenía los ojos cubiertos con unas gafas de sol. Conducía con una mano mientras con la otra se quitaba el cabello que le había caído en la frente.

No necesité cerrar los ojos para grabar esa imagen en la memoria para siempre.

Brooks se acercó a la acera y apagó el ruidoso motor.

—Bueno, pasaron como dos semanas de retraso, pero por fin puedo devolverte el auto.

Sonreí y me acerqué al Cadillac. Dejé mi bolso en el asiento del copiloto justo cuando Brooks abrió el maletero. Me giré hacia mis maletas, pero él me detuvo.

—Yo me encargo. —Sacó esas largas piernas del auto, se bajó y cargó mis maletas. Luego se reunió conmigo en la acera junto al Cadillac. Nadie habría sabido nunca que se había raspado con un guardarraíl, y que luego había sido perforado con una llave—. ¿Algo más?

—No, eso es todo. —Me acerqué, y coloqué la palma de la mano sobre su corazón para sentir su calor contra mi piel por última vez—. Gracias.

—El placer es mío. —Puso las gafas de sol en su cabello—. Prométeme algo.

—De acuerdo. —Asentí, tensa mientras esperaba su demanda. ¿Me pediría que me quedara? ¿O me pediría que volviera? Si me pedía que volviera a Summers, no podría decir que no.

—Prométeme que si alguna vez necesitas algo, un amigo, un lugar donde dormir una semana, un trozo de pastel, usarás ese teléfono y me llamarás.

Sonreí, soltando el aliento que había estado conteniendo.

—Lo prometo.

Mi mano se retiró de su corazón. Mi frente ocupó su lugar mientras rodeaba su cintura con mis brazos.

Me envolvió con fuerza, susurrando en mi cabello.

—Adiós, Londyn McCormack.

Cerré los ojos.

—Adiós, Brooks Cohen.

Sus manos se acercaron a mi cara, levantando mi mejilla de su pecho para rozar sus labios con los míos. Rompió el beso demasiado pronto y di un paso atrás.

Abrí la boca, pero no había nada más que decir, así que rodeé el capó del auto y me acomodé en el asiento del conductor. Lo subí desde donde Brooks lo había ajustado para sus largas piernas. Moví los espejos. Luego agarré el volante.

—¿Todo está bien? —Brooks apoyó los codos en la puerta del pasajero. Asentí.

—Todo está bien.

¿Pero no se suponía que debía sentirse como en casa? Cuando me puse al volante en Boston, me sentí bien. Hoy no tenía esa sensación. Tal vez después de algunos kilómetros me sentiría más cómodo en el asiento.

Una mirada de dolor cruzó el rostro Brooks antes de cubrirla con una sonrisa fácil y ladeada. Se levantó, golpeó el lateral del auto con los nudillos y dio un paso atrás.

Giré la llave, encendiendo el motor. Luego le eché una última mirada antes de poner el auto en marcha y alejarme de la acera.

Levantó una mano para saludar. Lo vi con el rabillo del ojo pero me negué a girarme. Mis ojos permanecieron fijos en la carretera.

Había hecho seis metros antes de que mi determinación se rompiera y mirara por el espejo retrovisor.

Allí estaba él, alto y fuerte, de pie donde había estado el auto, con la mano en alto.

—Maldita sea. —Las lágrimas inundaron mis ojos pero mantuve el pie en el acelerador. Solo miré la carretera para asegurarme de que no me estrellaría contra el motel. Por lo demás, mis ojos estaban en el espejo.

Brooks se quedó allí, en ese lugar con el brazo en alto, hasta que doblé y desapareció.

—Mierda. —Me limpié las lágrimas mientras goteaban por mi cara. Inspiré profundamente unas cuantas veces, tratando de que el corazón se me saliera de la garganta.

Esto se haría más fácil, ¿verdad? Tal vez no hoy, tal vez no mañana, pero para cuando llegara a California, no me sentiría tan desconsolada.

Suspiré, me restregué el escozor de la nariz y agarré las gafas de sol que había guardado en el bolso. Con ellas ocultando mis ojos llorosos, me concentré en la carretera.

Summers desapareció rápidamente detrás de mí, los primeros ocho kilómetros fueron insoportables. También lo fueron los cinco siguientes.

Debería sentirme mejor. Esto era lo que había querido, ¿no? Era libre de seguir mis propios impulsos. No estaba atrapada en la idea de la vida convencional de otra persona.

Me puse el bolso en el regazo, conduciendo con una mano mientras buscaba el teléfono en el fondo. Lo saqué, necesitando hablar con alguien que pudiera entender por qué estaba haciendo esto.

—¿Hola? —Gemma respondió a mi llamada al segundo timbre.

—Hola.

—¿Londyn? ¿Dónde has estado? Prometiste que llamarías. — Suspiró—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Era mentira.

—Mentirosa.

Resoplé.

—No estoy bien.

—¿Se trata de...?

—No, no se trata de Thomas. —Exhalé largamente que pensó que me había perdido.

—¿Londyn?

—Estoy aquí. —Miré por el espejo retrovisor, esperando ver a Brooks y sabiendo que no lo vería—. Creo que me enamoré de alguien.

—¿Ya? —Se rio—. Eso no me parece un problema.

—Acabo de dejarlo.

—Ah. —La línea se quedó en silencio.

—¿Qué quieres decir con *ah*?

—Nada.

—Gem. Dime.

Ella suspiró.

—Es que... esto es lo que haces, Lonny. Te asustas y huyes.

—¿Qué? —Cambié el agarre del volante para poder poner el teléfono en la otra oreja. Claramente, no la estaba escuchando bien—. No huí de Boston porque tuviera miedo.

—¿Estás segura de eso?

Ay. Bien, quizás llamar a mi amiga no era la decisión correcta hoy. Gemma y yo siempre fuimos brutalmente sinceras, pero hoy no estaba lo suficientemente estable emocionalmente para ser brutal. Quizás debería haber retrasado esta llamada una o dos semanas.

—Me fui de Boston para empezar de nuevo —dije—. Es hora de simplificar mi vida. No tengo este deseo abrumador de probarme, Gem. No soy como tú. No necesito el dinero y el estatus.

—No necesito... —Hizo una pausa—. Esto no tiene que ver conmigo, y no quiero pelear.

—Yo tampoco.

—Estoy tratando de ayudarte. Suenas miserable. Si realmente amas a este tipo, sea quien sea, ¿por qué te vas?

—No sé —confesé.

—¿Tienes miedo de encontrar algo real allí?

—Tal vez me temo que no lo haré.

—Oh, Londyn. —Había una sonrisa en su voz—. Parece que ya lo has hecho. Entonces, ¿por qué te vas?

—Necesito darle este auto a Karson. Necesito ver que está bien.

—¿Tienes que hacerlo hoy? ¿O mañana? ¿Por qué no te quedas con este tipo un poco más?

—Brooks. Su nombre es Brooks.

—¿Por qué no te quedas con Brooks?

—Porque... —Me dolía el corazón. Los miedos se estaban liberando, los sentimientos que había enterrado durante tanto—. Porque, ¿y si me deja antes de que yo pueda dejarlo?

Esa fue la razón por la que huí, ¿no? Para alejarme del gran dolor. Tal vez la razón por la que había sido capaz de permanecer con Thomas todos estos años era porque no había esperado que el final doliera. No había dolido mucho.

Tal vez la razón por la que me había sentido atrapada en Boston no era porque me hubiera quedado en un lugar, sino porque ese lugar no había sido el *adecuado*.

Esa maldita cesta de picnic de Pottery Barn pasó por mi mente. Otra mujer no podía usar esa cesta. Era mía.

Y también Brooks.

—Da la vuelta, Londyn —dijo—. Yo lo dejaría todo, la compañía, el dinero, el poder, para sentir *algo*.

Los sentimientos por otras personas no eran mi problema. Claro, huía de esos sentimientos, pero estaban ahí, a flor de piel. Gemma no. Hasta donde yo sabía, ella nunca había estado enamorada.

—No lo desperdicies —susurró.

Lo estaba tirando a la basura. Me estaba alejando de un hombre que podría convertirse en el amor de mi vida. Me estaba alejando de un hogar.

—Seguía teniendo esa sensación cuando paseaba por Summers, el pueblo donde estaba. Me sentía... acomodada. Como si las cosas estuvieran en calma en mi alma. ¿Crees que eso es lo que se siente al estar en casa?

—No lo sé. No sé si alguna vez me he sentido en casa. Pero si tuviera que adivinar, diría que sí.

Sí. Summers era mi casa.

Brooks era mi hogar.

—Necesito irme.

Gemma se rio.

—¿Este es un número real ahora? ¿Puedo llamarte?

—Sí. —Sonreí—. Este es mi número.

—Adiós.

—Espera —dije antes de que pudiera colgar—. Gracias.

—Te echo de menos. Quizá vaya a visitarte en... ¿dónde estás?

—Virginia Occidental.



Road



—Virginia Occidental —repitió—. Llámame más tarde.

—Lo haré. —Tiré el teléfono a un lado y me senté más recta en mi asiento. Con las dos manos en el volante, solté el pedal del acelerador, buscando en la carretera un lugar para dar la vuelta. Por supuesto, cuando necesité dar la vuelta en U, no había nada más que una zanja empinada y árboles bordeando la carretera.

Tenía los ojos puestos en el arcén cuando el auto derrapó. Jadeé y volví la vista a la carretera. ¿Qué demonios? ¿Había chocado con algo?

Miré por el espejo retrovisor y me sobresalté cuando mis ojos se posaron en un gran camión que estaba en mi parachoques.

Mientras había estado hablando por teléfono con Gemma, no me había dado cuenta de que se acercaba a mí.

—¿Qué demonios? —murmuré al espejo, alternando mis ojos en la carretera y en la camioneta detrás de mí.

¿Me había chocado? ¿Por qué iba a chocar con mi auto? Iba a dieciséis kilómetros por hora por debajo del límite de velocidad. Dieciséis. ¿Era necesario el choque? ¿Por qué no pasarme y terminar con esto?

Levanté el brazo, haciéndole señas, pero mientras miraba por el retrovisor, parte delantera del camión se acercaba. Mis brazos se tensaron y mi agarre del volante se endureció. Me preparé para otro golpe.

No fue un golpe.

—¡Ah! —grité mientras me embestía. El Cadillac se tambaleó de nuevo, con el doble de fuerza que la primera vez.

Las ruedas viraron solas, de un borde del carril al otro.

—¡Déjame en paz! —grité.

Me golpeó de nuevo.

Los neumáticos del Cadillac chirriaban en la carretera, dando volantazos de una línea blanca a otra. Si hubiera habido un auto en sentido contrario, habría chocado de frente.

Pisé el freno.

En el momento en que lo hice, el motor del camión aceleró y fue hacia el carril contrario.

Contuve la respiración, pensando que pasaría a mi lado y probablemente me haría un gesto. En lugar de eso, se quedó en mi punto ciego.

—¿Qué? —Miré por encima del hombro. Le hice un gesto con la mano una vez más. En el momento en que levanté la mano del volante, avanzó a toda velocidad hasta quedar a mi lado. Pero no pasó. Permaneció en



ese carril, con la puerta del pasajero tan cerca que podría haber tocado el pomo.

El camión era demasiado alto para que pudiera ver al conductor tan cerca. Pisé el freno para reducir la velocidad. El camión se mantuvo en su sitio, rondando a mi misma velocidad. Mis ojos escudriñaron los bordes de la carretera, esperando encontrar un lugar en el que pudiera desviarme y alejarme de este loco. No había nada.

Apareció un auto en dirección contraria.

—Loco hijo de puta. —Acelaré más. El claxon del auto que venía en dirección contraria llenó el aire—. Da la vuelta...

El camión no se movió.

¿Era una especie de versión enferma de acobardarse de Virginia Occidental?

Pisé el freno de golpe y mis neumáticos chirriaron sobre el asfalto, justo cuando el camión aceleró y se desvió hacia mi carril. Me moví entre el carril central y la cuneta, con el auto pesado y lento para responder.

El claxon del auto que venía en dirección contraria sonó al pasar y tiré del volante hacia el lado seguro.

La corrección fue excesiva. En lugar de permanecer entre las líneas, mi neumático delantero se hundió en el arcén blando. Cuando la esquina delantera del Cadillac se hundió, supe que no había forma de salvarme de un accidente.

El Cadillac se salió de la carretera. El vehículo traqueteó y rebotó al detenerse de forma brusca. Mi lado se inclinó al menos un metro por encima del lado del pasajero.

—Oh, Dios mío. —Me estremecí mientras miraba a mi alrededor, todo mi cuerpo temblando. El camión había desaparecido. Desde la zanja, no pude verlo alejarse a la carrera, pero el rugido del motor se desvaneció en la distancia.

Me aparté el cabello de la cara, haciendo un balance de mi cuerpo. No estaba herida, o si lo estaba, aún no podía sentirlo. Mis dedos apenas tenían fuerza para girar la llave y apagar el motor. Tanteé con el cinturón de seguridad.

Mi bolso estaba en el suelo del otro lado. Me empujé fuera del asiento del conductor, y el ángulo me obligó a apoyarme en la puerta del lado del pasajero para mantener el equilibrio. Agarrando el bolso, salí del auto arrastrándome hasta la cuneta y analicé la situación.

—No. —Mi corazón se rompió. Mi pobre auto. Estaba mucho peor de lo que parecía desde el asiento. La esquina delantera estaba aplastada. Todo estaba apoyado de lado contra la cuneta. Los neumáticos del lado



Road



del conductor seguían clavándose en el asfalto de la carretera. Si la zanja hubiera sido más pronunciada o el centro del auto más alto, habría rodado.

La cabeza me daba vueltas y las manos me temblaban. Apreté los puños, alejando el miedo por un momento para lidiar con esto. Luché contra el impulso de llorar, concentrándome en cambio en la ira.

—Ese maldito imbécil...

Subí por la zanja con las manos y las rodillas, y me limpié la suciedad de las palmas de las manos mientras me ponía al lado de la carretera. Miré a ambos lados.

Estaba sola.

Pero, a diferencia de mi primer pinchazo, no estaba indefensa. Saqué el teléfono del bolso y llamé al único número guardado en los contactos.

—¿Londyn? —respondió Brooks—. ¿Estás bien?

—No —dije agitada—. Necesito que vengas a buscarme.

—¿Dónde estás? —El sonido de sus botas resonó en la distancia—. ¿Qué demonios está pasando? Estoy preocupado.

—No te preocupes. —Suspiré y me recompuse—. Solo tienes que salir de la ciudad por la autopista y me verás. ¿Y Brooks?

—¿Si?

Miré mi auto.

—Trae la grúa.

152



DEVNEY PERRY



Runaway

Capítulo Quince

BROOKS

—¿Estás bien? —preguntó Londyn, apoyándose en mi costado.

—¿Yo? —Me quedé boquiabierto—. Alguien trató de sacarte de la maldita

carretera. ¿Lo estás tú?

—Estoy bien. —Suspiró, apoyando su mejilla en mi brazo—. No lo estaré más tarde, pero de momento, estoy bien y eso es lo único que importa.

Me aferré a su mano, sujetándola con fuerza como lo había hecho durante la última hora. Por el momento se mantenía firme, lo que daba crédito a su increíble fuerza. Pero cada cinco o diez minutos, un temblor recorría su cuerpo. Su agarre en mis dedos se tensaba. Si se desmoronaba más tarde, sería en la seguridad de mis brazos.

Quien le haya hecho esto lo pagará caro.

Estábamos de pie en el arcén de la autopista, esperando a que el ayudante del sheriff que estaba en el lugar de los hechos terminara de tomar fotos de su auto. Ya le había tomado declaración.

Había escuchado con furia silenciosa cómo Londyn había contado los detalles del accidente. Debería haber tirado sus llaves al maldito lago y negarme a dejarla salir de la ciudad.

Parecía que habían pasado días desde que me dejó en la acera del motel, no horas. Por un momento, cuando la sorprendí mirándome por el espejo retrovisor, pensé que tal vez se volvería.

Tal vez nos demostraría a los dos que estamos equivocados, tal vez haría mi vida y se quedaría.

Pero ella había seguido conduciendo. Cuando su auto desapareció en una curva de la autopista, todo había terminado. No esperaba que su

153





Road



nombre apareciera en la pantalla de mi teléfono tan pronto después de que se fuera, si es que alguna vez lo hizo.

El miedo en su voz me hizo correr por la ciudad en la grúa. Había sido un maldito desastre asustado cuando llegué y encontré su auto volcado de lado en la cuneta. La abracé y no la solté, ni siquiera cuando apareció el policía. Pero el momento de preocuparse había pasado y ahora estaba jodidamente enojado.

Esto fue un intento de asesinato en mi libro y eso significaba años de prisión, pero no me parecía suficiente.

—Brooks. —El ayudante del sheriff me hizo un gesto para que me acercara. Me negué a soltar la mano de Londyn, así que, juntos, nos reunimos con él junto al capó de su auto, con las luces aún parpadeando en la parte superior—. Ya he terminado. Puedes cargarlo y llevarlo de vuelta a la ciudad.

—¿Puedo repararlo? ¿O tengo que dejarlo como está?

—Espera por ahora. Déjame confirmar que no necesitamos nada más para la investigación.

—No hay prisa —dijo Londyn—. Gracias por tu ayuda.

—Señora. —Se quitó el sombrero y se dirigió a su auto, con el cuaderno de notas en la mano. Se quedó sentado, ralentizando el tráfico, hasta que saqué el Cadillac de la zanja y lo cargué en la plataforma.

Tardé más de una hora y odié dejar a Londyn sola en la camioneta, pero no quería que se quedara parada en la carretera. Finalmente, cuando la tarde se convirtió en noche, me despedí del ayudante del sheriff y conduje por la carretera hasta Summers.

El tiempo transcurrido no había enfriado mi ira en lo más mínimo. Mientras yo gruñía sobre el volante, Londyn mantenía su inquietante calma en el asiento del copiloto.

—Voy a dejarte, luego llevaré el Cadillac al taller.

—Muy bien. —Se desplomó contra la puerta—. Se siente como si hubiéramos estado aquí antes.

—Sí. —Reí cuando vi el motel.

Londyn podía quedarse en el motel con Meggie durante una hora mientras yo dejaba su auto. No iba a dejarla sola en ningún sitio hasta que encontráramos al bastardo enfermo que podría haberla matado hoy.

—Te voy a dejar con Meggie mientras llevo el auto al taller. Puedes instalarte en el motel. Se alegrará de tenerte de vuelta. —Todos nos alegraremos de tenerla de vuelta en Summers.

—¿El motel? —Se sentó erguida y se pasó una mano por la frente—. Oh. Oh, Dios mío. Soy una idiota.



—¿Qué?

—Nada. —Se volvió hacia la ventana—. No importa.

No estaba de humor para las adivinanzas.

—¿Qué quieres decir con que eres idiota?

—No es nada. —Se desentendió.

—Londyn. —Mi mandíbula se apretó con fuerza—. Estoy pendiendo de un hilo aquí. Habla conmigo.

Dudó, luego me miró.

—Me pediste que me quedara.

—Y tú dijiste que no. —Recuerdo claramente esa palabra de nuestra conversación.

—No volviste a preguntar, y pensé que solo estabas siendo comprensivo. Soy idiota porque ni siquiera consideré que podrías querer que me fuera. Que solo estabas en esto por el corto plazo. —Su voz se quebró y dejó caer la mirada hacia su regazo.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué tan fuerte te golpeaste la cabeza? —Estudié su rostro. Estaba demasiado pálida—. Te voy a llevar al hospital.

¿Cómo podía pensar que no quería que se quedara? Verla alejarse había sido diez veces más duro de lo que esperaba.

—No necesito ir al hospital.

—Si crees que *quería que* te fueras, entonces no estás pensando bien.

—¿Quieres que me quede?

Asentí.

—Mucho.

—Entonces, ¿por qué no me lo volviste a preguntar?

—Porque dijiste que no. —Lanzé una mano al aire, el control de mi temperamento casi un hilo—. Recibí el mensaje. Una y otra vez. Te vas de Summers y no miras atrás. No soy el tipo de persona que hace una pregunta cuando ya sabe la respuesta.

—Oh. —Levantó una mano para cubrir una sonrisa.

Estiré el brazo y aparté su mano.

—¿No te vas a ir?

—No me voy a ir. Estaba buscando un lugar para dar la vuelta cuando esa camioneta intentó sacarme de la carretera.

Pero ella había estado tan decidida a ir.

—¿Por cuánto tiempo?

—No he puesto un límite de tiempo a esto. ¿Te importaría que me quede? —Hizo una pausa—. ¿Contigo?

¿Me importaría? Joder, no, no me importaría. Podía quedarse conmigo todo el tiempo que quisiera. Para siempre, si eso le convenía. Con Londyn, cada día era más brillante. No quería vivir el resto de mi vida solo. Pero no quería que cualquier mujer compartiera mi vida.

Quería a Londyn.

Eso era algo de lo que quería hablar, pero no mientras conducía una maldita grúa.

—Guarda esa pregunta para mí, cariño. Necesito ver tu cara.

Ella asintió, cruzando las manos en su regazo. Maldita sea. ¿Había salido como un rechazo? Porque no era eso lo que quería decir.

Hijo de puta. Estaba enojado con el imbécil que la había sacado de la carretera y las cosas no salían bien. Llegué a la entrada de Summers y llevé el auto a un lado de la carretera. Luego salí, y troté hacia el otro lado para abrir la puerta de Londyn.

—Baja.

Ella asintió y se desabrochó el cinturón de seguridad. Luego pisó el estribo antes de saltar a la carretera.

—Empieza de nuevo por mí. ¿Te quedas? —Necesitaba escucharlo de nuevo.

Londyn asintió.

—Me gustaría quedarme.

—Y me gustaría que te quedaras. Conmigo.

—Sí, por favor. —Se rio.

La envolví, atrayéndola hacia mi pecho. Entonces me reí con ella, largo y tendido.

Ella se quedaba.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión? —pregunté, dejando caer mi mejilla sobre la parte superior de su cabeza.

—¿La verdad? Tengo miedo.

La solté, tomando su barbilla bajo mi dedo para inclinar su cara.

—¿Por qué?

—Siempre he sido la que se va.

Una frase, y todo tenía sentido. Huir era la forma en que Londyn mantenía el control. Era su mecanismo de protección. Lo entendía.

—¿Y si me dejas? —La pura vulnerabilidad bañó su rostro. Se despojó de todas las protecciones, haciéndola aún más bella—. Nunca me he quedado para ver cómo se desmoronan las piezas. No sé si soy lo suficientemente fuerte para soportarlo.

—No me voy a ninguna parte, cariño. Si te quedas, vamos a hacer una cosa real de esto. Recuerda mis palabras.

—¿Cómo lo sabes?

Tomé su mano y la puse sobre mi corazón, luego la cubrí con la mía.

—Lo siento. Profundamente.

Londyn no estaba en el lugar para escuchar dos pequeñas palabras, no todavía. Demonios, no estaba preparada para decirlas. Pero no había prisa. Teníamos tiempo.

Porque ella se quedaba.

Tomé su boca en un beso, moviendo mi lengua contra la suya para obtener el sabor que anhelaría por el resto de mi vida. Era un gran riesgo por su parte, y me aseguraría de que nunca se arrepintiera. Nunca se arrepentiría de una vida en Summers.

Rompí el beso y dejé caer mi frente sobre la suya.

—Este es un final de día mejor de lo que esperaba.

—Yo también. Excepto por el loco que me sacó de la carretera.

Murmuré una maldición.

—Vamos a casa.

Asintió y me dejó ayudarla a subir a la camioneta.

—¿Quieres venir conmigo al taller? —pregunté—. ¿O sentarte en el motel con Meggie? Me da igual cualquiera de las dos cosas, pero no te quiero sola.

—Me gustaría quedarme contigo. —Se estremeció y buscó mi mano. El miedo que había estado ocultando se filtraba a través de su tranquila apariencia.

—Esto ha ido demasiado lejos. El vandalismo fue una cosa, pero podrías haberte lastimado.

—¿Quién me haría esto? —susurró—. No conozco a nadie en Summers.

—No creo que esto sea sobre ti. Tiene que ser sobre mí.

—Bueno, no es Moira. Entonces, ¿qué otros enemigos tienes?

—No lo sé. Hasta hoy, habría dicho que era un tipo bastante querido. Me llevaba bien con la mayoría de la gente del pueblo. Toda mi familia

era muy querida también. No podía pensar en la última vez que había tenido un cliente insatisfecho.

No tardamos mucho en llegar al taller, pero descargar el auto nos llevó algo de tiempo. Cuando estuvo en su puesto habitual, los dos dimos una vuelta alrededor del Cadillac, observando todos los daños. No era horrible, pero tampoco era un arreglo rápido.

—Mack va a poder enviar a sus hijos a la universidad con todo el dinero que está ganando para arreglar este Cadillac.

Londyn se rio, apoyándose en mí.

—Solo son las siete, pero estoy lista para ir a la cama.

—Primero la cena. ¿Qué te gustaría?

—Pizza.

—Pizza será. —Asentí—. Llamaré a Wyatt para que nos traiga una.

—¿No está en casa de Moira esta noche?

—Lo está, pero si le digo que te quedas indefinidamente, vendrá con una extra grande de carne.

Me sonrió.

—Con verduras.

—Con verduras.

—Se ve tan triste. —Sus ojos recorrieron el auto, los arañazos y las abolladuras. En el otro taller se tardaría mucho más en reparar esta ruina. Incluso podría requerir algunas piezas nuevas.

—Lo arreglaré —juré—. Entonces... —Me había acostumbrado a decir que se pondría en camino.

—Entonces lo conduciré por Summers.

—¿Qué hay de devolverlo a Karson? ¿Qué hay de llevarlo a California?

Levantó un hombro.

—Algún día, me gustaría localizarlo. Me gustaría darle este auto y dejar que lo tenga durante un tiempo. Pero tal vez cuando llegue ese momento, vendrás conmigo.

—Me gustaría eso.

—Podemos esperar hasta que Wyatt esté en la universidad. Si elegimos un momento en el que puedas estar lejos del taller, quizá ese deseo que pedí se haga realidad.

—¿Estás segura? —Puse mis manos sobre sus hombros—. ¿Esperarás? ¿Te quedarás en Summers hasta entonces?

—Me quedo. ¿Vendrías conmigo a California?

—Sí. —Sin duda. A Londyn le costaría mucho hacer un viaje por el país sin mí—. Eso es mucho pensar a largo plazo para una mujer que solo quería vagar por Estados Unidos.

Londyn se rio.

—Quiero vagar, pero no sola.

—Resulta que no he tenido unas vacaciones decentes en dieciséis años. Creo que se me han pasado.

—California primero. ¿Y luego dónde?

Suspiré.

—¿De verdad estamos hablando de esto? ¿Tú y yo?

—Lo siento. —Esta vez puso la mano sobre su propio corazón—. Profundamente.

—Entonces California primero. A partir de ahí decidiremos a dónde ir.

Se abalanzó sobre mis brazos, rodeando mi cintura con los suyos. Respiré su aroma, agradecido de no tener que buscarlo en las sábanas esta noche porque ella estaba aquí. Podía abrazarla. Tocarla.

Quedarme con ella.

Nos quedamos allí, agarrados el uno al otro, hasta que su estómago rugió y nos obligó a separarnos.

—Vamos a casa. Comeremos y terminaremos el día.

La policía probablemente tendría un montón de preguntas mañana. Lo único que me importaba era que encontraran a la persona que hizo esto.

Londyn se desenvolvió de mi lado y se apartó, echando otra mirada a su auto.

Me giré también, y lo inspeccioné una vez más. Era un maldito desastre. La pintura estaba totalmente destruida. Un par de paneles estaban abollados. El espejo del lado del pasajero apenas se sostenía. El parachoques estaba suelto.

—¿De qué color era el camión? —pregunté. Se lo había dicho al ayudante del sheriff, pero yo estaba tan jodidamente furioso y asustado que no había asimilado los detalles.

—Azul.

—¿Qué tipo de azul?

Se encogió de hombros.

—No sé. Brillante. ¿Azul eléctrico, tal vez?

Azul eléctrico.

—¿Y qué tipo de camión? ¿Recuerdas algún detalle?

—No, en realidad no. Solo recuerdo que era muy alto. Cuando estaba a mi lado, no podía ver el interior.

Un camión azul eléctrico con un kit de elevación.

Había visto un camión como ese en mi propia entrada más de una vez.

—¿Qué demonios? —Me enderecé, con las manos en las caderas. No podía ser.

—¿Qué? —Londyn se acercó a mi lado, mirando fijamente el lugar donde yo miraba—. ¿Qué estoy mirando?

—¿Estás segura de que era azul brillante?

—Sí. —Ella asintió.

Tomé su mano y me dirigí a la puerta trasera. Apreté el botón para cerrar la puerta superior y se cerró en cuanto estuvimos fuera. Luego nos metí a los dos en mi camioneta, sin pronunciar una palabra.

Mi mente estaba atascada en una posibilidad que ni siquiera quería considerar.

—Bien, ¿qué me estoy perdiendo? —preguntó Londyn mientras me alejaba del taller.

—Una corazonada —respondí con los dientes apretados. Y si esa corazonada era cierta, estaba a punto de perder la cabeza.

Bajé a toda velocidad por las calles en dirección a casa y me detuve al llegar a la entrada. En cuanto Londyn y yo salimos del auto, saqué el teléfono y marqué el número de mi hijo.

—Hola, papá —respondió.

—Vuelve a casa. Ahora. —Terminé la llamada sin dar explicaciones.

—¿Qué pasa, Brooks? —Londyn me tocó el antebrazo mientras paseaba por el césped más allá de la puerta principal.

—Describemelo todo de nuevo. Empieza por el principio.

—Bien. —Respiró profundamente—. El camión se acercó por detrás de mí mientras hablaba por teléfono con Gemma. Ni siquiera lo vi hasta que estuvo justo detrás de mí, y solo entonces lo único que pude ver realmente fue la parte de adelante. Intentaba mirar la carretera. Me chocó un par de veces y luego pasó a mi lado. Pensé que pasaría, pero se quedó cerca. Venía un auto en sentido contrario, así que frené y me desvié hacia la cuneta.

—Cuando el camión estaba a tu lado, ¿qué aspecto tenía?

Se encogió de hombros.



Road



—No lo sé. Alto, sobre todo. Azul. Aunque no era brillante, no como el Cadillac.

Azul eléctrico mate. Estuve a punto de explotar, pero me contuve porque no quería asustar a Londyn.

—De acuerdo. ¿Qué más? ¿Viste al conductor?

—No. Solo estaba tratando de permanecer en la carretera.

—Es comprensible. ¿Había alguien más? ¿Un pasajero? ¿O era solo el conductor?

Su frente se arrugó mientras lo pensaba.

—No lo sé.

Pronto lo sabremos.

Me quedé en el patio delantero, con los brazos cruzados sobre el pecho, hasta que Wyatt llegó en su Ford F-150 blanca. Habíamos comprado la camioneta hacía unos seis meses, el día de su cumpleaños. Él había aportado un tercio de sus ahorros y yo había cubierto el resto.

Si estaba en lo cierto, ese camión estaba a punto de convertirse en un adorno del césped.

—Hola. —Salió y saludó a Londyn—. Has vuelto.

Abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera hablar, levanté una mano.

—La verdad, hijo. Espero la verdad.

Eso era todo lo que tenía que decir. Su frente se arrugó.

—No fue mi idea.

—Joder. —Me pasé una mano por el cabello—. ¿En qué estabas pensando?

—Fue idea de Joe.

Maldito Joe. Era un niño idiota que, en el mejor de los casos, tenía dos neuronas. El chico venía de padres ausentes que pensaban que restaurar un viejo camión Chevy, con un kit de elevación monstruoso y un trabajo de pintura personalizado, era el camino al corazón de su hijo.

—Fue idea de Joe. ¡Eso no es una razón! —grité—. Podrías haberla herido. Podrías haberla matado.

La cara de Wyatt palideció.

—Solo queríamos asustarla. Joe no debía sacarla de la carretera, solo golpear su parachoques un par de veces. Asustarla para que diera la vuelta.

—Oh, Wyatt. —Londyn se tocó la mano en el corazón—. ¿Fuiste tú?



La estructura de mi hijo se hundió aún más mientras bajaba la cabeza.

—Lo siento.

—¿Por qué? —exigí, con mi furia apenas contenida. ¿Cómo pudo mi hijo hacerme esto? ¿Cómo pudo poner a la mujer que amaba —absolutamente después de solo unas semanas— en peligro de esa manera?

—Parecían felices —susurró Wyatt—. Los vi juntos en la roca. Esa noche le llevé comida tailandesa a Meggie. Olvidé su cartón de arroz extra, así que se lo llevé. Te estabas riendo. Pensé que si se quedaba más tiempo, podrías... No lo sé.

Pensó que seguiría siendo feliz.

Así que había vandalizado el garaje. Había pinchado sus neumáticos. Lo hizo todo para que Londyn se quedara.

Mi cólera pasó de ser un hervor furioso a un fuego lento.

—Hijo, este no era el camino.

—Lo sé. —Bajó más la cabeza—. Yo solo... Estaba intentando ayudar.

Dios. Eché una mirada a Londyn. Ni siquiera estaba enfadada. Miraba fijamente a Wyatt con una suave sonrisa en el rostro.

—Podrías haberla herido. Las cosas podrían haber acabado de forma muy diferente.

—Le dije que no golpeará su auto. Le dije una y otra vez que se apartara. Pero no me escuchó. —Levantó la cabeza hacia Londyn—. Lo siento mucho. Te vi dar un volantazo en la cuneta y nunca he estado más asustado. Le rogué a Joe que volviera por ti, pero dijo que la policía nos arrestaría. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Londyn suspiró—. Asustada, pero por lo demás ilesa.

Maldita sea. Me froté las sienes. ¿Qué debía hacer ahora? Saqué mi teléfono del bolsillo y se lo entregué a Wyatt.

—Llama a la estación. Puedes explicar lo que pasó.

La cara de Wyatt se retorció, pero asintió.

—De acuerdo, papá.

Entonces me quedé allí y vi a mi hijo hacer probablemente la llamada telefónica más difícil de su vida.

El ayudante del sheriff que había estado en la carretera con nosotros vino y tomó nuestras declaraciones junto con la confesión de Wyatt. Londyn se negó a presentar cargos. Una hora más tarde, Wyatt había recibido una advertencia y el ayudante del sheriff se dirigía a casa de Joe para hacerle una multa por conducción temeraria.

Fue un tirón de orejas, pero que sabía que calaría hondo en mi hijo.

—Lo siento, papá —dijo Wyatt mientras nos sentábamos en el salón. Todavía no habíamos comido, pero yo había perdido el apetito. Me había ofrecido a pedir una pizza a domicilio, pero Londyn tampoco tenía hambre.

—Estás castigado. Hasta... la universidad. —Tal vez más tiempo—. ¿Supongo que lo de las llaves y los neumáticos y lo de destrozar el taller también fue cosa tuya?

Me hizo un gesto solemne con la cabeza.

Wyatt era la otra persona que tenía la llave del taller y la idea de que me hiciera eso a mí o a un cliente no se me había pasado por la cabeza.

—Me pagarás todo. Con intereses.

Bajó la cabeza.

—Sí, señor.

La mano de Londyn se posó sobre la mía mientras se acercaba al sofá. Me miró y sus ojos me suplicaron que me tranquilizara.

Tal vez lo haría, pero ciertamente no esta noche. Los vehículos eran armas. Le había enseñado esa lección a Wyatt muchas veces, ¿por qué no había aprendido? ¿Y el vandalismo? Eso era una tontería. Lo había criado mejor que eso.

Y en lo que a mí respecta, Wyatt no iba a salir con Joe por el resto de su vida.

—Vete a la cama —ordené. Ya le había mandado un mensaje a Moira sobre lo que estaba pasando. Por suerte, ella siempre había estado en sintonía conmigo como madre. Nos apoyábamos mutuamente cuando se trataba de castigar a Wyatt.

Ella había prometido que mientras él estuviera castigado en mi casa, también lo estaría en la suya.

Wyatt se levantó de la silla, y se dirigió a su habitación, pero antes de alejarse, se acercó a Londyn, y se inclinó para darle un abrazo.

—Lo siento.

Le dio una palmadita en el hombro.

—Buenas noches, Wyatt.

Se fue enfadado a su dormitorio.

Cuando su puerta se cerró, dejé caer mi cabeza en el sofá.

—Mierda. Lo hizo por las razones correctas, pero maldita sea. Ni siquiera sé qué decir.

Londyn se quedó callada durante un minuto y luego se llevó la mano a la boca. Me senté, esperando que se le saltaran las lágrimas. En lugar de eso, le dio un ataque de risa. Su mano amortiguó la risa, pero sus ojos se humedecieron.

—¿Esto es realmente divertido?

Se recompuso y se secó los ojos.

—¿Crees que deberíamos decirle que iba a dar la vuelta de todos modos?

—Sí —murmuré—. Tiene que sufrir por su estupidez.

—Pero no demasiado. —Se acurrucó a mi lado—. Su corazón estaba en el lugar correcto.

—Sí. —Había estado pensando en su padre. Había visto desde el principio, incluso antes de conocerla, que Londyn era alguien especial—. No saqué tus maletas del Cadillac.

—No creo que necesite ropa esta noche, ¿verdad?

Esta noche. Mañana por la noche. Todas las noches siguientes.

—No, no la necesitas.

Mañana buscaríamos sus maletas, las descargaría en mi armario y se quedaría. Puede que aún no se diera cuenta, pero estaba en casa. En Summers. En esta casa.

La próxima vez que quisiera salir y buscar una nueva aventura, tendría compañía.

Iríamos juntos en un viaje de carretera.



Road

Epílogo

LONDYN



U n año después...

—Voy al taller. ¿Necesitas algo?

—No —dijo Brooks desde debajo de un Chevy Silverado gris, donde estaba cambiando el aceite—. Espera. Sí, necesito crema de afeitar.

—¿Algo más? —Le di un minuto para que lo pensara. Sabía que había más. Siempre había más. El hombre nunca parecía recordar lo que necesitaba cuando yo hacía mi lista, pero cinco minutos antes de que me fuera a la tienda, soltaba cuatro o cinco artículos.

—Flossers.

—¿Y? —dije, girando el asiento a mi lado, mirando a nuestra hija. Ellie Cohen estaba profundamente dormida, con un chupete colgando de sus labios rosados.

—Zumo de naranja.

Ya lo tenía en mi lista.

—¿Y?

—Uh...

Suspiré y miré a Tony. Estaba de pie contra una caja de herramientas, con el pecho temblando en una risa silenciosa. Brooks y yo no solo teníamos este enfrentamiento para la tienda de comestibles. Siempre añadía un puñado de artículos justo antes de que yo estuviera lista para irme.

—Me voy en cuatro, tres, dos...

—Pepinillos.

Hice una mueca. Gracias a mi inesperado embarazo y a un horrible ataque de náuseas matutinas, los pepinillos ya no estaban en mi lista de



alimentos favoritos. Pero se los compraba a Brooks porque le encantaban en sus sándwiches de jamón.

—Bien, nos vamos. Nos vemos en casa.

—Conduce con cuidado.

—Lo haré —prometí como cada vez que me enviaba con la misma advertencia—. No llegues tarde. Tienes una hora para llegar a casa y ducharte antes de que tengamos que irnos.

Wyatt tenía esta noche su primer partido de fútbol de la temporada y era titular como defensa. Estaba nervioso, algo que me resultaba excepcionalmente entrañable, porque la chica de la que estaba enamorado iba a estar en las gradas mirando.

Wyatt seguía castigado, tanto en casa de Brooks como en la de Moira, pero estaba llegando a su fin. Un año de comportamiento casi angelical y a sus padres les costaba seguir castigándolo. Si hubiera sido mi decisión, lo habrían perdonado hacía meses.

—No te preocupes, cariño. Estaré allí.

Bien, quizás estaba tan nerviosa por el partido de esta noche como Wyatt.

—Te amo —dije.

Brooks, tumbado de espaldas, salió de debajo del Chevy y sonrió.

—Yo también te amo.

Le di un beso, me despedí de Tony y salí por la puerta trasera, donde me esperaba mi Cadillac. Brillaba bajo el sol de septiembre, su color combinaba con las hojas del otoño. Pero hoy no iba a conducirlo por Summers. Brooks llevaría el Cadillac a casa y yo su camioneta: era más seguro para Ellie y su silla.

Había tardado un mes en arreglar el Cadillac después del accidente. No me había importado mucho, teniendo en cuenta que a cualquier lugar que necesitara ir, Brooks estaba más que dispuesto a llevarme.

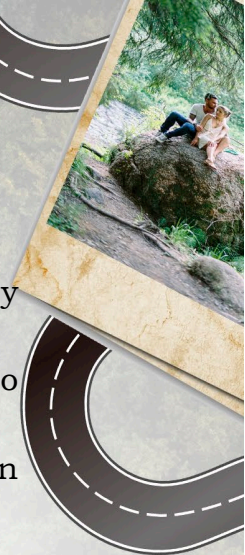
Mi primer mes como residente oficial de Summers lo pasé despertando con la luz del sol cada mañana y durmiendo al lado de Brooks cada noche. La mayoría de las veces me encontraba en el taller durante el día, donde me quedaba en la oficina mientras Brooks y Tony trabajaban en los autos.

La pila de papeles en el despacho de Brooks me llamaba. Le pedí la contraseña de su ordenador y resolví el resto por mi cuenta, solo haciendo preguntas cuando era necesario.

Aunque ya estaba haciendo el trabajo, cuando Brooks me ofreció el puesto de directora de oficina, dudé en aceptar. ¿Estaba repitiendo el



Road



mismo patrón de Boston? Tardé una semana en superar esos temores y darme cuenta de que eran infundados.

La vida en Summers no se parecía en nada a la de Boston. Brooks no se parecía en nada a Thomas.

No me había ofrecido un trabajo en *su* empresa. No me había dado un hogar en *su* casa.

Todo en nuestra vida era *nuestro*.

Brooks añadió mi nombre al título de la casa. Puse dinero en el taller para ser su socia.

Summers era nuestro hogar, pero Brooks y yo hablábamos a menudo de dónde iríamos a explorar. Teníamos unos cuantos años entre la graduación de Wyatt en el instituto y el momento en que Ellie empezaría la guardería.

Nuestro plan era tomar todas las vacaciones que pudiéramos permitírnos hasta que llegara el momento de escolarizarla. Entonces limitaríamos los viajes a los veranos. Tal vez Wyatt viniera también, dependiendo de su horario universitario, y lo convertiríamos en un viaje familiar.

Ellie fue una hermosa sorpresa.

Tenía un mes y era el ancla de mi corazón.

Brooks y yo no habíamos planeado quedarnos embarazados. Ni siquiera habíamos hablado de matrimonio hasta aquel fatídico día en el que sostuve una prueba de embarazo positiva en mi mano mientras me caían lágrimas de alegría. Pero en algún punto del camino, un condón no había funcionado y, como todas las cosas de nuestra relación, nos habíamos adentrado en el futuro a velocidad de vértigo.

Nos habíamos casado en el jardín de sus padres junto al lago dos semanas después. Luego esperamos la llegada de Ellie. El día que nació fue el día en que aprendí la verdadera paz.

Había aprendido el amor incondicional.

Juré que nunca le fallaría como mis padres me habían fallado a mí.

Después de pensarlo mucho, había decidido investigar a mis padres con la esperanza de que eso reparara esas oscuras heridas abiertas. Habían muerto días después de mi huida: una doble sobredosis de heroína. Mis padres habían sido encontrados juntos en su cama. Tal vez, si hubieran sobrevivido, habrían venido a buscarme.

Tal vez no.

Por ahora, me reconfortaba saber que sus torturadas almas descansaban. Y que la huida me había puesto en un camino que finalmente me llevó a casa.

167



DEVNEY PERRY



Runaway

Lo sentía. Profundamente.

El viaje a la tienda de comestibles fue tranquilo. Ellie se quedó dormida incluso mientras la cajera adulaba su preciosa cara. Y durmió hasta que estuvimos en casa, descargando la compra en la cocina.

—Hola, nena —arrullé mientras se despertaba con un bostezo. La saqué de la silla justo cuando sonó el timbre—. ¿Vamos a ver quién está aquí?

Ellie balbuceó.

Me reí, caminando hacia la puerta. La abrí, esperando a Meggie o a un vecino, pero se me cayó la mandíbula al ver a la mujer en mi porche.

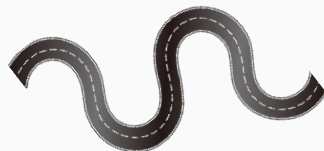
—¿Gemma?

—Hola. —Se quitó las gafas de sol—. Sorpresa.

—Sí, seguro que sí. —Sonreí, haciéndole un gesto para que entrara—. ¿Qué haces aquí?

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Huí.



—Es hermosa. De verdad. —Gemma tocó con su dedo la parte superior de la nariz de Ellie.

—Eso creo. —Sonreí, viendo cómo mi amiga abrazaba a mi hija mientras nos sentábamos en la terraza trasera.

Anoche, tras la llegada de Gemma, me había dado los detalles rápidos y sucios de la salida de Boston, pero no habíamos tenido tiempo de hablar. Brooks había aparecido veinte minutos después de Gemma y todos nos habíamos apresurado a ir al partido de fútbol.

Cuando llegamos a casa, amamanté a Ellie y luego Brooks la acostó mientras Gemma y yo pasábamos tres horas enteras en el sofá, hablando. Esta mañana habíamos retomado la conversación.

—Tienes razón. Este es un café helado increíble.

Tomé un sorbo del mío.

—Te lo dije.

—Si Meggie tuviera un spa, podría quedarme en Summers para siempre. —Gemma había optado por el motel en lugar de nuestra habitación de invitados, queriendo darnos privacidad. Meggie la había puesto en mi antigua habitación, la número cinco.

Era bueno verla con vaquero desteñado y un jersey verde suelto. Llevaba los pies en unas endebles sandalias. Hacía años que no la veía así de relajada.

Desde que me mudé a Summers, Gemma y yo habíamos hablado por teléfono cada pocas semanas. Había viajado a Virginia Occidental para mi boda, pero no había vuelto desde que nació Ellie.

—Has encontrado... —dijo Gemma, mirando al lago.

—¿Encontrar qué?

—Una vida real.

Seguí su mirada hacia el agua.

—Sí, lo hice.

Brooks y Wyatt estaban en el muelle, jugando con algo en el barco. Brooks debió de sentir mi mirada porque levantó la vista y me saludó. La sonrisa que me dio, era probablemente la misma que me había dejado embarazada.

—Quiero una vida real, Lonny.

Le puse la mano en el antebrazo.

—¿Estás segura de que dejar Boston es la decisión correcta?

—Estoy segura. —Inclinó la cabeza hacia el cielo—. Pero aún no puedo creer que lo haya hecho. Que lo haya dejado todo atrás.

Anoche me dijo que había vendido su empresa, su casa y su auto. Había mantenido sus inversiones en otras empresas que requerían poco o nada de trabajo, pero a partir de ayer, estaba desempleada y sin hogar.

Era rica, pero sin hogar.

—No sé cuál es mi sitio —confesó—. Creo que cuando tú estabas en Boston y yo trabajaba tanto, era fácil fingir que estaba donde tenía que estar. Pero estoy sola. He estado sola desde que éramos niñas.

Yo había tenido una infancia miserable, pero la de Gemma hizo que la mía pareciera un cuento de hadas.

—Se me ocurrió probar en Virginia Occidental durante unos días hasta que decida dónde ir después —dijo, volviendo a dirigir su atención a Ellie—. Funcionó para ti.

—Verdad. —Mantuve la mirada en mi marido.

Brooks y Wyatt tenían las cañas de pescar. Últimamente, los dos pasaban cada vez más tiempo juntos. Wyatt todavía iba a pasar cada dos semanas con Moira, pero cada fin de semana estaba aquí con Brooks. Estaban pasando tiempo juntos mientras lo tenían. Wyatt estaba siendo examinado por cuatro equipos universitarios diferentes, y antes de que parpadeáramos, se habría ido.



Road



Brooks volvió a mirar hacia la casa, llamando una vez más mi atención. Esta vez, lo saludé con la mano. Su bello rostro estaba lleno de rastros y su cabello estaba alborotado por el viento. Mi corazón dio un vuelco.

—Uf. —Gemma gimió—. Es casi imposible estar cerca de ti ahora mismo. Son peores que tú y Karson de pequeños.

—Ni siquiera lo lamento. —Solté una risita—. Es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Me alegro por ti.

Sonreí.

—Yo también. ¿Qué vas a hacer?

—No tengo ni la más remota idea.

Tal vez yo sí. Levanté una mano.

—Espera aquí.

Me apresuré a atravesar la casa en dirección a la cocina, y busqué las llaves de Brooks. Saqué las dos que necesitaba y cuando volví al porche, encontré a Brooks en la mesa junto a Gemma. Le había robado a Ellie.

—Toma. —Le arrojé a Gemma las llaves del Cadillac.

Los agarró.

—¿Qué son estas?

—Las llaves del Cadillac. Tómalas. Cuando lo encuentres, dale las gracias a Karson.

Gemma estudió las llaves y luego las cerró en su puño.

—¿Gracias por qué?

Observé a Brooks, que sonreía a nuestra hija.

—Por llevarme a casa.

170



DEVNEY PERRY



Runaway



Road

Próximo Libro

WILD HIGHWAY



Gemma Lane construyó un imperio. No es una hazaña pequeña, teniendo en cuenta que su hogar de adolescente era una tienda de campaña improvisada en un depósito de chatarra de California. Ha dedicado su vida a convertir centavos en millones. Tiene poder, fortuna y prestigio.

Y lo está dejando todo atrás.

Gemma atraviesa el país en el Cadillac de su mejor amiga cuando un desvío en Montana la reúne con viejos conocidos y con un hombre que no ha cambiado. Easton Greer desafía cada una de sus palabras y pone a prueba cada uno de sus límites porque no cree que ella haya

Runaway

DEVNEY PERRY



Road

abandonado realmente sus riquezas. Ella ignora sus comentarios sarcásticos y sus censuras en voz baja, hasta el día en que está lista para volver a la carretera, y Easton se burla de ella para que se quede.

Ella le demostrará que no está huyendo de su vida acomodada, que es más que su dinero. Ella abrirá su corazón y espera que esta vez, él atesore la llave.



DEVNEY PERRY

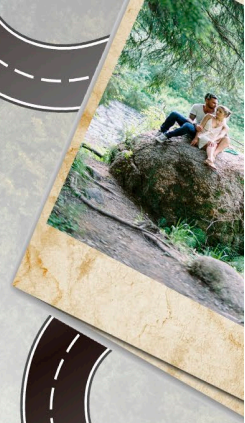


Runaway

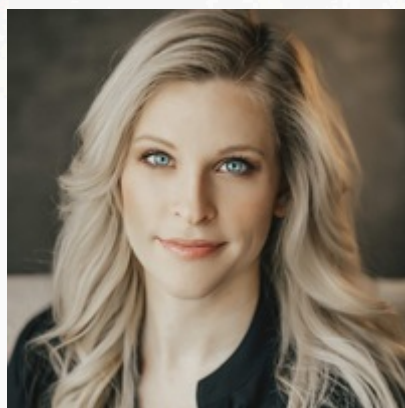




Road 1



Acerca de la autora



Devney es la autora superventas del USA Today de la serie Jamison Valley.

Nacida y criada en Montana, le encanta escribir libros den su atesorado estado original. Tras trabajar en la industria tecnológica durante casi una década, abandonó las reuniones y los horarios de los proyectos para disfrutar del más lento ritmo de estar en su casa con su marido y dos hijos. Escribir un libro, sin contar varios, no era algo que esperara hacer nunca. Pero, ahora que ha descubierto su verdadera pasión por escribir romance, no tiene planes de parar nunca.

173



DEVNEY PERRY

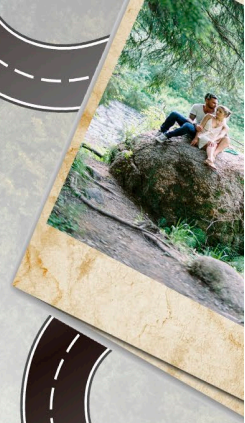


Runaway



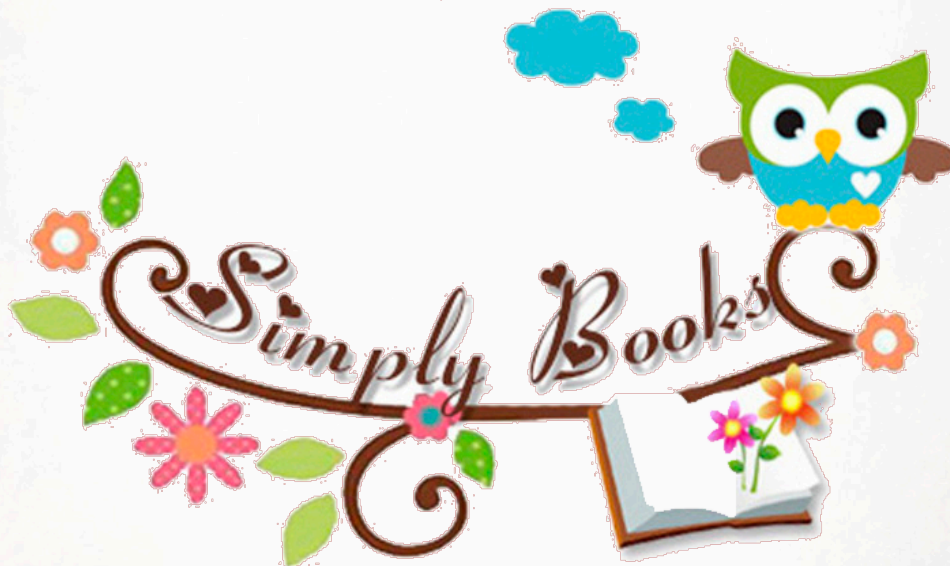


Road 1



DEVNEY PERRY

Este libro llega a ti
gracias a



174

Simply Books

¡Descubre tu próxima aventura!



Runaway